

“Que no tiemble vuestro corazón”
LLAMADOS A LA SANTIDAD

JORGE LÓPEZ TEULÓN

**MÁRTIRES SEGLARES
DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA
EN LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO**

A decorative graphic of an olive branch with several leaves, rendered in a dark gray color, extending from the left side of the page towards the center.

LLAMADOS A LA SANTIDAD



LLAMADOS A LA SANTIDAD

Edita: Arzobispado de Toledo
ISBN: 978-84-616-6135-0
Depósito Legal: AV 69-2013

Imprime: Gráficas VARONA, S.A.
37008 Salamanca

LLAMADOS
A LA SANTIDAD

LLAMADOS A LA SANTIDAD



EL ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Prot. n.º 522/13

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España,

En atención a la petición presentada por el sacerdote diocesano Rvdo. D. Jorge López Teulón, en la que solicita el imprimatur para la publicación del libro del que es autor, titulado: ***“Que no tiemble vuestro corazón. Llamados a la santidad”***, y teniendo en cuenta el informe y dictamen favorable del censor diocesano, concedemos nuestra autorización para la publicación de dicha obra.

La obra puede imprimirse haciendo constar:

NIHIL OBSTAT

Censor: Ángel Fernández Collado

IMPRIMATUR

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo, Primado de España
Toledo, 2 de septiembre de 2013.

Dado en Toledo, a 2 de septiembre de 2013



BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo, Primado de España

Por mandato de Su Excia.
el Señor Arzobispo Primado,

José Luis Martín Fernández-Marcote,
Canciller-Secretario General

LLAMADOS
A LA SANTIDAD

ÍNDICE

Palabras del Señor Arzobispo	10
Introducción	12
• BRAZALES, JESÚS (MARJALIZA) “Ellos me han subido al Cielo”	20
• CANO, DOLORES y CARMEN (MORA DE TOLEDO) “¡Vivían como monjas!”	24
• DÍAZ, GABINO y su esposa (MORA DE TOLEDO) En la muerte y para la Vida	32
• DÍAZ, LUIS (FUENSALIDA) Jóvenes apóstoles	35
• GARCÍA-VERDUGO, JOSÉ (TALAVERA DE LA REINA) Defensor de la fe católica	43
• HIJAS, PEDRO (OROPESA) Testigo valiente del Crucificado	51
• HUERTAS, BUENAVENTURA (VILLA DE DON FADRIQUE) Sacristán y organista	55
• LEBLIC, ANTONIO (NAVAHERMOSA) Jóvenes apóstoles	39
• LÓPEZ, FRANCISCA (VALDELACASA DE TAJO) La misma sangre, derramada	59
• LÓPEZ-ROMERO, Hermanas (MORA DE TOLEDO) “¡Vivían como monjas!”	24
• MALAGÓN, QUITERIO y JESÚS (URDA) Una familia perseguida	63
• MANTEROLA, ALEJANDRO (TALAVERA DE LA REINA) Jóvenes apóstoles	40
• MARÍAS DE LOS SAGRARIOS (ORGAZ) Apóstoles de la Eucaristía	71



LLAMADOS A LA SANTIDAD

• MARTÍN, MANUEL (TALAVERA DE LA REINA) Imitemos el ejemplo del Divino Maestro	76
• MARTÍNEZ, FELIPE (TOLEDO) Periodista infatigable y apostólico	82
• MÁRTIRES de la ACdP (TOLEDO) Propagandistas del Evangelio	88
• MÁRTIRES de la AC DE MORA “Vivir o morir por la Cruz”	98
• MÁRTIRES de la AC DE SONSECA Cada uno llegó por un camino	110
• MEDINA, TOMASA y su hija Carmen (OCAÑA) Agarradas al rosario	127
• MIEDES, CARMEN (TOLEDO) La médico de los pobres	131
• MONTERO, ANTONIO (TORRIJOS) “Mi vida, por la salvación de ellos”	142
• MORALEDA, PABLO (CONSUEGRA) El mártir de la piedad filial	149
• MORÁN, VISITACIÓN (MÉNTRIDA) “La caridad de Cristo nos urge”	159
• MORENO, MANUEL (SANTA CRUZ DEL RETAMAR) Perseguidos por su oficio	167
• MOSQUERA, SANTIAGO (VILLANUEVA DE ALCARDETE) Palabra de Congregante	170
• PADILLA, MÁXIMO (FUENSALIDA) Jóvenes apóstoles	37
• PÉREZ, ANDRÉS (LA TORRE DE ESTEBAN HAMBRÁN) “Ser apóstol o mártir”	175

• PINERO, GERARDO (BELVÍS DE LA JARA) El más joven de nuestros mártires	180
• REQUEJO, ANTONIO (MADRIDEJOS) Para la mayor gloria de Dios	184
• REQUEJO, JESÚS (MADRIDEJOS) Al servicio de la Santa Madre Iglesia	190
• SALGADO, ANDRÉS (ORGAZ) “Mira al Cielo”	198
• SÁNCHEZ-GARRIDO, JULIÁN (LOS YÉBENES) Perseguidos por su oficio	166
• SANTURINO, EMILIO (BELVÍS DE LA JARA) Perseguidos por su oficio	165
• SUÁREZ DE FIGUEROA, PIEDAÍTA (VILLANUEVA DE ALCARDETE) Piedad y pureza	211
• VAN DEN-BRULE, ALFREDO (TOLEDO) Pasión por servir	217
• VENTERO, DANIEL (LA TORRE DE ESTEBAN HAMBRÁN) Jóvenes apóstoles	37
• VILLA, EMILIO DE (MORA de TOLEDO) Apóstol de la Doctrina Social	226
• Último capítulo	232



EL ARZOBISPADO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Les presento este trabajo que hemos encargado a la **Postulación para las Causas de los mártires de la persecución religiosa en nuestra Archidiócesis de Toledo**. Conocéis a su autor porque se dirige todas las semanas a vosotros a través de las páginas de “*Padrenuestro*”: las historias martiriales que nos narra ponen en evidencia el fruto de tantos sacerdotes, religiosos y seglares que derramaron su sangre para la mayor gloria de Dios.

El tema de este curso pastoral 2013-2014: “***Llamados a la santidad***”, que da título a este trabajo, nos invita a “*impulsar la coherencia entre la fe y la vida para la vivencia plena de la propia vocación y misión, cuidando la vida espiritual*”.

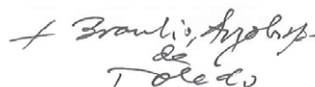
Lo hacemos teniendo aún de fondo el magnífico marco del **Año de la Fe** y la gozosa celebración del próximo 13 de octubre de 2013, en que se celebrará en Tarragona la beatificación de 522 hermanos nuestros en la fe que dieron su vida por amor a Jesucristo, en diversos lugares de España, durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX. Fueron muchos miles los que por entonces ofrecieron ese testimonio supremo de fidelidad. La Iglesia reconoce ahora solemnemente a este nuevo grupo como mártires de Cristo. Según el lema de esta fiesta, ellos fueron “***firmes y valientes testigos de la fe***” que nos estimulan con su ejemplo y nos ayudan con su intercesión.

En el *Mensaje* que los Obispos españoles publicamos con motivo de la próxima **Beatificación**, se podía leer:

“La Beatificación del Año de la fe es una ocasión de gracia, de bendición y de paz para la Iglesia y para toda la sociedad. **Vemos a los mártires como modelos de fe y, por tanto, de amor y de perdón.** Son nuestros intercesores, para que pastores, consagrados y fieles laicos recibamos la luz y la fortaleza necesarias para vivir y anunciar con valentía y humildad el misterio del Evangelio (cf. *Ef* 6, 19), en el que se revela el designio divino de misericordia y de salvación, así como la verdad de la fraternidad entre los hombres. Ellos han de ayudarnos a profesar con integridad y valor la fe de Cristo.

... **Los mártires murieron perdonando.** Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogiendo a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis religiosa, moral, social y económica, en la que crecen las tensiones y los enfrentamientos”.

Las páginas de este libro nos ayudan a conocer la geografía diocesana martirial, a través de decenas de seglares que nos muestran que la entrega total y absoluta es necesaria



✠Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo, Primado de España

ALGUNAS CUESTIONES PARA FACILITAR LA LECTURA

¿Qué significa el martirio?

Afirma santo Tomás de Aquino que la palabra griega **martyr** significa “**testigo**”. En el martirio se da **testimonio de la fe en Cristo**, según las palabras de los Hechos de los Apóstoles 1,8: “*Seréis mis testigos en Jerusalén*”, etc. Y san Máximo dice en un sermón: “*la madre del martirio es la fe católica, que atletas ilustres rubricaron con su sangre. Por tanto, el martirio es más bien acto de la fe que de la fortaleza*” (Suma teológica - Parte II-IIae - Cuestión 124).

El **beato Juan Pablo II**, que trata con cierta amplitud el tema del martirio en la encíclica *Veritatis splendor* (1993) n° 90-94, afirma que todo cristiano está gravemente obligado a guardar fidelidad a Cristo, cuando se ve en la prueba extrema del martirio. No se refiere el Papa solo al martirio de muerte, sino también a la fidelidad heroica que tantas veces es necesaria en este mundo actual para “permanecer” en Cristo y en su Iglesia.

“Si el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral, al que relativamente pocos son llamados, existe no obstante un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios. En efecto, ante las múltiples dificultades que, incluso en las circunstancias ordinarias, puede exigir la fidelidad en el orden moral, el cristiano, implorando con su oración la gracia de Dios, está llamado a una entrega a veces heroica” (n° 93).

El papa Benedicto XIV (1740-58) en su tratado “*De Servorum Dei Beatificatione et de Beatorum Canonizatione*” define el martirio como: “**el voluntario sufrimiento o tolerancia de la muerte, por la fe en Cristo o por otro acto de virtud referido a Dios**”.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que “**el martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo,**

muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza” (nº 2473).

¿Por qué tiene que haber mártires?

Está en la Revelación. Por ejemplo, en el evangelio según san Juan: *«Acordaos de la frase que os dije: “No es un esclavo más que su amo”. Si a mí me persiguieron, a vosotros os perseguirán (15, 20)».*

El padre jesuita **Manuel Iglesias** nos recuerda que la traducción correcta del versículo 13 del capítulo 6 de san Mateo es: **“y no nos metas en tentación, antes bien, libranos del Malo”**. El Nuevo Testamento nos recuerda que el Tentador es Satanás y que Dios no tienta a nadie para el mal (Santiago 1,13), ni permite que seamos tentados o probados sobre nuestras fuerzas (1 Corintios 10,13). Por eso, en esta última petición del Padrenuestro, el mal no es una abstracción, sino que designa a una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. Se pide que nos veamos libres de la auténtica Tentación, la que procede del MALO: la tentación de rechazar a Jesucristo, la de no creer en él, la apostasía final.

Tiene que haber mártires porque, desde el principio, hay perseguidores que luchan contra Cristo, que se ponen en la piel de Satanás.

El famoso historiador francés Daniel Rops habla del martirio de un joven obispo de los primeros siglos, san Ireneo de Lyon, en estos términos:

«Cuando fue detenido, los suyos le suplicaron que apostatase y la misma multitud le gritaba: ¡Apiádate de tu juventud! Pero él no hizo nada para lograrlo. Mientras lo torturaban en el potro, el gobernador le repetía: “¡Sacrifica de una vez!” Pero aquel joven príncipe de la Iglesia tuvo, en medio de sus espantosos sufrimientos, el coraje de responderle, con superior ironía: “¿Sacrificar? Estoy sacrificando todo lo que tengo a mi Dios, a quien siempre lo sacrificué todo”».

¿Por qué el testimonio cristiano pasa por la persecución?

Nada hay de mayor identidad ni más constante en la vida de la Iglesia que el testimonio de los mártires en todos y cada uno de los momentos de su historia. Y, también, en el Evangelio de San Lucas (21,12-13) podemos leer:

“Pero antes de todo eso, os echarán mano, y os perseguirán para entregaros a las sinagogas y cárceles; llevados ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre”.

Y afirma el versículo 13:

“Os servirá para dar testimonio”.

Por lo ya dicho, efectivamente, cuando, por vivir en la verdad el cristiano es auténtico, **siempre alguien le perseguirá...** Cuando es todo el sistema, o mejor, cuando de forma sistematizada la autoridad por permisivismo o colaborando y los que luchan por odio a la fe se unen y buscan no solo oponerse sino hacer desaparecer a la Iglesia, a los sacerdotes, religiosos y laicos que viven la fe, la persecución es una consecuencia para aquellos que siguen viviendo su fe en fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

¿Por qué la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, especialmente en España?

Las famosas palabras de Tertuliano que escribía: *“sanguis martyrum semen christianorum”* (“la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”, en Apologética 50, 13: CCL 1, 171) toman cuerpo en la historia. Sin embargo, Benedicto XVI en la catequesis del 30 mayo 2007, recordaba que Tertuliano *“se convirtió al cristianismo atraído, parece ser, por el ejemplo de los mártires, (...) pero una búsqueda demasiado individual de la verdad, junto con la intransigencia de su carácter, le llevaron gradualmente a dejar la comunión con la Iglesia”.*

Y lo mismo que le sucedió a él, nos puede suceder a nosotros. Es más, casi 80 años después, podemos preguntarnos que **para qué sirvió la sangre de más de 10.000 mártires...** Pues para que España no fuese una nueva Albania, un satélite ruso en la piel de toro... Y



una vez más la palabra clave es la de **fidelidad**. No sólo es la sangre derramada, no sólo es el testimonio puntual. **Su sangre clama para que seamos testigos hoy**. Su testimonio de entrega de la vida por Cristo sigue actualizando la verdadera entrega que como cristianos tenemos que intentar cada uno de nosotros. Es nuestra verdadera meta.

¿Hay una intervención satánica en el ensañamiento que sufrieron muchos mártires españoles de los años 30?

La primera voz autorizada sobre la persecución fue la de Pío XI en una audiencia a 500 españoles refugiados en Italia y a la que acudieron presididos por cuatro obispos. La audiencia tuvo lugar el 14 de septiembre de 1936.

En ella, el Papa habló de “*verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso sentido de la palabra*”, denunciaba la persecución religiosa movida “*por un verdadero y satánico odio contra Dios*”, la “*reiterada manifestación y confesión de odio especial contra la religión y contra la Iglesia católica en los luctuosos acontecimientos de España*”, las violencias sin freno, las crueldades y matanzas, la trampa de la colaboración con el marxismo por parte de los católicos. Y añadía:

“Diríase que una satánica preparación ha vuelto a encender más viva aún, en la vecina España aquella llama de odio y de ferocísima persecución manifestamente reservada a la Iglesia y a la Religión Católica, como el único verdadero obstáculo para el desencadenamiento de unas fuerzas que han dado ya razón y medida de sí mismas, en su conato de subversión en todos los órdenes, desde Rusia hasta China, desde Méjico a Sudamérica”.

Daba su bendición a la España “*que a centenares y millares (y vosotros pertenecéis a la gloriosa pléyade) ha añadido confesores y mártires al ya glorioso martirologio de la Iglesia de España*”.

Satánico es profanar tumbas, fotografiarse con momias de religiosas, quemar y hacer desaparecer los cuerpos de los santos, quemar iglesias y retablos hasta la aniquilación... No era una guerra, **era una persecución religiosa en la retaguardia de la zona republicana...**



LLAMADOS A LA SANTIDAD

Y satánico es un plan para hacer desaparecer a la Iglesia. No vamos a llenar el comentario de frases archisabidas que las autoridades republicanas y otros que ostentaban el poder decían de modo habitual para referirse a que se había terminado con la Iglesia hasta hacerla desaparecer, o que estaba a punto de conseguirse.

Siempre Satanás estará al acecho aunque se camufle en las siglas de partidos políticos o de federaciones, que a día de hoy, con otro disfraz, siguen actuando. Es la historia. Es su historia.

¿No sería más efectivo renunciar al testimonio y ahorrarse la muerte, para luego seguir evangelizando?

Dice san Juan Crisóstomo: ***“basta un hombre lleno de celo para transformar un pueblo”***. No se puede renunciar al testimonio... Es aquí cuando recordamos aquel otro pasaje del Evangelio según san Mateo (10, 34yss):

“No penséis que vine a traer paz a la tierra; no vine a traer paz, sino espada, pues vine a desunir: al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; de modo que los enemigos serán los de su casa... y el que no coge su cruz y sigue detrás de mí no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá; pero el que pierde su vida por mí, la encontrará”.

Jesús no predica una guerra santa, pero coloca a sus oyentes en estado de guerra; es como una prueba que se discute; ante Él hay que decidirse, a favor o en contra, sin posibilidad de mantenerse neutrales. Ahora bien, esa decisión provocará divisiones, aun en el seno de la familia o del propio grupo social.

Cuando llega el martirio, se evangeliza derramando la sangre. Es la vida de nuestros mártires. Y mientras llega o no, debemos evangelizar dando la vida en cada cosa, cada día. San Pablo dice que nuestro enemigo no es la carne ni la sangre, sino los espíritus del mal.

¿Cuál es la actitud más verdadera hacia los victimarios?

La que tienen los mártires: **el perdón**. Las palabras pronunciadas por Benedicto XVI, el día 28 de octubre de 2007, después de rezar el ángelus, son una preciosa exhortación para el presente y el futuro: ***“los mártires, con sus palabras y gestos de perdón hacia sus perseguidores, nos impulsan a trabajar incansablemente por la misericordia, la reconciliación y la convivencia pacífica”***.

UN POCO DE HISTORIA DIOCESANA

Cuando en 1986 tuvo lugar en la catedral de Toledo la reapertura del proceso del **beato Liberio González y de sus compañeros mártires**, el cardenal **Marcelo González Martín** declaraba:

“...Conservar y vivir la memoria de los mártires es un deber de cristiano. Queremos encontrar más motivos para amar a la Iglesia, porque cuando se logran estas beatificaciones el corazón se ensancha al contemplar a esta Iglesia, madre fecunda, que en cualquier momento de la historia engendra estos hijos”.

Veintidós años después, el 28 de octubre de 2008, en el primer aniversario de la beatificación en Roma de 498 mártires, el cardenal **Antonio Cañizares Llovera**, también en la catedral de Toledo afirmaba:

“Nosotros aquí, esta tarde, en la Santa Iglesia Catedral, como signo de comunión de la Iglesia que peregrina en nuestras tierras diocesanas, damos gracias porque la sangre derramada, como la de Cristo, para confesar el nombre de Dios, de los gloriosos mártires, de todos los tiempos, singularmente de los mártires toledanos de los que hoy, en todas nuestras comunidades, hacemos memoria, *“manifiesta las maravillas del poder divino”*; *“pues en su martirio”*, el Señor *“ha sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad”* su *“propio testimonio”* (Cf. Prefacio de Mártires). **Aquellos mártires escribieron y rubricaron con su sangre una de las páginas más impresionantes de la fe cristiana y de la Iglesia católica en España.** Fueron y constituyen

hoy un signo del arraigo y de la vitalidad de la fe, y ofrecen una señal de futuro y esperanza para el tiempo presente, que no se alcanza cuando se vive y camina en el mundo “sin Dios” (Cf. Ef 2,12). Ellos llegaron a conocer a Dios, al Dios verdadero, **vivieron de Él y murieron ante Él y por Él**, y así recibieron y nos dan la gran esperanza, aquella que entraña que somos definitivamente amados, suceda lo que suceda, por Dios, que es Amor, y que este gran Amor nos espera (Cf. Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 3).

Agradecimientos

Son muchos los que contribuyeron desde los años 40 a la tarea de guardar, como preciado tesoro, la vida de nuestros mártires (testimonios, declaraciones juradas, redacciones escritas de los últimos momentos, fotografías...). Empezando por el cardenal **Enrique Pla y Deniel**, que encomendó estas tareas al gran historiador de la archidiócesis de Toledo, el canónigo don **Juan Francisco Rivera Recio**; y que, durante su pontificado, inició la apertura del proceso de canonización, en 1963, del primer grupo de sacerdotes mártires.

Luego, el cardenal **Marcelo González Martín** reactivó en 1986 la primera Causa martirial nombrando vicepostulador a don **Miguel López Santana**. Cuando este no pudo continuar, se eligió para sustituirle a nuestro actual obispo auxiliar, **monseñor Ángel Fernández Collado**. También colaboró en esta Causa **monseñor Demetrio Fernández**, obispo de Córdoba.

Y cómo olvidar a **monseñor Jaime Colomina Torner**. Él fue el encargado, por mandato del cardenal **Francisco Álvarez Martínez**, de actualizar nuestro martirologio toledano. El motivo fue que con ocasión del Jubileo del año 2000, el beato Juan Pablo II solicitó que se pusieran al día los listados de todas las persecuciones religiosas sufridas por las iglesias cristianas.

Después de aquello, impulsado por la Conferencia Episcopal Española, don Francisco abrió en el año 2002, junto con los obispos de la **provincia eclesiástica de Toledo y la diócesis de Ávila**, un proceso de **900 mártires de la persecución religiosa** en las diócesis de Ávila, Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Sigüenza-Guadalajara y Toledo.

Los siguientes arzobispos han seguido la senda marcada: primero, el cardenal **Antonio Cañizares Llovera**, en cuyo pontificado tuvo lugar la beatificación de 497 mártires -entre ellos, nuestros trece sacerdotes-; y, actualmente, nuestro Señor Arzobispo, monseñor **Braulio Rodríguez Plaza**.

En estos últimos años, desde la Postulación, hemos intentado contribuir a dar a conocer la vida de aquellos sacerdotes, religiosos y laicos que con su sangre regaron nuestra Archidiócesis. Esta nueva publicación es muestra de ello.

Que desde el Cielo nuestros *mártires laicos* alumbren el caminar diario para ser testigos de Cristo en medio del mundo y así llegar un día al Reino de los Cielos.

Jorge López Teulón

Talavera de la Reina, 8 de septiembre de 2013
Fiesta de Nuestra Señora del Prado

“ELLOS ME HAN SUBIDO AL CIELO”

*Jesús Brazales,
de Marjaliza*

La Postulación conserva, gracias a don Eduardo Álvarez que durante tantos años ejerció como sacristán mayor en la S.I.C.P. de Toledo, las páginas del capítulo XLII (“*Los que saben vencer*”) del libro *Llamadas íntimas*, que escribió el P. Benjamín Brazales, natural de Villanueva de Bogas (Toledo), franciscano del vicariato apostólico de Tánger. Ambos (el franciscano y el mártir) estaban emparentados con don Eduardo. En esas páginas podemos recuperar la historia del siervo de Dios Jesús Brazales.

Jesús nació en Marjaliza (Toledo) el 17 de agosto de 1916. Sus padres eran Patricio Brazales, natural de Villanueva de Bogas (Toledo) y Fortunata Salcedo. El padre ejercía de secretario del Ayuntamiento de Marjaliza y de sacristán en la parroquia.

A la educación cristiana recibida de sus padres, juntaba también la recibida en el Seminario Conciliar de Toledo, donde pasó varios cursos de preparación para el sacerdocio. Su disposición de ánimo en los últimos días y en los últimos instantes de



su vida constan por los datos siguientes: su cristiano padre, ante las circunstancias de aquellos álgidos momentos, se preocupaba de lo que pudiera ocurrir, y trató de sondear la disposición de ánimo de su hijo, a lo cual éste, decidido, contestó:

“-Padre, esté usted tranquilo; confesé y comulgué el día en que aquí, en el pueblo, se celebró la última misa y estoy preparado a sufrir resignadamente lo que Dios quiera”.

Más tarde, en el momento en que los milicianos penetraban en su casa para apresarle y matarle, tomó en sus manos la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que solía tener en la cabecera de la cama, y dándola a besar a sus padres y hermanos, les dijo:

“-No lloréis, voy al cielo y allí pediré por todos vosotros”.

Y como último recuerdo les dejó un papel escrito de su puño y letra, cuyo contenido es el siguiente, que copio literalmente:

“Viva el Sagrado Corazón de Jesús. Postrado delante de Él le he ofrecido mi sangre para que me perdone mis pecados. Yo, si he de dar mi cuerpo para que lo maten, lo doy con mucho gusto por Él, pero sepan que mi alma no la matan, sino al contrario: la glorifican. Padres, no me lloren, pues me voy al cielo; les pido que no me olviden en sus oraciones. Perdono a mis enemigos, pues ellos me han subido al cielo. Viva Cristo Jesús y la Santísima Virgen, mi madre”.

Viva el Sagrado Corazón de Jesús
Postrado delante de Él le he ofrecido mi sangre para que me perdone mis pecados, yo si he de dar mi cuerpo para que lo maten lo doy con mucho gusto por Él, pero sepan que mi alma no la matan sino al contrario, la glorifican.
Padres, no me lloren pues me voy al cielo, les pido que no me olviden en sus oraciones.
Perdono a mis enemigos, pues ellos me han subido al cielo.
Viva Cristo Jesús y la Santísima Virgen mi madre.



LLAMADOS A LA SANTIDAD

El valeroso joven que esto escribía, y que así se despedía de sus padres y hermanos de la tierra, estuvo muy pocas horas en la cárcel, pero aún éstas las dedicó, y así consta por testimonios fidedignos, al apostolado entre sus compañeros y a infundir, en el ánimo de éstos, sentimientos de valor y de resignación cristiana, hasta que en la noche del 31 de agosto de 1936, en las inmediaciones de Marjaliza (Toledo), y a una distancia no mayor de cincuenta metros del lugar en que fue martirizada santa Quiteria, virgen española de fines del segundo siglo del cristianismo, fue fusilado. Sus últimas palabras, como afirma un testigo presencial, fueron un valeroso grito, pronunciado con toda entereza y energía: “¡Viva Cristo Rey!”

Así iban a la muerte

¿Qué le decían a sus familiares, antes de morir, los jóvenes de 1936?

En las primeras semanas de la guerra civil española, en la retaguardia controlada por el Frente Popular se produjeron miles de asesinatos. Muchas de esas víctimas **tuvieron ocasión de escribir a sus familiares, antes del fusilamiento, cartas que llegaron a su destino a lo mejor años después**, finalizada la contienda, gracias a compañeros de celda con mejor suerte.

Santiago Cantera, prior de la abadía benedictina del Valle de los Caídos y doctor en Historia, ha realizado una cuidadosa recopilación y presentación de esos testimonios, en su mayor parte dispersos en causas de beatificación, opúsculos, sumarios como la Causa General o libros descatalogados. Nos brinda así un libro de los que sirven mejor que muchos manuales para entender una época: ***Así iban a la muerte. Testimonios jóvenes de la guerra de España (1936-1939)*** (Madrid 2011).

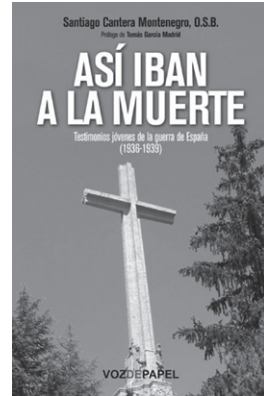
Es lo que experimenta el lector al acercarse a estos **textos limpios, sinceros, directos, cincelados como epitafios sobre el papel** por personas entre la adolescencia y la última juventud. **Saben que van a morir y dedican unos minutos** de su ya escaso tiempo a consolar -y,

en su caso, aconsejar- **a sus seres más queridos**. Son sacerdotes y religiosos mártires que se dirigen a padres, hermanos o familiares. Son militares o civiles casados que dejan unas letras para la esposa o los hijos, o solteros que dicen un último “*te quiero*” a su novia y mandan un abrazo postrero a sus progenitores.

Hoy no pueden leerse sin lágrimas en los ojos ante el drama que nos permiten imaginar, y sin embargo, muchos de los protagonistas proclaman su alegría. Firmes en la fe e inspirados por una confianza serena en la misericordia de Dios, saben que les espera el cielo, y si acaso, su preocupación es animar a los suyos a perseverar en la virtud el resto de su vida para reencontrarse todos allí.

Como la carta que dirigió a su novia Francisco Castelló Aleu, por ejemplo, asesinado en Lérida a los 22 años. Hizo llorar al papa Pío XI cuando la leyó. *Me está sucediendo algo extraño*, le explica a Mariona, *no puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy todo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria*.

Lo más llamativo de esta selección es que aquellos hombres, seglares unos y religiosos otros, militares éstos y civiles aquéllos, de dieciséis años alguno y alguno de treinta, en distintos lugares de España, sin conocerse de nada, repiten unas mismas pautas en sus cartas: “*no os preocupéis, muero en gracia de Dios*”; “*nos vemos en el cielo*”; “*gracias por la fe que me habéis transmitido*”; “*perdonad a quienes me asesinan; muero tranquilo y en paz*”...



CARMELO LÓPEZ-ARIAS

“¡VIVÍAN COMO MONJAS!”



Dolores y Carmen Cano, de Mora de Toledo

Uno de los peores episodios en Mora de Toledo tuvo lugar el viernes **21 de mayo de 1937**. Según los diarios de guerra, el 16 de mayo de 1937 terminan los combates en el sur del Tajo con la reconquista de Argés (Toledo) por parte de los republicanos. El día 20 llegaba al pueblo de Mora de Toledo la funesta columna Líster... Así era popularmente conocida pues la lideraba Enrique Líster, jefe del famoso Quinto Regimiento. Convertidas las milicias en unidades regulares, pasó a ser la 1ª Brigada Mixta del Ejército Popular, y Líster, uno de los jefes militares que gozó de más prestigio en la zona republicana. Participó en todas las batallas importantes de la guerra: Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite y Teruel, al mando ya de la famosa 11ª División, auténtica fuerza de choque del ejército republicano.

Dolores Cano Sobreroca, era la presidenta de la Juventud Femenina de Acción Católica de Mora de Toledo. Su hermana Carmen y su padre, Robustiano Cano, fueron asesinados junto a ella el 21 de mayo de 1937. En total, Líster mando detener a una veintena de personas (quince hombres y cinco mujeres). Así lo recogen las actas del martirio de la sierva de Dios Madre Cándida López-Romero y Gómez del Pulgar que, celosamente se conservan en Roma en la Casa General de la Compañía de Santa Teresa, fundada por san Enrique de Ossò.

Enrique Líster declaraba impunemente en la revista “*Triunfo*” (19 noviembre 1977; nº 773), al preguntarle sobre la eliminación de varios campesinos castellanos y anarquistas, que *“hubo que crear un Tribunal en Mora de Toledo y tomar algunas medidas muy duras, muy serias... Luego me acusaron de que si yo había fusilado y tal y cual; y yo he respondido que sí, que yo he fusilado, y que estoy dispuesto a hacerlo cuantas veces haga falta. Porque yo no hago la guerra para proteger a bandidos ni para explotar a los campesinos; yo hago la guerra para que el pueblo tenga la libertad”*.

No cuesta mucho pensar que, si esto hizo con sus propios correligionarios, qué no haría con los que habían destacado en Mora por su defensa a la Iglesia y que no habían sido ajusticiados en los primeros meses de guerra. Nada más entrar Líster en el pueblo se detuvo a una veintena de personas.

Las hermanas Cano

Dolores Cano Sobreroca había nacido en Mora de Toledo en 1901. Tres años después, nacía su hermana **Carmen**. Eran hijas únicas de Robustiano Cano y Juliana Sobreroca Contreras.

La familia Cano era económicamente uno de los mejores capitales de Mora; sin embargo, tanto el padre como las hijas se dedicaban a atender siempre cualquier necesidad. Su amor a los pobres, a toda clase de necesitados, se explica con el testimonio de los que declaran. Los mismos recuerdan que, cuando estalla la guerra, los milicianos pusieron una guardia en la puerta para defenderlos... y así fue ¡casi durante un año! Casi... hasta que llegó Líster.



En la fotografía, aparecen las dos hermanas con su prima hermana María Sobreroca Téllez. Cuando su padre les daba algún dinero por su cumpleaños, ellas enseguida lo empleaban en dárselo a los pobres.

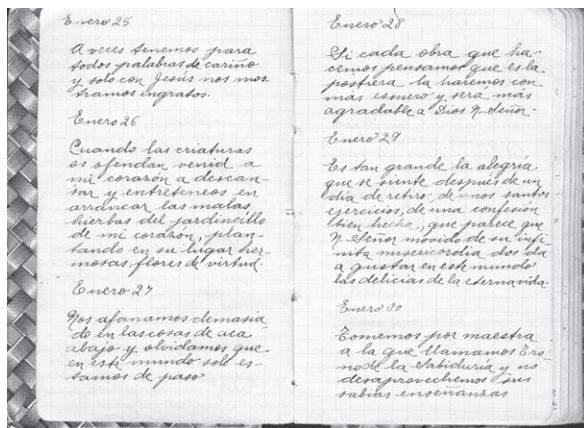
LLAMADOS A LA SANTIDAD

Al escribir estas líneas, lo hacemos emocionados junto a papeles, propósitos, horarios y pequeñas agendas que Dolores y Carmen convertían en intensos cuadernos de vida espiritual. **Ambas hermanas estaban dedicadas completamente a la parroquia.** Son muchas, y aún viven, las testigos que acudían a las escuela para adultos, donde se les enseñaba a leer y a escribir...

Uno de esos pequeños diarios tiene fechadas sus últimas páginas los días 21 a 28 de marzo de 1937; faltaban dos meses exactos para que se les reclamase la entrega de sus vidas por medio del martirio. Allí la sierva de Dios Dolores Cano escribe:

“Mucho amor de Dios y por este mismo amor humildad profunda y por lo tanto mucha obediencia, caridad con el prójimo, sufriendo, mortificación y pobreza hasta el extremo, más fervor en mis devociones y exacto cumplimiento del plan de vida. Para conseguir lo que me propongo con la gracia de Dios, hacer cada obra solo por Dios y como si no tuviera otra cosa que hacer y olvidarme de mí en todas las cosas. Estos propósitos los leeré todos los meses así como los pensamientos anteriores y el plan de vida”.

Conservamos bastantes de esos planes de vida de ambas hermanas. Con razón, para la gente del pueblo el comentario unánime era que “vivían como monjas”. Vivían entregadas a la Iglesia e incluso en las tareas de aprendizaje de bordados o en la confección de canastillas, todo lo dedicaban a ayudar a los niños pobres. En el plan de vida de Dolores leemos:



- 6h Levantarme. Aseo. Ofrecimiento de obras. Laudes del Oficio.
6,50 Iglesia: una visita muy corta a Jesús Sacramentado. Oración una hora.
Sagrada Comunión una hora... a las 9 debo estar en casa.
9,05 Desayuno.
9,30 Limpieza de casa.
10,15 Lectura espiritual 10 minutos.
10,40 Quehaceres varios: labor, oficina si me corresponde, limpieza extraordinaria etc. Dedicando de un modo especial esta hora del día a aliviar las ocupaciones de las personas con quien vivo.
12,20 Una visita espiritual, breve, al Sagrario que tengo designado como María (de los Sagrarios) y lectura de una página del Santo Evangelio.
12,30 Escritura, obras de celo: Catequesis, Hijas de María, etc.
1 Comida, descanso.
2,30 Vísperas y completas del Oficio, examen y unas oraciones cortas.
3 Media hora dedicada a obras de celo: lectura o estudio de estas obras, apuntes, copia de programas para Catequesis.
4 Labor.
5 1/5 Merienda, recreo.
6 Visita al Santísimo. Rosario si no lo hubiese rezado con los de casa. Oración $\frac{1}{4}$ de hora. La víspera de confesión este cuarto de hora lo dedicaré al examen.
7,15 Labor.
7,45 Lectura 10 minutos y Maitines del Oficio. Cena. A continuación estaré con los de casa, bien ocupada en alguna laborcita, viendo el periódico o sencillamente hablando.
10 Examen y preces.
10,30 Descanso.

Al final de este minucioso plan de vida, la sierva de Dios Dolores Cano incluye un montón de anotaciones para especificar cómo actuar según se den otro tipo de circunstancias en horarios o actividades extraordinarias.

Un acto heroico: sierva de Dios madre Cándida del Corazón de Jesús

Cándida López-Romero y Gómez del Pulgar nació en Mora de Toledo, el 3 de octubre de 1895. La Compañía de Santa Teresa de Jesús (las teresianas de san Enrique de Ossó) había llegado a tierras toledanas en septiembre de 1920, para fundar de la mano de la señorita María Martín Maestro el colegio “*María Inmaculada*”, que abrirían en el mes de octubre. Años después, Cándida ingresaría en la Compañía el 6 de junio de 1923, vistió el hábito el 12 de diciembre de ese año, y emitió sus primeros votos el 12 de diciembre de 1925. Hizo su profesión perpetua el 15 de diciembre de 1928.



La actual comunidad de teresianas de Mora nos ha facilitado de la Curia General de Roma, las actas de la “*Historia de la Compañía*” en donde se describe la persona y el martirio de la Sierva de Dios. Allí podemos leer que Cándida “*fue una religiosa moldeable como la cera en manos de los Superiores; sencilla, ingenua y llena siempre de entusiasmo y optimismo, el nombre de Cándida le venía perfectamente y fue como un símbolo de su vida y muerte*”.

Monseñor Antonio Montero recoge en su ***Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*** el caso de la teresiana y recuerda que cuando estalla la Guerra Civil estaba destinada en un colegio de Valencia. Madre Cándida “*fue a refugiarse en la pobre habitación de la sirvienta del colegio, después de pasar por el dolor de verse rechazada por unos parientes que vivían en la ciudad, alarmados por el riesgo que podrían correr hospedando bajo su techo a una religiosa desvalida*”.

Después de varios intentos, logró llegar a su pueblo natal donde se la persiguió con verdadero ensañamiento desde el primer instante de su llegada. Lo primero fue **encarcelarla juntamente con sus hermanas, odiadas por su labor catequética en la parroquia**. Con serenidad e intrepidez, que asombraba a sus verdugos, la religiosa soportó en la prisión toda clase de vejaciones, golpes y malos tratos, que en varias ocasiones

le hicieron arrojar sangre por la boca. Sobre ella recaían los oficios peores y le negaron el menguado alivio de una silla en que sentarse y de un colchón para extender su miembros doloridos.

“Encarcelada en tres ocasiones, una de ellas la sacaron por la noche en una camioneta simulando que iban a darle el trágico “paseo”, y para asustarla más, le preguntaron si quería morir envenenada o fusilada. La M. Cándida respondió con entereza que eligieran ellos mismos la muerte que mejor les pareciera y continuó rezando tranquilamente su rosario. Largas semanas de humillación y sufrimiento faltaban a la víctima para la gloria de su triunfo, y después de haber tenido tan cerca aquella noche la palma del martirio, no pudo asirla con las manos...”

Prosigue el relato de la Curia afirmando que *“tan ingenua en la muerte como en la vida, no quiso ocultar jamás su condición de esposa de Jesucristo mostrando santo orgullo de su profesión religiosa que la hacía blanco de las iras de aquellos desalmados; nunca abandonó sus prácticas de piadosas, y tan ferviente era la devoción con que a ellas se*



Las hermanas Cano: Edmunda (1), Cándida (2) y Carmen (3).



LLAMADOS A LA SANTIDAD

entregaba, que, subyugado un miliciano por la memoria de su madre a quien había visto rezar de igual manera, la acompañó más de una vez en la recitación del rosario”.

Según se sabe, finalmente, ese 21 de mayo de 1937, los milicianos se presentaron en casa de la familia López-Romero y Gómez del Pulgar para detener a tres hermanas: Edmunda y Carmen, que estaban solteras, y a una tercera, que estaba casada y con niños pequeños (el que tenía seis añitos recién cumplidos llegaría a ser sacerdote). En ese preciso momento, **Madre Cándida** salió de su escondite para ofrecerse por su hermana... lo cual fue aceptado por los milicianos.

A las diez de la noche, un pelotón de internacionales sacó de la cárcel al grupo de 20 personas. Los condujeron fuera del vecindario en las inmediaciones de la fábrica de harinas y, tras ser asesinadas, fueron sepultadas en una zanja abierta al efecto en pleno campo. Lo más grave del caso es que, según acredita la exhumación los cuerpos, fueron salvajemente mutilados, probablemente antes de morir. M. Cándida descansa, junto a los otros mártires, en la iglesia parroquial de Mora.

Palabras del beato Juan Pablo II

La promoción del apostolado de los laicos exige un desarrollo proporcional de su formación (*Christifideles laici*, 60). Principalmente se trata de **cuidar su vida espiritual**. Y a este respecto, se nota con alegría que los laicos cada vez tienen más al alcance los medios necesarios para crecer en este aspecto: grupos de oración y de compromiso espiritual que existen en numerosas parroquias; reuniones para la lectura y el comentario de la palabra de Dios, conferencias sobre ascética y espiritualidad, días de retiro, y ejercicios espirituales. También las transmisiones religiosas por radio y televisión son un instrumento eficaz para enriquecer la fe y orientar al pueblo cristiano en la vida espiritual y en la práctica del culto.

En nuestro mundo, caracterizado por la difusión y el crecimiento del nivel de la cultura en los diversos sectores de la población, resulta cada vez más necesario impartir a los laicos comprometidos en las tareas eclesiales una buena formación doctrinal. Aquí también se constata con satisfacción un notable progreso: **muchos laicos tratan de asimilar mejor la doctrina de la fe**. La multiplicación de los institutos de ciencias religiosas es notable. Los cursos y las conferencias de teología, que antes estaban reservados a quienes se preparaban para el sacerdocio, son cada vez más accesibles a los laicos. En esos cursos y conferencias participan no sólo las personas que deben adquirir alguna capacitación para la enseñanza de la religión, sino también muchos otros que desean adquirir una formación más completa, con la que enriquecerán a su familia, así como a sus amigos y conocidos. Otro motivo de esperanza es el vivo interés con que ha sido acogido en todo el mundo el *Catecismo de la Iglesia católica*.

Audiencia General del miércoles, 21 de septiembre de 1994

EN LA MUERTE Y PARA LA VIDA

Gabino Díaz y Paz Merchán, de Mora de Toledo

**Gabino Díaz-Toledo
Martín-Macho** nació en Mora
en 1897. Sus padres se llamaban
Faustino Díaz-Toledo Bermejo e
Isabel Martín-Macho Montoro.
Se casó con María Paz en Campo
de Criptana(Ciudad Real) el 6 de
octubre de 1921.

**María Paz Pascuala
Merchán Gouvert** era natural
de Consuegra (Toledo) y había
nacido el 19 de mayo de 1897. Fue bautizada el 21 del mismo mes en
la parroquia de Santa María La Mayor. Su padre se llamaba Genaro
Merchán del Álamo y su madre Matilde Gouvert Orta, natural de Jaén.
La inscripción del bautismo recoge solamente el nombre de Pascuala.
El matrimonio tuvo dos hijos: Gabino y Francisca Isabel.

El hijo mayor, **monseñor Gabino Díaz Merchán**, que fue
arzobispo de Oviedo (1969-2002) y presidente de la Conferencia
Episcopal Española (1981-1987), nos cuenta que tenía un primo
hermano en Campo de Criptana (Ciudad Real).



“Mi primo era el jefe de la FAI, era anarquista y, al ver que



LLAMADOS A LA SANTIDAD

empezaban a matar gente, comenzó a armar a parientes y a amigos y a personas en peligro. Les dio el carné de la CNT. Los salvó, en una palabra. Mi primo vino a Mora porque el jefe del PC había sido amigo suyo en la infancia. Vino para interesarse por mi padre, que era del Partido Republicano Democrático, de Melquíades Álvarez e Hipólito Jiménez, que era de Mora. Y vino para llevarse a mis padres a Criptana, pero su amigo, Carlos Torres, le aseguró que no les pasaría nada.

Mi padre no se había distinguido en política. Tenía un comercio de ultramarinos al por mayor. Pero al mes fueron a por él y mi madre quiso acompañarlo, ir con él. Era una cristiana muy valiente y les dijo que ella quería morir con su marido. “-*No diga barbaridades, no vamos a hacerle nada*”, dijeron ellos. Pero los cogieron en un coche y los llevaron al lugar donde los mataron”.

Gabino llevaba el ánimo muy caído, acordándose de sus dos hijos; su esposa le iba confortando diciéndole que pensara en Dios, que él no quería más a sus hijos que Dios... Cuando los pusieron ante el pelotón de fusilamiento, Paz le vendó los ojos con un pañuelo, y le cogió de la mano. Rezaba y decía jaculatorias. Entonces, volviéndose al pelotón, exclamó: “*¡Viva Cristo Rey!*”. Y así murieron.

“Fue providencial -declara monseñor Díaz Merchán- que mi madre fuera con él, porque lo consoló, lo ayudó, lo fortaleció. **Mi madre murió mártir del matrimonio**, entregada a su marido, por encima de sus hijos y sin que fueran a por ella. **Morir por el matrimonio es morir por la fe**. Murió casi como un sacerdote que ayuda a morir a una persona. Dieron un buen ejemplo cristiano. Valoro eso más que si me hubieran dejado tierras o dinero”.

Esto sucedió el 21 de agosto de 1936. Según las actas del Ayuntamiento, tenían en el momento de su muerte 42 y 41 años respectivamente. Sus cuerpos reposan en la *Capilla de los Mártires* de la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia de Mora de Toledo.

“Viví la muerte de mis padres como una tragedia, a los diez años. Aunque me rodeó el cariño de mis tíos y primos, que me toleraron todo,

demasiado, el cariño de los padres es algo que no se puede sustituir con nada. Mora tendría entonces quince o dieciséis mil habitantes. **Mi padre era querido por los vecinos porque llegó un momento en que fiaba a todo el mundo. Había muchos obreros parados.** Me acuerdo que cuando salí de casa los primeros días vestido de luto los vecinos me paraban, me besaban y lloraban. Muchas veces pensé que mis padres se habían ido a México y que vendrían algún día”.

Del Youcat

El matrimonio es indisoluble por tres razones. Por un lado, porque corresponde a la esencia del amor el entregarse mutuamente sin reservas; luego, porque es una imagen de la fidelidad incondicional de Dios a su creación; y es también indisoluble, finalmente, porque representa la entrega de Cristo a su Iglesia, que llegó hasta la muerte en Cruz. [Cf. CIC 1605, 1612-1617, 1661]



En un tiempo en el que en muchos sitios se rompen el 50 por ciento de los matrimonios, cada uno que perdura es un gran signo, en definitiva un signo de Dios. En esta tierra en la que tantas cosas son relativas, los hombres deben creer en Dios, el único absoluto. Por eso todo lo que no es relativo es tan importante: alguien que dice absolutamente la verdad o es absolutamente fiel. La fidelidad absoluta en el matrimonio no es tanto un testimonio del logro humano como de la fidelidad de Dios, que siempre está presente, aun cuando a todas luces le traicionamos y le olvidamos. Casarse por la Iglesia quiere decir confiar más en la ayuda de Dios que en la propia provisión de amor (nº 263).

JÓVENES APÓSTOLES

*Luis Díaz y Máximo Padilla, de Fuensalida;
Daniel Ventero, de La Torre de Esteban
Hambrán; Antonio Leblic, de Navahermosa y
Alejandro Manterola, de Talavera de la Reina*

Fue el cardenal Reig y Casanova, en 1926, quien elaboró los *Principios y bases de reorganización de la Acción Católica Española*. Pero su implantación y reglamentación correspondió al cardenal Pedro Segura. En 1929 se constituyó en Toledo la **Junta Diocesana de Acción Católica**. Con la expulsión del cardenal Segura, se encomendó a la Conferencia de Metropolitanos la responsabilidad y alta dirección. El año 1933 se puede decir que se ponían las bases organizativas de la Acción Católica Española y, en el otoño de ese mismo año, se celebraba la IV Asamblea Nacional de Juventudes de Acción Católica. El impacto, años después, de la persecución religiosa diezmaría los centros de los pueblos. Agrupamos en este artículo a varios jóvenes de Acción Católica de diversos puntos de la geografía diocesana.

Luis Díaz Plaza

Luis trabajaba desde niño como dependiente en la fábrica de chocolate *La Favorita*, situada en el nº 6 de la calle de la Soledad de Fuensalida (Toledo). Miembro destacadísimo de la Acción Católica, tenía el cargo de tesorero.

Ya en los primeros días de la guerra, el propio Luis contó un suceso muy recordado que pasó antes de que fuese asesinado. Era domingo y estaban paseando Luis y su novia con otra pareja. Se encontra-

ban por una pared del antiguo cementerio cuando salieron a su paso 6 ó 7 hombres que quisieron que se quitara la insignia de Acción Católica de la que era ferviente activista. Él les dice que no, que cuando ellos se quiten su brazalete rojo, él se quita la insignia... que sí, que no... así unas cuatro veces...

Retiraron al otro joven; y a las chicas, apartándolas con violencia, las tiraron al suelo; entre todos le dieron una paliza a Luis, al cual no lograron quitarle su insignia. Esta insignia, como una auténtica reliquia, está colocada en el Sagrario del altar mayor de la parroquia de San Juan Bautista de Fuensalida. Después se lo llevaron detenido al Comité y por el camino le dijeron que echase a andar por delante. Mientras, le pegaban culatazos y disparaban al aire.

Una testigo declara que cuando Luis se lo contó no demostraba ningún rencor, sino que, con sencillez, explicaba que en aquellos momentos iba preparándose para la muerte. Y que ella, que entonces contaba 13 años de edad, vio los moratones que Luis le mostró. Después, a los dos o tres días, le vio pasar entre dos milicianos, por delante de su casa y le dijo con un tono que denotaba claramente tintes trágicos de despedida:

-*“¡Adiós, Carmen!”*

Luis, después de ser detenido la primera vez, nunca declaró quién o quiénes le habían pegado (a uno le había hecho un gran favor) y deseaba que su novia no guardase rencor contra nadie.



Máximo Padilla del Casar

Nació el 27 de mayo de 1914. Además de pertenecer a la Adoración Nocturna, era vicepresidente de la Acción Católica de Fuensalida (Toledo). Tras la muerte de su padre pasó a regentar el taller de carros y de molinos de pienso que tenían en su propia casa.

A los pocos días de iniciarse la Guerra Civil, Máximo sería asesinado; era el 24 de julio de 1936 y fue el primer asesinado en Fuensalida. Su madre le había recomendado que no cerrase el negocio para no favorecer al clima, ya de por sí, muy enrarecido. Desde el 18 de julio todo el mundo tenía cerrados los comercios.

Todo sucedió a gran velocidad. Él estaba leyendo el diario *ABC* a la puerta del taller, y tres milicianos que pasaban por la puerta, conocedores de quién era y a lo que se dedicaba, le dispararon a bocajarro un tiro, con escopeta de cañón, que fue directo al corazón... Fue un único disparo y por la camisa corrió un tenue hilo de sangre que delataba lo ocurrido. Ante la injusticia cometida, alguien dijo, *“ha ido a caer la mancha en el mejor paño”*.

Enterrado primero en el cementerio parroquial de Fuensalida, luego fue trasladado a la abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (Madrid).

Daniel Ventero Plaza

Los hermanos Enriqueta y Daniel Ventero Plaza vivían en Toledo los últimos meses antes de que comenzase la Guerra Civil. Entonces decidieron sus padres que debían regresar para mayor seguridad a La Torre de Esteban Hambrán, su pueblo natal. Enriqueta estudiaba en la Escuela de Bellas Artes y Daniel estaba preparándose para presentarse como secretario en el Ayuntamiento. Su hermana le recuerda rezando el rosario en casa todos los días, acudiendo a misa y como miembro destacado de la Acción Católica. En casa del párroco, el siervo de Dios Adrián Aguado, daba catequesis a los niños.

Estando en su casa, vinieron a llamarle para que fuese a declarar al Ayuntamiento. Algún vecino le intimaba para que no fuese. No llegó

LLAMADOS A LA SANTIDAD

al Ayuntamiento puesto que fue asesinado en la parte de atrás de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena en La Torre de Esteban Hambrán. Fue fusilado junto a Marcial Domínguez y Tomás Pérez (una lápida aún lo recuerda). Era el 23 de julio de 1936, al día siguiente de la fiesta de la Magdalena.



Debemos aclarar que el martirio de Daniel se vio envuelto en una venganza. Tras ser asesinados tres milicianos (uno de los cuales era hijo del pueblo), éstos, en venganza, buscaron a otros tres para ajusticiarlos. Sin embargo, debe quedar claro que precisamente porque Daniel Ventero **se había significado siempre como católico y miembro destacado de la Acción Católica** fueron a buscarle para completar el número vengativo de tres en su persona. En el pueblo todos están convencidos del testimonio martirial de Daniel. Todos reconocen que se le preguntó si era de Acción Católica, conminándole a renegar y blasfemar. A lo que el joven Daniel se negó, siendo por ello asesinado. Murió gritando “¡Viva Cristo Rey!”.



Otro de los jóvenes que militaba en la Acción Católica de La Torre era **Juan Manuel López Aguado**. Se dedicaba a dar clases gratuitas a los analfabetos y a aquellos que por trabajar en el campo no podían ir a la escuela. Pertenecía a la Acción Católica. Fue asesinado junto al seminarista **Juan de Dios Blasco Merino**, del que se dice que apareció maniatado con su propio rosario (a modo de esposas) y a **Felipe Aguado Serrano**; los tres fueron asesinados en Boadilla del Monte (Madrid) el 22 de agosto de 1936.

Felipe también pertenecía a la Acción Católica. Todavía vive una hermana suya de 94 años. Ella recuerda que, cuando vinieron a detenerle, le condu-



jeron al Ayuntamiento para que viese las atrocidades que allí se cometían. En un descuido, Felipe intentó escapar, con tal mala suerte que se precipitó por una ventana hiriéndose en las piernas. Llevado a su casa, el médico que le atendía declaró que le estaban sofocando para que le diera el alta y, así, poderle arrestar. Cuando ya por fin lo detuvieron los milicianos, un testigo afirma que dijeron:

-“*A este ya le quedan por rezar pocos rosarios...*”

Antes de irse, le dio una carta a su madre y le dijo que la conservase hasta que supiese de su suerte:

-“*Usted no la abra, téngala en el pecho y ya la abrirá alguna vez*”.

Cuando leyó el contenido, encontró emocionada palabras de resignación, perdón y aceptación ante la muerte que ya esperaba: “*El morir como mártir es mi destino, ¡Dios mío! ¡Cuántas gracias te doy por esta suerte!...*”.

Antonio Leblic Gómez-Lanzas

Antonio nació en Los Navalmorales el 28 de diciembre de 1917 y en esa parroquia fue bautizado. Fueron sus padres Clemente Leblic Acevedo, industrial nacido en San Martín de Pusa y su madre, Emilia Gómez-Lanzas Ruiz de Navahermosa. A los pocos años quedó huérfano y con su madre y familia se trasladó al pueblo de su origen materno, donde vivió hasta su ingreso en el seminario de Talavera de la Reina. En aquel centro cursó Latinidad y Filosofía hasta 1935 que abandona sus brillantes estudios eclesiásticos. El rector del Seminario D. Andrés Vegue se despedía de él con esta frase: “... *lo siento, pues viendo tus cualidades podrías ser jefe del ejército de Cristo... nunca llegues avergonzarte de haber sido seminarista*”. Ya fuera del seminario mantuvo su vocación al servicio de la Iglesia desde su estado seglar, organizando los jóvenes de Acción Católica en Navahermosa.



En julio de 1936 fue requisada por las milicias frentepopulistas la lista de los jóvenes que componían la A.C. local, lo que les valió su persecución, siendo muchos de ellos detenidos y encarcelados. Antonio se había ausentado para realizar estudios en Guadalajara, evitando así ser detenido. Después de una corta estancia en aquella ciudad, regresó a Toledo y el día 26 de septiembre de 1936, reconocido en la calle de Alfileritos por dos milicianos de Navahermosa, acabaron con su vida asesinandole en la misma calle, cuando contaba dieciocho años. Aquella lista de jóvenes navahermoseños de Acción Católica tenía un nuevo mártir.

Alejandro Manterola Odriozola

Natural de Villasana de Mena (Burgos), nació el 12 de abril de 1908. Vivió en Sopenano de Mena hasta los 18 años, trasladándose entonces a Talavera de la Reina, (Toledo), para vivir con su hermana Irene. Ejerció de dependiente en los almacenes de *La Paz*, propiedad de sus familiares en Talavera y, estudiando por correspondencia, principalmente, se especializó en matemáticas y contabilidad en general. Más tarde fue empleado de administrativo de los almacenes *Moro y compañía* de muebles, hierro y ferretería. Casado con María Planchuelo, tuvo dos hijos.



Hombre de intensa piedad, iba todos los días a misa en alguna de las iglesias del centro de la ciudad. Pertenecía a la Acción Católica.

Tras las elecciones de febrero de 1936, Alejandro no quiso hacer caso de los consejos que le dieron sus familiares y amigos para que abandonara Talavera debido a su significación religiosa. El 25 de julio, Alejandro, que tenía tan sólo 28 años, fue apresado, esposado y conducido violentamente por las milicias marxistas. Su mujer, todos los días, se acercaba a la cárcel para llevarle la comida. Le intentó dejar el rosario y un misal, pero se lo requisaron.

Se sabe que los milicianos, durante algún registro, se habían hecho aquí también con una lista de todos los afiliados de la Acción

Católica del centro de Talavera de la Reina. Entre los nombres, se encontraba el de Alejandro.

Finalmente, el 3 de agosto, sobre las once y media de la noche, Alejandro, junto a tres presos más (Miguel Olmedo, Victoriano Álamo y Tirso del Camino) fueron conducidos en una camioneta militar al puente denominado de Silos, sobre el río Tajo, en la carretera que va a Alcaudete de la Jara (Toledo), dándoles muerte en la madrugada del 4 de agosto. Según declaraciones de quienes colaboraron en el asesinato, el pelotón de fusilamiento les había disparado primero a las piernas para que pidieran perdón de rodillas, posteriormente disparaban al cuerpo y, luego, un oficial de las “*brigadas internacionales*”, les remataba con un tiro de gracia, arrojándoles después al mencionado río. No pudieron recuperarse los cuerpos.

Los testigos afirman que Alejandro ratificó su condición de católico y solicitó a los soldados un crucifijo para besarlo antes de morir, petición que como era lógico le fue denegada.

Palabras de Benedicto XVI

Os animo a proseguir con generosidad vuestro servicio a la Iglesia, viviendo plenamente vuestro carisma, que tiene como rasgo fundamental asumir el fin apostólico de la Iglesia en su globalidad, en equilibrio fecundo entre Iglesia universal e Iglesia local, y en espíritu de íntima unión con el Sucesor de Pedro y de activa corresponsabilidad con los pastores (*Apostolicam actualositatem*, 20). En esta fase de la historia, a la luz del Magisterio social de la Iglesia, trabajad también para ser cada vez más un laboratorio de «globalización de la solidaridad y de la caridad», para crecer, con toda la Iglesia, en la corresponsabilidad de ofrecer un futuro de esperanza a la humanidad, teniendo también la valentía de formular propuestas exigentes.

Vuestras asociaciones de Acción Católica se glorían de una larga y fecunda historia, **escrita por valientes testigos de Cristo y del Evangelio, algunos de los cuales han sido reconocidos por la Iglesia como beatos y santos**. Siguiendo su ejemplo, estáis llamados hoy a **renovar el compromiso de caminar por la senda de la santidad**, manteniendo una intensa vida de oración, favoreciendo y respetando itinerarios personales de fe y valorizando las riquezas de cada uno, con el acompañamiento de sacerdotes consiliarios y de responsables capaces de educar en la corresponsabilidad eclesial y social. **Que vuestra vida sea “transparente”, guiada por el Evangelio e iluminada por el encuentro con Cristo, amado y seguido sin temor**. Asumid y compartid los programas pastorales de las diócesis y de las parroquias, favoreciendo ocasiones de encuentro y de sincera colaboración con los demás componentes de la comunidad eclesial, creando relaciones de estima y de comunión con los sacerdotes, con vistas a una comunidad viva, ministerial y misionera. Cultivad relaciones personales auténticas con todos, comenzando por la familia, y ofreced vuestra disponibilidad a la participación, en todos los niveles de la vida social, cultural y política, buscando siempre el bien común.

Mensaje al Foro Internacional de Acción Católica,
10 de agosto de 2012

DEFENSOR DE LA FE CATÓLICA



*José García-Verdugo,
de Talavera de la Reina*

Nació José en Sevilla el 17 de marzo de 1895, siendo bautizado en la parroquia del Sagrario. A los pocos días de nacer, vino en unión de su familia a Talavera donde pasó los primeros años de su vida. Aquí recibió la primera Comunión y estudió las primeras letras. Muy niño aún, fue a vivir a Salamanca y allí afianzó más su educación cristiana, adquiriendo las costumbres y virtudes de su familia netamente católica. En Salamanca comenzó los estudios del bachillerato, asistiendo ya a los cultos de los Luises. Trasladada la familia a Burgos, termina en esta ciudad el Grado, e ingresa en la Conferencia de S. Vicente de Paúl. Debido a un nuevo traslado de su padre, comienza en Zaragoza la carrera de Derecho, definiéndose como literato y orador, pero poniendo siempre sus trabajos al servicio de Dios y de España.

Siendo estudiante, ingresa en la Adoración Nocturna, teniendo como mayor anhelo el poder llegar a reunir el centenar de vigiliat para contarse entre los veteranos. No lo pudo conseguir. La muerte le llamó para acabar la guardia en la escolta de Honor que los Adoradores dan a Jesús en el cielo. Años después, fija su residencia en Talavera y en unión de su hermano, funda la Adoración Nocturna.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

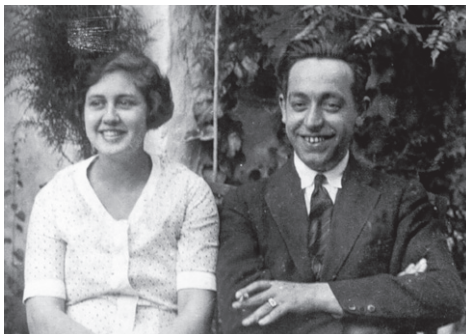
También en su juventud organiza la Juventud Católica, de la cual fue el primer presidente. Perteneció, además, a la Hermandad de Nuestra Señora del Prado, a la cofradía del Santo Sepulcro, Padres de Familia, Acción Católica, Junta Interparroquial de Culto y Clero y a las Conferencias de San Vicente.

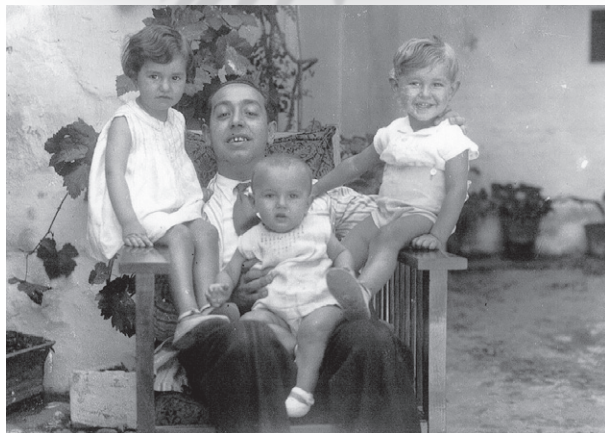
Toda su vida tuvo una preocupación constante: **la educación de la juventud**. Mucho hizo en favor de los jóvenes cuando, como profesor de ellos, tenía ocasión de inculcarles además de los libros de texto, los principios de la religión y de la moral. Por eso, cuando la Juventud Católica tomó cuerpo en Talavera, se consagró a ella como uno de sus más decididos protectores. Profesor del Círculo de Estudios de la misma, les explicaba en sus clases con el acierto de su cultura y la autoridad de su conducta, aquello que les instruía, formando poco a poco el alma cristiana de los muchachos, y la recia valentía que habían de demostrar en los momentos de peligro a que muy pronto se vería expuesta la fe. No fueron inútiles sus esfuerzos; algunos como él, católicos de pura cepa, valientes y firmes en sus ideales, le precedieron en el martirio.

José casó con María del Pilar Fernández-Sanguino de cuyo matrimonio nacieron cinco hijos: Pilar, Alberto, José Carlos, Luis y Antonio. De profesión procurador de Tribunales y de Estado, abrió en Talavera un bufete de procurador, en el que tuvo mucha estimación y celo.

Sus trabajos como director de *“El Castellano”* en Talavera son bien conocidos por todos. Desde sus páginas, en las que trabajó diez años, en cada artículo prevenía lo que podría suceder si los enemigos de la fe se adueñasen de la situación, como así ocurrió.

Cuando se dio la orden por la República de no verificar enterramientos católicos si no se había escrito antes este deseo, llevó a la práctica la creación de un fichero, que conservó en su domicilio, en el que constaba la voluntad del católico finado. Muchos miles se llegaron a reunir.





Todos estos trabajos marchaban al mismo tiempo que los hechos en escritos, propagandas verbales, en congresos, conferencias, etc. Uno de los congresos al que asistió fue al de Toledo, el año 1935. Su entusiasmo no cabía en su pecho. ¿Qué hacer en favor del seminarista?, se preguntaba. Y entonces concibió la idea que puso en práctica enseñada. En Talavera no sería difícil reunir 15.000 ptas. Con los intereses de las mismas, se podía costear a perpetuidad una beca Pro-Seminario. Empezó la obra pero no pudo verla acabada. Otros continuaron lo que él empezó.

Un boletín salesiano del 21 de septiembre de 1921 nos recuerda la presencia de los salesianos en nuestra Archidiócesis, concretamente en Talavera de la Reina. Y como cooperador salesiano fue el Siervo de Dios el alma mater del centro “Don Bosco”.

La señora Joaquina Santander ayudó a principios del siglo XX a la creación de un colegio de los PP. Salesianos que acogía *“a centenares de chiquillos de todas las clases sociales, atraídos por la dulzura, el sacrificio y el desinterés de los hijos de don Bosco”*. Pero esto era poco todavía. Era necesario reunir, no sólo a los niños, sino a los que habiendo dejado de serlo, entraban en el taller, en las faenas del campo o en las aulas, para que el ambiente de la nueva vida no agostase aquella flor de virtud que se había logrado obtener en sus corazones infantiles.

Y en el boletín, José García-Verdugo da la noticia de que los directores de la fundación crearon el Centro y *“tiene ya más de doscientos socios esta pequeña entidad... de los 12 a los 15 años forman el grupo*



LLAMADOS A LA SANTIDAD

de aspirantes... y los Cooperadores salesianos que constituyen el grupo de socios protectores. Para que sirviera de acicate, se les ofrecieron recreos, juegos, billares, funciones de teatro (montones de ellas escritas por él mismo, en las que a la vez que les proporcionaba ratos de solaz les inculcaba los principios básicos de la Iglesia.), también funciones de cinematógrafo, un frontón para los aficionados al deporte vasco...”.

“Para instruirlos, durante los domingos del pasado invierno, se organizó un curso de conferencias de carácter social y cristiano, en las cuales, los distinguidos cooperadores de la obra trataron de interesantesísimos temas...”.

Así se dirigía en 1923 el Siervo de Dios a María Auxiliadora.

¡Madre del alma mía!
Dame reposo y calma.
¡Qué tormenta, qué lucha tan bravía
se libra sin cesar dentro del alma!
¡Escucha mis clamores!
¡Oye mis tristes quejas!
Entre tantas tristezas y dolores
¿a quién acudiré si tú me dejas!?
Al pie de tus altares
me cobijé de niño;
ahora que son tan hondos mis pesares,
¿no he de encontrar consuelo en tu cariño?
Tú eres paz y dulzura
y estrella de bonanza.
¡Baja hasta mí los ojos, Virgen pura,
para que no me falte la esperanza!
Refrena los latidos
del pobre corazón que sufre y llora.
¡Eres madre y consuelo de afligidos,
y te llamas María Auxiliadora!

En el terreno político, tuvo siempre una idea de fondo que fue la Tradicionalista, aunque en beneficio de Dios y de España sacrificara sus ideales. Durante la dictadura de Primo de Rivera, perteneció al Ayuntamiento de Talavera. En el Ayuntamiento republicano de Talavera siempre afirmó su calidad de concejal católico y monárquico. Esto uni-

do a la campaña que hizo en contra de todo lo que fuese persecución a la religión o a España y su voto de oposición a la moción de expulsión de los jesuitas, comunidades religiosas y del cardenal Segura. Fue la sentencia de muerte que él mismo se firmaba. Desde entonces sabía que sus días estaban contados. “*¡No podía acabar bien quien a boca llena se llamaba católico en una atmósfera enrarecida!*”.

No por eso dejó de proclamar su fe y cuando alguien le advirtiera el peligro que corría y le añadió:

- “*Prepárate a morir mártir*”.

Él contestó:

- “*Bueno, si Dios lo quiere, bendito sea*”.

- “*Pero, y ¿tus hijos?*”

- “*Dios se encargará de ellos*”.

Desde entonces redobló sus afanes. Era preciso luchar y él, fiel a sus principios, los defendió sin miedo. Entre todas sus cualidades, tres brillan de una manera especial: **valentía, tesón y sencillez**. Nunca, nada ni nadie le asustó y, por esa razón, ni en un solo momento dejó de hacer aquello que su conciencia le dictaba. El tesón y la constancia se reflejaban en todos sus afanes. Él veía lo poco que conseguía en su empresa; los trabajos de su voz y de su pluma caían en el vacío y eran poquísimos los que se hacían eco de sus advertencias y doctrinas, pero él siempre atribuía el fracaso a falta de celo por parte de él y redoblaba sus afanes para ver la manera de conseguir más fruto. También la sencillez fue una de sus cualidades más hermosas y de la que no podían sustraerle por más que se le impulsase a brillar.

Organizó muchas cosas en Talavera, pero no consistió nunca que se supiera era obra suya. Él lo formaba y daba vida y dejaba los cargos a los demás. “*Yo trabajo para Dios -decía- no para el mundo*”.

En lo más florido de su vida alcanzó la palma del martirio. Dos veces le detuvieron en Talavera demostrando gran serenidad. Cuando marchó a Madrid, al despedirse de su familia, alguien le dijo:

- “*Ten valor y piensa en tu alma*”.

A lo que él contestó:

- “*No temas por mi alma, estoy preparado y nada ni nadie me hará renegar de lo que llevo muy dentro*”.



LLAMADOS A LA SANTIDAD

Después, silencio durante muchos meses, rumores de su muerte y, más tarde, su confirmación con detalles de ella. Un día de octubre del 1936 seis individuos fueron a buscarle. Fácilmente pudieron llevárselo. Esta vez, con la seguridad de que era la definitiva. Él les habló:

-“¿Por qué me buscáis? Siempre hice todo lo que pude en favor de los obreros, puesto que como hermanos míos que sois os he tratado.”

Uno, más comprensivo, contestó:

-“Es verdad, no nos ha hecho ningún mal”.

-“Pero eres un beato, dijo un segundo”.

A lo que nuestro mártir contestó:

-“Eso sí, “beato”, como vosotros me llamáis soy, lo he sido y seguiré siéndolo durante toda mi vida”.

-“Pues va a ser por poco tiempo porque ahora vas a morir”.

-“Pues ya sabéis que muero por Dios”.

Poco después, una criminal descarga era la respuesta a aquella profesión de fe, quedando su cuerpo abandonado en la Ciudad Universitaria de Madrid, como el de tantos otros, mientras su alma subió al Cielo a gozar de Dios, reuniéndose con aquellos otros que le habían precedido en el martirio. Era el 20 de octubre de 1936.

Según se supo, por las declaraciones obtenidas de los imputados por dicha muerte, don José se dirigió al que se suponía le iba a matar y le pidió que no se le disparase a la cara sino directamente al corazón. Luego, los milicianos extrañados lo comentaron:

-“Vaya un jabato el tío; ni protestó ni molesto, lo más raro es que nos dijo:

-Por favor, no me tiréis a la cara, tirarme al corazón. Y plis, plas, se quedó pajarito en el corazón, como lo pidió, pero no le quedó entera su preciosa cara, le echamos una piedra encima y aquí paz y después gloria”.

Seguro que el Siervo de Dios hizo esta petición por si alguien le reconocía para darle cristiana sepultura... Pero los asesinos que se ensañaron con el cadáver le desfiguraron su rostro destrozándolo con una piedra.

La familia del Siervo de Dios conserva una carta del cardenal

Isidro Gomá con fecha de 9 de septiembre de 1939:

*“El infrascrito Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas se complace en certificar: que Don José García-Verdugo y Menoyo, Abogado-Procurador de Talavera de la Reina asesinado en Madrid por los milicianos, **era no sólo católico práctico y de intachable conducta familiar y social, sino paladín de la causa católica que había defendido brillantemente con la palabra y con la pluma, habiendo merecido repetidamente el elogio de su Prelado. El Prelado que suscribe desea rendir con estas líneas el merecido testimonio a la memoria de tan ilustre y digno diocesano, cuya muerte, aceptada y recibida por su fe, es digno remate de su vida de fe y de apostolado, que habrá sido premiada por Dios**”.*

Palabras del beato Juan Pablo II

Si se perdiera la memoria de los cristianos que han sacrificado su vida para afirmar su fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería un componente valioso, puesto que los grandes valores humanos y religiosos ya no estarían sostenidos por un testimonio concreto, insertado en la historia.

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual” (1 P 2, 4-5). Estas palabras del apóstol san Pedro han animado y sostenido **a miles de hombres y mujeres al afrontar las persecuciones y el martirio durante dos mil años de cristianismo.** Afortunadamente, hoy, en Europa -no sucede lo mismo en otras regiones del mundo-, la persecución ya no es un problema. Sin embargo, los cristianos deben afrontar a menudo **formas de hostilidad más o menos abiertas, y esto los obliga a dar un testimonio claro y valiente.** Junto con todos los hombres de buena voluntad, están llamados a construir una verdadera “*casa común*”, que no sea sólo edificio político y económico-financiero, sino también

“casa” rica en memorias, en valores y en contenidos espirituales. Estos valores han encontrado y encuentran en la cruz un elocuente símbolo que los resume y los expresa.

Los discípulos de Cristo están llamados a **contemplar e imitar a los numerosos testigos de la fe cristiana que han vivido en el último siglo**, tanto en el Este como en el Oeste, **los cuales han perseverado en su fidelidad al Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta la prueba suprema de la sangre**. Esos testigos son un signo convincente de esperanza, que se presenta ante todo a las Iglesias de Europa. En efecto, nos atestiguan la vitalidad y la fecundidad del Evangelio también en el mundo actual. Son, en verdad, **un faro luminoso para la Iglesia y para la humanidad**, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo.

Se han esforzado por servir fielmente a Cristo y su “Evangelio de la esperanza”, y con su martirio han expresado en grado heroico su fe y su amor, poniéndose generosamente al servicio de sus hermanos. **Al hacerlo, han demostrado que la obediencia a la ley evangélica engendra una vida moral y una convivencia social que honran y promueven la dignidad y la libertad de toda persona.**

A nosotros, por tanto, nos corresponde recoger esta singular y valiosísima herencia, este patrimonio único y excepcional, como ya hicieron las primeras generaciones cristianas, que construyeron sobre las tumbas de los mártires memorias monumentales, basílicas y lugares de peregrinación, para recordar a todos su sacrificio supremo.

Del Mensaje a la VIII Sesión pública de
las Academias Pontificias,
3 de noviembre de 2003



TESTIGO VALIENTE DEL CRUCIFICADO



*Pedro Hijas,
de Oropesa*

Pedro nació el 8 de marzo de 1903 en Oropesa (Toledo), por eso se le puso el nombre de Pedro Juan de Dios. Primero, porque en dicha fecha se celebra al santo hospitalario y, en segundo lugar, porque aunque la tradición sitúa el nacimiento de san Juan de Dios en el país vecino de Portugal, se sabe que a la edad de ocho años se trasladó a

España recalando en Oropesa (Toledo) en donde se dedicó al cuidado y pastoreo de ganado.

Los padres de Pedro se llamaban Antonio Hijas y Águeda Sánchez. Recibió las aguas del bautismo el 12 de marzo de 1903 en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Oropesa (Toledo). Fue confirmado el 28 de diciembre de 1929, en la misma parroquia.

Cuando estalla la Guerra Civil le faltaba una asignatura para terminar la carrera de Farmacia, aunque ya ayudaba en la Oficina de Farmacia que su padre regía en Oropesa (Toledo). Los testigos le recuerdan entregándose a todos y aconsejando muy bien a sus clientes enfermos. Valía mucho profesionalmente y como persona, pero no se daba importancia. Era muy trabajador, llevaba prácticamente solo la farmacia, dado que su padre era muy mayor.

Respecto a su vida de piedad, se sabe que era un hombre comprometido con su fe, practicaba con mucha asiduidad, y daba ejemplo



LLAMADOS A LA SANTIDAD

en su pueblo, ya que no era lo normal que los jóvenes fueran a misa. Siempre llevaba el escapulario de la Virgen del Carmen y acudía mucho a Ella. Como buen oropesano, era muy devoto de san Alonso de Orozco.

Estaba soltero y no tenía novia. Miembro de la Acción Católica, era presidente de las juventudes de la CEDA de Oropesa.

Lo que sucedió durante el mes de junio de 1936 demuestra la valentía del Siervo de Dios, pues siempre iba con la verdad por delante, aunque esta manera de ser le produjese problemas. Resulta que en el pueblo había un hombre llamado Octavio, de profesión veterinario, que siempre se manifestaba ante todos mostrando su anticlericalismo y su odio para con Dios, y estando en uno de los bares de la plaza del Ayuntamiento, ante un grupo grande de vecinos del pueblo, tiró un crucifijo al suelo, lo pisó y escupió, mientras decía:

-“*¡Dios no existe!*”

Todos los presentes callaron cobardemente, excepto Pedro que recogió el crucifijo del suelo, lo limpió y le dijo que no fuera tan cobarde, ofendiendo de ese modo a Dios. Este vecino, le dijo:

-“*Serás de los primeros en caer*”.

Cuando estalló la guerra, Oropesa quedó en zona republicana. Los milicianos, a cuyo frente estaba el tal Octavio comenzaron a detener a varias personas. Acordándose de las amenazas recibidas, Pedro, para que no le cogieran, se escondió durante unos días en la buhardilla de la casa de sus padres, que aparentemente estaba vacía. Pero a los pocos días, el 28 de julio, lo encontraron en la casa y se lo llevaron detenido al Ayuntamiento y luego a la cárcel del pueblo. No le hicieron juicio y le sacaron la madrugada del 30 de julio para matarlo.

Antes de salir, le dijo a su mejor amigo Daniel Robledo, detenido también:

-“*Me llevan a matar*”.

Y mientras se despedían, le dijo:

-“*Vete a ver a mi padre, si sales vivo, y dile que muero pensando en Dios y en él, y en mis hermanos*”.

Le hicieron subir a una furgoneta, junto a otros tres vecinos. Durante el trayecto iban rezando. A las afueras del pueblo, en la carretera hacia Madrid, en el Prado de los Álamos, los hicieron bajar, y los fueron matando. El se quitó las gafas y dijo:

- *“Prefiero morir sin ver nada, para poder rezar y no distraerme”.*

A él le dieron 40 puñaladas y le arrancaron el escapulario del Carmen, pero él lo cogió entre sus manos; y, como no acababa de morir, le dispararon un tiro en la nuca. Murió rezando y perdonando. Mientras le daban las puñaladas, sus asesinos se reían ante sus sufrimientos físicos. Los cadáveres fueron encontrados en el término de Calera.

Palabras del beato Juan Pablo II

La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia. En el siglo XX, **tal vez más que en el primer período del cristianismo**, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Cuántos cristianos, en todos los continentes, a lo largo del siglo XX, pagaron su amor a Cristo derramando también la sangre. Sufrieron formas de persecución antiguas y recientes, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto. En nuestro siglo *“el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes”* (Tertio millennio adveniente, 37).

La generación a la que pertenezco ha conocido el horror de la guerra, los campos de concentración y la persecución. En mi Patria, durante la

segunda Guerra Mundial, sacerdotes y cristianos fueron deportados a los campos de exterminio. Sólo en Dachau fueron internados casi tres mil sacerdotes; su sacrificio se unió al de muchos cristianos provenientes de otros países europeos, pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales.

Yo mismo fui testigo en los años de mi juventud, de tanto dolor y de tantas pruebas. Mi sacerdocio, desde sus orígenes, *“ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y de tantas mujeres de mi generación”* (*Don y Misterio*, p. 47). La experiencia de la Segunda Guerra Mundial y de los años siguientes me ha movido a considerar con grata atención el ejemplo luminoso de cuantos, desde inicios del siglo XX hasta su fin, **experimentaron la persecución, la violencia y la muerte, a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo.**

¡Y son tantos! Su recuerdo no debe perderse, más bien debe recuperarse de modo documentado. Los nombres de muchos no son conocidos; los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia; los nombres de otros fueron ocultados por sus verdugos. Sin embargo, los cristianos conservan el recuerdo de gran parte de ellos.

Homilía pronunciada en la
Conmemoración Ecuménica de los Testigos de la Fe del siglo XX,
7 de mayo de 2000

SACRISTÁN Y ORGANISTA

*Buenaventura Huertas,
de Villa de Don Fadrique*



Natural de Socuéllamos (Ciudad Real), Buenaventura Huertas Medina nació el 14 de julio de 1873. Huérfano de padre y madre, se crió junto a tres de sus hermanos en casa de su tío José María Huertas, párroco de Villa de Don Fadrique (Toledo), quien les inculcó los valores religiosos. Contrajo matrimonio con María Josefa García-Molero Aguado, nacida en Villa de Don Fadrique; tuvieron 14 hijos, de los cuales dos hijas fueron religiosas carmelitas, una en Granada y otra en Yepes (Toledo).

Funcionario del Ayuntamiento de Villa de Don Fadrique, Buenaventura Huertas Medina (conocido en el pueblo como el Sr. Ventura) compartía su trabajo con la sacristía de la parroquia Nuestra Señora de la Asunción. Además, era director de la banda municipal, maestro de música y organista, por lo que dirigía todos los actos musicales de la parroquia, cuyo párroco era el beato **Francisco López-Gasco Fernández-Largo** (al que, popularmente, todos llamaban don Paco).

En su casa, Buenaventura recibía a los sacerdotes, seminaristas (entre ellos el **beato Miguel Beato Sánchez**) y cantores del coro de la parroquia, para ensayar las novenas o mantener tertulias, de carácter religioso en su mayoría. Asistía a misa diaria con su esposa y participaba activamente en todos los actos religiosos organizados por la parroquia.



Era muy recto, cumplidor y no faltó nunca a sus deberes, incluso justo después de morir repentinamente, un 7 de septiembre, uno de sus hijos a los 26 años, José María, que era sacristán y organista de Villarrobledo. Días después, el 11 de septiembre, festividad del Cristo del Consuelo, Buenaventura Huertas estaba dirigiendo la banda en la procesión del Cristo, lo que despertó la admiración de todo el pueblo.

Al día siguiente de comenzar la Guerra Civil, el Siervo de Dios fue a abrir la iglesia de Villa de Don Fadrique como todos los días con su esposa; pero unos milicianos les quitaron las llaves y no les quedó más remedio que regresar a su casa, situada junto a la iglesia. Después, los milicianos echaron al párroco de su casa, quien se refugió en casa de Buenaventura Huertas, donde se quedó a vivir.

Unos días más tarde se llevaron al párroco a la iglesia para registrarla. Mientras los milicianos estaban en la bóveda y en la torre, don Francisco sacó el Santísimo del Sagrario, lo llevó a casa de Buenaventura y así pudo evitar su profanación. Durante el tiempo en el que el párroco estuvo refugiado en su casa con el Santísimo, celebró

misa diaria a primera hora de la mañana en una de las habitaciones donde se había instalado un altar; asistían los moradores de la casa: Buenaventura, su esposa, y algunos de sus hijos y nietos.

A los pocos días, detuvieron al sacristán y, unos cinco días después, al beato Francisco López-Largo. Compartían celda con otros siete detenidos. Allí, sufrieron tortura diariamente. Como Buenaventura Huertas padecía una enfermedad crónica, necesitaba cuidados diarios, por lo que los milicianos lo sacaban de la cárcel y lo llevaban a su casa para que recibiera tales cuidados, siempre vigilado por un miliciano. En la única ocasión en la que el miliciano no estuvo presente, Buenaventura comentó a su esposa: *“Estamos nueve mártires allí. Más vale que nos fusilaran. Haced una novena al Niño Jesús de Praga”*. Él sentía una profunda devoción por el Niño Jesús de Praga.

Pasada una semana, el 9 de agosto de 1936, llevaron a ocho de los nueve detenidos a *“dar el paseo”* a un lugar cercano al pueblo llamado Media Luna, donde completaron entre torturas la muerte de todos ellos. El párroco pidió a los milicianos ser el último en morir, con el objeto de poder dar la absolución a los demás. Respetaron su voluntad y así se hizo.

Cuando le tocó el turno a Buenaventura Huertas, pusieron los milicianos en el suelo el crucifijo que llevaba él siempre en un bolsillo para que lo pisoteara, con la promesa de que así salvaría la vida. Se negó y lo atormentaron hasta matarlo. Sus últimas palabras fueron: *“-Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*.

La Providencia quiso que el mismo día fusilaran en Madrid a uno de los hermanos de Buenaventura Huertas, también por motivos religiosos. Se trata del escolapio, Ataulfo Huertas, rector del Colegio San Antón, situado en la calle Hortaleza de Madrid.

Decreto "Apostolicam actuositatem"

(sobre el apostolado de los laicos)

La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama **apostolado**, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; **porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado.** Como en la complexión de un cuerpo vivo ningún miembro se comporta de una forma meramente pasiva, sino que participa también en la actividad y en la vida del cuerpo, así en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, *"todo el cuerpo crece según la operación propia, de cada uno de sus miembros"* (Ef., 4,16). Y por cierto, es tanta la conexión y trabazón de los miembros en este Cuerpo (Cf. Ef., 4,16), que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo.

En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión. A los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el encargo de enseñar, de santificar y de regir en su mismo nombre y autoridad. Mas **también los laicos**; hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, **cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo.**

En realidad, ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero **siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento (nº 2).**

LA MISMA SANGRE DERRAMADA

*Francisca López y su hijo sacerdote,
en Valdelacasa de Tajo (Cáceres)*

En el último capítulo de su libro *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo*, don Juan Francisco Rivera afirma que no puede dudarse de que entre los seglares hubo auténticos mártires. “Frecuentemente -escribe- es el caso de personas asesinadas por el parentesco con los sacerdotes... *Dramático como ninguno es el episodio ocurrido en Valdelacasa de Tajo. El sacerdote Julio Lozoyo está ante el pelotón de fusilamiento. Las lágrimas de la madre no han ablandado el corazón de los verdugos; la madre entonces se abraza a su hijo y en ese momento la voz de ¡fuego!, viene a unir en la misma sangre los cadáveres de madre e hijo*”.





LLAMADOS A LA SANTIDAD

La sierva de Dios **Francisca López Moreno**, que había nacido en 1880, contrajo matrimonio con Timoteo Lozoyo García el 31 de agosto de 1901 en Valdelacasa de Tajo. Tenían un solo hijo, **Justo Lozoyo López**, que nació el 6 de agosto de 1902. Tras realizar sus estudios en el seminario de San Ildefonso de Toledo, el Siervo de Dios recibe la ordenación sacerdotal el 16 de junio de 1927. En esta historia tiene un lugar preeminente la parroquia de Valdelacasa: allí tuvo lugar el matrimonio (de sus padres), y el bautismo, la primera comunión, la confirmación y la primera misa de Justo... ¡Cuántas confidencias hechas ante el Sagrario del templo parroquial!

Cuando estalla la persecución religiosa, don Justo ejerce su ministerio como cura ecónomo de Carrascalejo y los domingos atiende, además, Navatrasierra (ambos de Cáceres). Anteriormente fue cura ecónomo de El Puerto de San Vicente (Toledo).

Al finalizar el mes de julio ya no le permiten residir en el pueblo y busca refugio en casa de sus padres. Allí permanece hasta el 25 de agosto de 1936. Ese día se posiciona en el pueblo la columna anarquista “*Fantasma*”. Al preguntar sobre el paradero del párroco, les dicen que se ha marchado pero que hay un hijo del pueblo que está refugiado. Inmediatamente, dan con él, lo apresan y lo llevan a un corral a la entrada del pueblo. Al enterarse su madre corre para abrazarse con él y, aunque intentan separarlos, no lo consiguen. Así, los dos abrazados, al grito de “¡*Viva Cristo Rey!*” son fusilados. Después se ensañaron con los cadáveres y fueron trasladados al camposanto del pueblo, donde fueron sepultados. Recientemente se trasladaron sus restos a la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción Valdelacasa.

Sobre la beata María Teresa Ferragud

María Teresa Ferragud Roig, de 83 años, viuda de Vicente Masiá Ferragut, y **otra hija suya religiosa agustina**, la beata Josefa Masiá, nacida en Algemesí, Valencia, el 10 de junio de 1897, estuvieron en prisión en el convento franciscano de Fons Salutis, **junto a otras tres hijas, clarisas**, adonde habían sido llevadas detenidas el 19 de octubre de 1936; y **fueron asesinadas todas juntas** el 25 de octubre del mismo año, día de Cristo Rey. **Los milicianos quisieron dejar a la madre, pero ésta se opuso y quiso acompañar a sus hijas para animarlas en la hora suprema.** Todas fueron muertas en Cruz Cubierta, en la localidad de Alzira, provincia de Valencia.

Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entrelazadas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas. Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el martirio.

¿Cómo no conmovemos profundamente al escuchar los relatos de su martirio? La anciana **María Teresa Ferragud** fue arrestada a los ochenta y tres años de edad junto con sus cuatro hijas religiosas contemplativas. El 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, pidió acompañar a sus hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: *“Esta es una verdadera santa”*.

Beato Juan Pablo II
Roma, 11 de marzo de 2001

Realmente, **los principales maestros de la humanidad son los mismos padres de familia que, sostenidos por la gracia divina**, se esfuerzan por transmitir a sus hijos las virtudes de la fe en Cristo, la caridad operante y una gran esperanza, y *“en este campo tienen incluso una competencia fundamental: son educadores por ser padres”*.

Conviene recordar que a todas las familias cristianas se presentan los brillantes ejemplos de algunos fieles, tanto de tiempos antiguos como de épocas recientes, que no sólo a los jóvenes, sino también a la gran mayoría de la gente, dejaron su vida como ejemplo de nobleza y recuerdo de virtud (cf. 2M 6, 31). Entre ellos cabe destacar en Oriente a los santos Basilio y Emelia, que entre sus nueve hijos cuentan con cuatro santos, y en Occidente a los santos Gordiano y Silvia, padres del Sumo Pontífice san Gregorio Magno.

Al inicio de este milenio, la Madre Iglesia ha inscrito en el catálogo de los beatos a **María Teresa Ferragud Roig**, que en España juntamente con sus cuatro hijas vírgenes consagradas a Cristo consiguió la palma del martirio y la gloria celestial; a los esposos **Luis Beltrame Quattrocchi y María Corsini**, en Italia; **Luis Martin y Celia María Guérin**, en Francia, padres de santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones y flor del Carmelo.



Benedicto XVI,
Carta para el VI Encuentro Mundial de las Familias,
13-18 de enero de 2009

UNA FAMILIA PERSEGUIDA

*Quiterio y Jesús Malagón,
de Urda*

Cada año el calendario litúrgico diocesano nos permite celebrar el 24 de julio el martirio de tres pasionistas que sufrieron martirio en Urda, de un total de 26 religiosos de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real). Era la tarde del 24 de julio de 1936 y el padre Pedro del Sagrado Corazón (Largo Redondo, presbítero de 29 años), el hermano Félix de las Cinco Llagas (Ugalde Irurzun, de 20 años) y el hermano Benito de la Virgen del Villar (Solano Ruiz, de 38 años) caminaban de Daimiel a Malagón, por descampado. Fueron detenidos en el Puente Navarro del río Guadiana. En el Ayuntamiento se les retuvo hasta las seis de la mañana del día siguiente en que se les subió al tren correo. En Urda esperaban los revolucionarios más rabiosos, a los que se unieron los de Consuegra, que no querían que se escapasen los pasionistas. Los tres fueron fusilados en la estación de Urda al amanecer del 25 de julio, fiesta de Santiago Apóstol.

El Santísimo Cristo de la Vera Cruz, a finales del ese año, fue derribado desde el camarín de su Santuario en Urda al suelo. Los restos de la Sagrada Imagen, posteriormente, fueron cargados en un vehículo y tirados a una de las canteras existentes en esta Villa. Acto seguido, un cantero y vecino de esta localidad recogió los restos en un saco durante la noche y en combinación con un mecánico llamado “*el alemán*”, por ser esa su nacionalidad, los escondieron en el falso techo de su taller, guardando el secreto durante toda la contienda.

Entre ambos acontecimientos tuvo lugar el desmantelamiento de la parroquia y de la ermita, además del martirio de los sacerdotes y algunos seglares, cuyas Causas hace años están incoadas. La **Causa General** afirma que el 24 de julio, grupos de milicianos invadieron la



LLAMADOS A LA SANTIDAD

iglesia parroquial de San Juan Bautista *“de la que ha desaparecido todo cuanto había quedando en muy mal estado por haber estado sirviendo de almacén de abono. Grupos de milicianos subieron a la ermita del Cristo, destrozándolo (el Cristo) así como las demás imágenes”*.

Sin duda, el espantoso martirio del **siervo de Dios Enrique Corral Reig**, párroco de Urda durante 29 años (desde julio de 1907 a 1936), fue el más relatado desde el final de la guerra. Ahora, queremos narraros el martirio de un sacerdote, de su cuñado y del hijo de éste, de tan sólo 17 años, al que podíamos reconocer *“mártir del quinto mandamiento”*, pues se le quiso obligar a matar a una persona y así quedar en libertad.

El siervo de Dios **Constantino Rabadán**, urdetano de nacimiento, ejercía como párroco de Menasalbas (Toledo): su cuñado era el siervo de Dios **Quiterio Malagón**, casado con Antonia, hermana de Constantino. El hijo de ambos y sobrino del sacerdote es el siervo de Dios **Jesús Malagón**. Padre e hijo eran carpinteros. Es el martirio de varios miembros de una sola familia. Sucedió con bastante frecuencia, a la lo largo de toda la geografía martirial, el que los marxistas asesinaran a varios miembros o a familias completas. Esta historia es uno de esos ejemplos.

Siervo de Dios Constantino Rabadán

Había nacido en Urda (Toledo) a las siete de la mañana del 21 de agosto de 1886 y bautizado al día siguiente. Fueron sus padres Epifanio y María. Tras realizar los estudios eclesiásticos en Toledo, fue ordenado el 12 de marzo de 1910.

Dos de sus compañeros de ordenación ya han sido beatificados: el beato José de Mora Velasco (que después de ejercer como sacerdote diocesano pasó a los Hermanos de San Juan de Dios) y el beato Justino Alarcón de Vera. Además, en esa ordenación de presbíteros estaban codo a codo los siervos de Dios Serapio García-Toledano, Nicasio Carvajal y Simeón Bel Rodríguez.



El 27 de marzo “*celebraba solemnemente y por primera vez el santo sacrificio de la Misa*”, a las diez de la mañana, en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Urda. Entre sus destinos, sabemos que ejerce el ministerio en Huerta de Valdecarábanos o en Menasalbas (Toledo), en cuya parroquia está destinado cuando estalla la guerra.

Conservamos una carta que le escribe a su cuñado Quiterio para hacerle reflexionar sobre el beneficio de la vocación de su hija mayor, que ingresará en las Carmelitas de Malagón (Ciudad Real): «...*que con Dios seas tan generoso y tan agradecido como eres con las personas del mundo... Yo creo que Dios te ha de premiar “a lo Dios” tu generosidad. ¿Verdad que sí eres generoso con el que tan generoso ha sido contigo?....*».

Cuando estalla la guerra, el Siervo de Dios se encontraba en Urda convaleciente de una operación. Aunque algún testigo afirma que estaba pensando en solicitar el traslado a su pueblo para quedarse como capellán de la ermita del Santísimo Cristo de la Vera Cruz.

El 16 de julio de 1936, fiesta de la Virgen del Carmen, y diez días antes de ser detenido y encarcelado, visitando a su sobrina Teodosia (sor Asunción del Sagrario) en Malagón, dijo a la comunidad que

había ofrecido su vida por la salvación de España.

El 26 de julio, tres días después que el coadjutor de Urda, fue encarcelado. Allí se encontraron ambos sacerdotes. Finalmente, el día **5 de agosto** los milicianos conminaron al coadjutor de Urda, don Antonio Hernández Sonseca, a que revelara lo que los otros presos le habían confesado en el sacramento... Él se negó de plano, a pesar de que le torturaban. Y esa misma noche, don Antonio y don Constantino fueron sacados de la **prisión de Urda**, fusilándolos inmediatamente.

Quiterio Malagón Garrido

Quiterio era carpintero y llevaba una vida normal, sacando adelante con su trabajo a su esposa Antonia y a sus ocho hijos (Teodosia, Rufino, **Jesús**, Epifanio, Antonio, Constantino, Justa y María).

Por una carta que conserva la familia, sabemos de lo difícil que fue para él desprenderse de Teodosia, su hija mayor, que decidió entrar en el Carmelo de San José de Malagón (Ciudad Real). Su cuñado sacerdote, el siervo de Dios Constantino Rabadán, le escribe para alentarle: “*¿Verdad que sí eres generoso, con el que tan generoso ha sido contigo? En Malagón siempre la tendrás cerca.*” Motivos humanos y lógicos de entender son pensar que su esposa quedaba en la casa, con los siete hijos restantes, encargándose de todo, faltándole la mayor. Sin embargo, tras aceptar la marcha, uno de sus hijos testigo de todo ello recuerda que llegará a comprarse un coche de segunda mano, “que se paraba cada dos por tres”, para recorrer los poco más de 30 kilómetros que separan Urda de Malagón.

Cuando llega el inicio de la Guerra Civil, y según consta en



la **Causa General**, el 21 de julio de 1936 pasaron violentamente a su casa y, después de insultarlos, dispararon, hiriendo al dueño y a una sobrina, llamada Rufina. La tal Rufina vivía con su tío sacerdote Constantino en la parroquia de Menasalbas y ahora le acompañaba en su convalecencia en Urda. Después de la guerra, marchó a Tortosa para ser religiosa de la Consolación, fundadas por Santa M^a Rosa Molas.

Mientras Rufino, el hijo mayor, maldecía a los milicianos, Quiterio exclamaba:

“-Hijo, perdónales, que no saben lo que hacen”.

Como en la casa estaba su cuñado, el siervo de Dios Constantino Rabadán, se confesó inmediatamente. Por las heridas de ese tiroteo fallecía casi dos semanas después, el 2 de agosto. Se le asesinó porque su hogar era una referencia para los católicos del pueblo. Su casa en estos momentos acogía a varias religiosas del Carmelo de su hija. Y las visitas al Cristo de Urda era constantes.

La foto familiar que ilustra nuestro artículo muestra a los tres mártires: Quiterio, el primero sentado por la derecha (de bigote); junto a la esposa de Quiterio y hermana del sacerdote, el siervo de Dios Constantino Rabadán; y, sentado a los pies del sacerdote, en el suelo, su sobrino Jesús Malagón, que entonces no tendría ni diez años.

Jesús Malagón Rabadán

Jesús había nacido en Urda (Toledo) el 14 de octubre de 1918, era el tercero de los ocho hijos que engendraron Quiterio y Antonia. Como su padre, era carpintero. El 2 de agosto había sido asesinado su padre y el 5 de agosto, su tío don Constantino Rabadán.

El 11 de agosto de 1936 escribe una carta a su novia, Aurora, diciéndole que lo han avisado del comité para que se comprometa a matar a cierta persona de derechas con amenazas de muerte si no lo hacía. Se trataba, además, de un familiar lejano: don José-Santos Rabadán Medrano, que fue médico de Urda desde principios del siglo XX hasta 1936. Aunque Jesús, como quedará explicado no sacrificará a su pariente, éste también sería asesinado.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

La carta es sobrecogedora. En ella explica a su novia que se ha presentado uno en su casa, antes de que falleciese su padre, contando que lo habían obligado a matar a otro para conservar la vida y que pronto vendrían los milicianos a proponerle a él el mismo trato:

“...me dijo que venía a prevenirme porque seguramente iban a venir a por mí para que hiciera yo otra cosa igual, es decir que tenía que matar a otro, en pocas palabras; yo le contesté que antes de ser un asesino prefería que me mataran a mí, que yo no llevaba sobre mi frente la mancha de haber matado a nadie aunque me mataran a mi...”

Están escritas estas líneas ¡¡con 17 años!! Y termina diciéndole a su novia:

“...yo no sé lo que me pasa cuando me pongo a escribirte, no hallo cuándo dejarlo, son los únicos ratos que paso buenos, cuando leo tus cartas y cuando te escribo...”

Desde entonces -testifica su hermana- se preparaba a morir con lecturas como ***Quo vadis*** y ***Fabiola***. Como si se tratase de una crónica anunciada, un mes después fue detenido, y finalmente asesinado en su propio pueblo natal; era el 13 de septiembre. Algunos, con razón, tras referir el relato y causas de su martirio, lo han calificado de **mártir del quinto mandamiento**.



Palabras del cardenal *José Saraiva Martins*

Por encargo y delegación del papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a 498 mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años 1934, 1936 y 1937. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, mujeres y hombres; tres de ellos tenían dieciséis años y el mayor setenta y ocho.

Este grupo tan numeroso de beatos manifestaron hasta el martirio su amor a Jesucristo, **su fidelidad a la Iglesia católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo**. Antes de morir perdonaron a quienes les perseguían —es más, rezaron por ellos—, como consta en los procesos de beatificación instruidos en las archidiócesis de Barcelona, Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Sevilla y Toledo; y en las diócesis de Albacete, Cartagena, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Málaga y Santander.

El Catecismo de la Iglesia católica afirma: “*El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe*” (n. 2473). En efecto, seguir a Jesús significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor del Evangelio (cf. Mt 24, 9-14; Mc 13, 9-13; Lc 21, 12-19): “*Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre*” (Mc 13, 13; cf. Jn 15, 21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino. Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos o son mártires, es decir adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse.

... Ya que la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre, **esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta el derramamiento de la sangre**. Pero como

LLAMADOS A LA SANTIDAD

la vida de un solo cristiano donada en defensa de la fe tiene el efecto de fortalecer la de toda la Iglesia, el hecho de proponer el ejemplo de los mártires significa recordar que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos, sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

La confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio. *“El sentido profundo del testimonio de los mártires -según escribía el cardenal Ratzinger-, está en el hecho de que testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. En este sentido **los mártires son los grandes testigos de la conciencia**, de la capacidad otorgada al hombre de percibir; más allá del poder, también el deber; y por lo tanto de abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana”* (J. Ratzinger, *Elogio della coscienza*, Roma, Il Sabato, 16 de marzo de 1991, p. 89).



Beatificación de 498 mártires de la
persecución religiosa en España.
Plaza de San Pedro,
28 de octubre de 2007

APÓSTOLES DE LA EUCARISTÍA

Las Marías de los Sagrarios de Orgaz

La **Unión Nacional Eucarística Reparadora (UNER)** es el actual nombre que engloba a las distintas ramas (niños, jóvenes, mujeres y hombres) de la llamada *Obra de las Tres Marías y los Discípulos de San Juan*, también llamada *Obra de los Sagrarios-Calvarios* que fundara el **beato Manuel González García** en 1910. En 1913 fue fundado el Centro de las Marías de los Sagrarios de Orgaz.

La Postulación para las Causas de los Mártires conserva un documento -escrito a mano y sin firmar- en el que se declara que la fecha de la fundación de las Marías en Orgaz fue el 8 de octubre de 1913. Aunque doña Benita Lanseros, presidenta-fundadora, que retomaría el cargo después de la Guerra Civil, escribe que *“la causa de no poder determinar la fecha de fundación es el haber perdido totalmente la documentación en los saqueos de que fuimos víctimas. Su iniciador y fundador en esta parroquia fue don Benito López de las Hazas, que en paz descanse”*.

El siervo de Dios Benito López de las Hazas fue el sacerdote de más edad asesinado durante la persecución religiosa. Tras el estallido de la Guerra Civil, pasó oculto los primeros meses en el número 5 de la calle



Sillería de Toledo, junto al siervo de Dios Francisco Navas, que fue asesinado el 29 de agosto. El día 1 de septiembre, don Benito salió con el ánimo de dirigirse a Ajofrín, donde pensó que estaría a salvo, pero en el camino fue reconocido y asesinado.

Capellán de Reyes Nuevos de la catedral de Toledo, había sido consiliario del Sindicato Católico Obrero de san José. Estaba prácticamente ciego, sordo y, como queda dicho, era ya muy anciano (tenía 81 años). López de las Hazas había nacido el 13 de enero de 1855 en Ajofrín y recibió la ordenación sacerdotal el 2 de abril de 1881. Ese año fue nombrado coadjutor de la parroquia de San Andrés de Toledo. Párroco de Orgaz de 1887 a 1895, ese año obtiene una canonjía en Cartagena (Murcia) y el nombramiento de capellán de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo. Fue vicerrector del seminario de Toledo en 1897. Sin duda que su ascendencia entre antiguas feligresas le convierten en “*iniciador y fundador*” de las Marías de Orgaz, a pesar de no trabajar en esa parroquia desde hacía más de quince años. Será el segundo sacerdote mártir que regó con su sangre el inicio de la obra en nuestra diócesis.

Del grupo de las primeras Marías de la parroquia de Orgaz, cinco murieron mártires en la persecución religiosa: **Balbina Ruiz-Tapiador y Guadalupe**, presidenta de este centro; su madre, **Francisca Guadalupe**, primera María del Sagrario de Manzaneque; **María Juana Ruiz-Tapiador**, **Concepción Ruiz-Tapiador** y **Francisca Roldán**.

Una feligresa de Manzaneque, amiga de Balbina, hizo esta declaración espontánea. En ella se nos muestra el ambiente de los últimos meses antes del estallido de la Guerra:

«Estábamos en la iglesia de Orgaz visitando al Santísimo el día de Pentecostés de 1936. Me encontré arrodillada, sin saber cómo, junto a Balbina con quien me unía una íntima amistad, por haber visitado como María de los Sagrarios el de Manzaneque. Terminada la visita y ya en la cancela de la iglesia, me lamentaba de la situación, pues precisamente había venido a Orgaz para visitar a unos amigos detenidos en esta cárcel, y ella con gran ánimo, me dijo:

“-Yo estoy segura de que todo católico y buen español está próximo a morir, así que preparémonos a recibir el martirio; pensemos siempre en que Cristo fue el primero y nos dio ejemplo”.

Después, con gran entusiasmo, me decía:

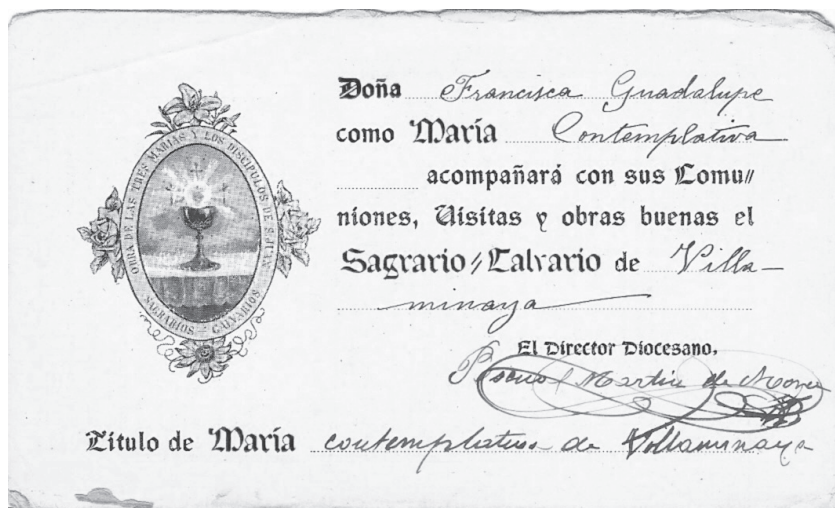
“-Trabaja siempre y con todo empeño por atraer al buen camino a todo el que veamos que va extraviado”.

Y sobre todo me recomendaba que hiciese mucha oración y que rogase mucho por España.

“-No huyas nunca del peligro, me decía, ante la muerte, porque podemos estar seguros de que si con generosidad, ofrecemos a Nuestro Señor nuestra vida, por la salvación de los que no le aman y persiguen, Dios estará con nosotros para darnos la fortaleza necesaria”. Yo trataba de persuadirla de que no era tanto el peligro y ella me dijo que estaba segura de que sería la primera mujer que mataran en Orgaz».

En otra ocasión, ante las miradas amenazantes de varios marxistas, Balbina afirmó: **“¡Ojalá tuviéramos esa dicha de morir por Cristo!”.**

Francisca Guadalupe Suárez (62 años de edad) y **Balbina Ruiz-Tapiador Guadalupe** (20 noviembre de 1898, 38 años), eran madre e hija, y fueron asesinadas el 16 de septiembre de 1936. Cuando se presentaron en casa de Francisca, a los milicianos se les había escuchado decir: *“-Con la familia que empezamos tenemos que terminar”.*





LLAMADOS A LA SANTIDAD

La postulación conserva todavía el carnet de “*María contemplativa de Villaminaya*” de Francisca Guadalupe. Auténtica reliquia porque la firma del Director Diocesano es la del siervo de Dios Pascual Martín de Mora. Las “*Marias contemplativas*” tenían por oficio comulgar y visitar diariamente el Santísimo Sacramento con la intención de acompañarlo en el Sagrario abandonado que se les había indicado.

Las hermanas **María Juana** (que nació el 18 febrero de 1876, de 60 años) y **Concepción** (nacida el 20 de diciembre de 1869, de 66 años) **Ruiz-Tapiador Vizcayno**, lo eran a su vez del siervo de Dios Vicente Ruiz-Tapiador Vizcayno, sacerdote que figuraba como adscrito a su parroquia natal de Orgaz. Fue el primer miembro de los diez que cayeron en esta familia, y fue asesinado en Mora, el 5 de agosto de 1936.

Por su parte, María Juana era la madre de los siervos de Dios Andrés y Francisco Salgado, médico y estudiante de medicina respectivamente. Las dos mujeres fueron asesinadas la noche del 3 al 4 de noviembre de 1936, en el término de Los Yébenes. En ese fusilamiento se encontraba **Francisca Roldán Sánchez-Barbado** (59 años).

“Balbina Ruiz-Tapiador y Francisca Roldán merecen destacarse por su celo, actividad e intrepidez. Las dos solteras, vivían totalmente consagradas a diferentes obras para la gloria de Dios y ni antes ni después de estallar la revolución, se retrajeron lo más mínimo para confesar a Cristo, y su muerte la tenían bien conocida y segura. Tal vez pudieron huirla, pero la esperaron serenas y seguras de que llegaría y serían las primeras. Cayeron como dignas Marías, no solo con serenidad, sino con alegría”.

Palabras del beato Juan Pablo II sobre la Eucaristía

Saludo con afecto a los obispos y peregrinos españoles que habéis participado con gozo en la beatificación de monseñor **Manuel González García**, conocido como “**el obispo de los Sagrarios abandonados**”, fundador de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret y de diversas obras para propagar la devoción eucarística, tan importante para la espiritualidad cristiana.

Su vida fue la de un pastor entregado totalmente a su ministerio, utilizando todos los medios a su alcance: la predicación, la publicación de escritos, la promoción de instituciones para el fomento de la vida cristiana y, sobre todo, el testimonio de una vida ejemplar, cuyo mensaje sigue siendo profundamente actual. En efecto, nuestra existencia carecería de algo esencial si nosotros no fuéramos los primeros contempladores del rostro de Cristo (cf. *Novo millennio ineunte*, 16). ¿Qué mejor contemplación del Señor que adorarlo y amarlo en el sacramento de su presencia real por excelencia? **El culto eucarístico es el centro que fortalece toda vida cristiana pues los fieles, respondiendo a la petición del Señor: “Quedaos y velad conmigo” (Mt 26, 38), encuentran en él la fuerza, el consuelo, la firme esperanza y la ardiente caridad que vienen de la presencia misteriosa y oculta, pero real, del Señor.**

Os aliento, pues, a todos a imitar al nuevo beato **en su trato asiduo con el Señor sacramentado, presentándole los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad actual** (cf. *Gaudium et spes*, 1). Al mismo tiempo, animo a las Misioneras Eucarísticas de Nazaret a permanecer siempre fieles al carisma de su fundador, acompañando a los hombres y mujeres de hoy a escuchar la voz de Jesucristo, camino, verdad y vida, presente en el sagrario.

30 de abril de 2001

IMITEMOS EL EJEMPLO DEL DIVINO MAESTRO

*Manuel Martín,
de Talavera de la Reina*

Todavía conservo el recorte de “La Razón” del 9 de septiembre de 2000. El titular declara «*Aspirante a beato en el “año del infierno”*». El artículo hablaba de **Manuel Garnica Serrano**, uno de los primeros jugadores del Atlético de Madrid que el 22 de enero de 1911 vistió los colores roji-blancos. Abogado de oficio, después de cinco temporadas se trasladó a Teruel. El delantero colchonero fue asesinado en Pont de Molins (Gerona) junto a 40 prisioneros más, uno de ellos beato Anselmo Polanco Fontecha, agustino y obispo de Teruel. Sucedió el 7 de febrero de 1939 y era uno de los últimos coletazos de la cruel persecución religiosa. El artículo hablaba de su posible inclusión en un proceso de canonización... No he logrado averiguar si los obispados de Gerona, Teruel o Madrid se pusieron a trabajar sobre el caso, pero llevo tiempo recordando ese artículo mientras nosotros trabajamos en la canonización del siervo de Dios **Manuel Martín Fernández-Mazuecos**, también abogado, también futbolista y también asesinado en la cruel persecución religiosa que asoló España durante la década de los años 30.



Manolo Martín fue el portero del Club Deportivo Talavera, la primera iniciativa seria y, sin duda, precursora del actual Talavera C.F. Jugaban en el campo de fútbol de Santa Clotilde, que se hizo y luego desapareció años después, en una huerta de la calle Matadero -nos informa "La Voz de Talavera"- . *"Ese equipo que, indudablemente, fue un gran conjunto en el que se aunaban clase y entusiasmo, cubrió toda una época de fútbol local: ellos fueron los precursores del fútbol actual en Talavera"*.



**MANUEL MARTÍN, guardameta del equipo
«Club Deportivo».**

Manolo Martín, es, como varias veces hemos dicho, lo mejor que en Talavera tenemos para defender la meta de nuestro equipo titular. Hoy, por hoy, no es fácil su sustitución, dentro de los elementos con que contamos, sin que esto quiera decir que no haya individuos capacitados, y que pueden prepararse para en su día.

Manolo Martín, uno a su entusiasmo por el deporte, un envidiable conocimiento futbolístico, del que da patentes pruebas como cronista de «El Observador», donde firma sus trabajos con el seudónimo «Team».

Muchacho culto y laborioso, comparte sus estudios con las tareas de «goalkeeper»; pero algunas veces se vende muy caro, y nos deja con las ganas de ver sus estradas, estilo Zamora; y eso no, Manolo...

Quién le iba a decir que a muchos kilómetros de la Ciudad de la Cerámica, en la lejana Polonia, en el Círculo Deportivo Cracovia, el que ocupaba el puesto de portero en ese equipo llegaría con el tiempo a ser Papa a finales del siglo XX.

Manuel había nacido en Talavera de la Reina en 1907 y desde muy pequeño fue educado por sus padres en el amor a Dios y a la Iglesia, formación que continuó con los P.P. Salesianos, que por entonces eran los que estaban al frente de la Fundación Santander. Hizo su Primera Comunión en la Capilla de los PP. Salesianos el 18 de abril de 1915.



En 1917 comenzó los estudios del bachillerato distinguiéndose por su talento y memoria prodigiosa. Siguió después estudiando la carrera de Derecho, que cursó en Madrid, donde se licenció a los 19 años. Preparó más tarde, con ardor, las oposiciones de registrador de la Propiedad, pero el ambiente de aquellos tiempos de la República, completamente contrario a sus ideales, que ya defendía, le hizo desistir de sus propósitos. Finalmente regresó a su ciudad natal para establecerse en un modesto despacho de abogados que, poco a poco, fue acreditándose por su moralidad y su conciencia.

La **sección juvenil de la Acción Católica** fue el objeto preferente de sus desvelos. Entusiasta y tenaz propagandista de ella, tomó parte en muchos actos públicos en Torrijos, Mora de Toledo o Guadalajara...

Nombrado **vicepresidente de la Unión Diocesana de Toledo y directivo del Centro de Talavera de la Reina**, su entusiasmo por la Acción Católica le atrajo las iras y persecuciones de los enemigos de Cristo, por cuya causa tuvo “el honor” de ser encarcelado, antes del estallido de la guerra, en compañía de otros jóvenes católicos, después de un violento asalto al Centro de la Juventud Católica, donde él en

unión de los demás directivos asumió toda la responsabilidad de lo que pudiera suceder y alentando a sus compañeros que como él iban a ser encarcelados, les decía: *“Imitemos el ejemplo que nos dio nuestro Divino Maestro, que por nosotros sufrió y murió”*. Y en efecto, en medio de una chusma salvaje que los amenazaba y hasta incluso les agredía, fueron conducidos a la cárcel. Entonces puede decirse que comenzó su martirio.

Meses después, cuando el 21 de julio de 1936 los marxistas se apoderaron de la Ciudad de la Cerámica, ese mismo día fue encarcelado y llevado más tarde al Hospital, por una congestión cerebral que sufría. Recuperado, sería devuelto a la cárcel.

Los testigos declaran que una de sus hermanas, al ver los asesinatos que se estaban cometiendo y para prevenirle, le habló con temor de lo que pudiera suceder. Él con entereza contestó:

*“-No me prevengas de nada, pues estoy ya sobre ello. Siempre he puesto en práctica lo que en nuestro himno cantamos, **“ser apóstol o mártir acaso”**; lo primero, tengo la satisfacción de haberlo cumplido y lo segundo, lo espero con alegría. Cúmplase la voluntad de Dios”*.

Allí mismo en la cárcel, no dejó un solo día de hacer sus ratos de meditación, su rezo del rosario y demás prácticas religiosas. Tras un mes de cautiverio, donde sufrió toda clase de humillaciones y enañosamientos por parte de sus carceleros, el 21 de agosto de 1936, un mes después de ser detenido y encarcelado, alcanzó la palma del martirio.

La familia conserva el n° 7 de la publicación *“Signo”* que era el órgano de la Juventud de Acción Católica. Pertenece al mes de abril de 1937 (no hacía ni un año del estallido de la Guerra Civil y quedaba mucho tiempo para que llegase el final del conflicto), en las páginas centrales, aparece la foto de Manuel Martín en un apartado titulado *“Las legiones de nuestros mártires”*.



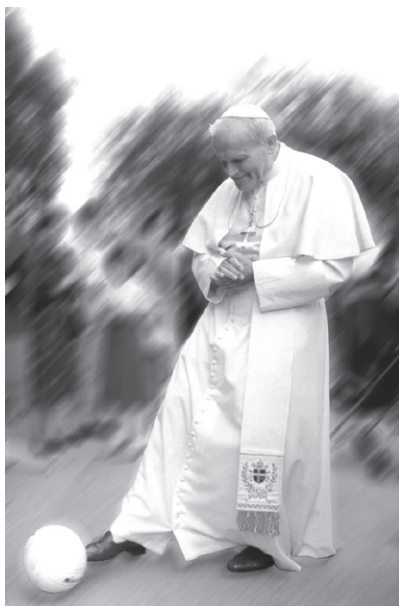
*Palabras del beato
Juan Pablo II*

El deporte, si se vive de modo adecuado, se convierte en una especie de ascesis, el ambiente ideal para el ejercicio de muchas virtudes.

Algunas de estas virtudes fueron subrayadas muy bien por mi venerado predecesor el papa Pío XII: *“La lealtad, que impide recurrir a subterfugios, la docilidad*

y la obediencia a las sabias órdenes de quien dirige un ejercicio de equipo, el espíritu de renuncia cuando es preciso sacrificarse en bien de los propios “colores”, la fidelidad a los compromisos, la modestia en los triunfos, la generosidad con los vencidos, la serenidad cuando la suerte es adversa, la paciencia con el público no siempre moderado, la justicia, si el deporte de competición está vinculado a intereses financieros acordados libremente y, en general, la castidad y la templanza ya recomendada por los antiguos” (Discurso al Centro deportivo italiano, 5 de octubre de 1955).

Sin embargo, el deporte se convierte en fenómeno alienante cuando las demostraciones de habilidad y de fuerza física desembocan en la idolatría del cuerpo; cuando la competitividad exasperada lleva a considerar al adversario como un enemigo al que hay que humillar;



cuando la afición impide una valoración objetiva de la persona y de los acontecimientos y, sobre todo, cuando degenera en violencia. Además, cuando prevalece el interés comercial, se puede transformar la práctica deportiva en mera búsqueda de lucro.

Otro aspecto que no hay que descuidar es que, a causa de la actual organización de las competiciones deportivas, resulta a veces menos fácil para los creyentes la debida santificación del día festivo, mientras que para las familias resulta más difícil vivir juntos momentos de útil distensión.

En cuanto al fútbol, se trata de una actividad que pueden practicar todos, desde los niños hasta los adultos, y que, por su capacidad de asociación, crea un espectáculo apreciado en el marco de un clima generalizado de fiesta. Por su índole popular, el fútbol responde a múltiples expectativas y ofrece un entretenimiento sereno tanto a aficionados como a familias enteras.

Discurso a la Asociación Deportiva de Fútbol “*Roma*”,
30 de noviembre de 2000

LLAMADOS
A LA SANTIDAD

PERIODISTA INFATIGABLE Y APOSTÓLICO

*Felipe Martínez,
de Toledo*

29 de enero de 1941

El cortejo fúnebre penetra en el patio de la basílica de Santa Leocadia en la Vega Baja de Toledo, donde se encuentra el llamado cementerio de los Canónigos. Las crónicas de los diarios narran con estos titulares lo que va a suceder: *“D. Rafael y D. Felipe Martínez Vega, hermanos de sangre y de martirio. Sus restos serán trasladados esta tarde a las cuatro y media, desde el cementerio de Nuestra Señora del Sagrario al de la basílica de Santa Leocadia, y colocados en*



sepulcro preparado en el patio anterior de la ermita del Santo Cristo de la Vega". En la fotografía, presidiendo el acto, aparece el segundo por la izquierda, el Sr. Obispo auxiliar de Toledo, monseñor Gregorio Modrego Casaus.

El siervo de Dios Felipe Martínez Vega, que era maestro de instrucción primaria, destacó como periodista inteligente y dinámico. Además de redactor del periódico "*El Castellano*", tenía a su cargo corresponsalías de periódicos y agencias de Madrid. Era miembro de asociaciones religiosas y benéficas. Siempre estuvo al servicio de toda buena causa.

A su hermano lo define, tres meses después de su cruel martirio, el cardenal Gomá con estas palabras: "*¡Don Rafael Martínez Vega, alma de la Catedral hoy huérfana de su amor, Arcediano con temple de artista que hacía revivir con su milagroso talento las piedras catedralicias!*". El Siervo de Dios era definido en los siguientes términos: "*vivió ajeno a toda actividad política; sacerdote ejemplar, espíritu selecto, cerebro privilegiado y corazón abierto a toda generosidad, su vida fue solo piedad, estudio, trabajo fecundo y encendida caridad*".

30 de julio de 1936

Detenidos el 30 de julio de 1936, sobre las 17:30h, fueron asesinados minutos después. Así narran Ricardo Cid y Luis Moreno Nieto, en su obra *Mártires de Toledo* (que publicó el Excmo. Ayuntamiento de Toledo en septiembre de 1942), la detención de los Martínez Vega.

«27 de julio de 1936. La rapacidad de los revolucionarios marxistas, no satisfecha con los numerosos robos efectuados en las iglesias, conventos y casas particulares, ansía un botín mucho más preciado: el tesoro de la Catedral. Y no es precisamente la chusma, la plebe, el pueblo anónimo el que entra a la fuerza y se atreve a poner sus manos sobre los objetos de culto. Son los dirigentes, los mismos que de manera cordial tantas veces han sido acompañados por los capitulares y sacerdotes de la Catedral en sus visitas al Tesoro, los que ahora van a entrar como ladrones de gallinero a dar la primera ojeada que les ha de servir para perpetrar más adelante un robo sacrílego.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

En la tarde de ese día 27, el capitán de Asalto Eusebio Rivera Navarro, un miembro del Partido Comunista y varios milicianos se presentan en la casa del siervo de Dios Ildefonso Montero Díaz, canónigo tesorero, solicitando la presencia del arcediano en la Catedral. Alguien ha informado de que las llaves de la puerta blindada, que protege la habitación donde se guarda el Tesoro, están en poder del canónigo arcediano, el siervo de Dios Rafael Martínez Vega. Por fin, llega y entra con todos; están deseosos de ver el Tesoro. Y como los milicianos lo hacen sin descubrirse, les llama la atención; ellos, aunque de mala gana, atienden los gestos de los cabecillas para hacerlo.



La belleza del templo catedralicio contempla al siniestro grupo acompañado por los candidatos al martirio. Van poniendo sus viles ojos en los objetos sagrados como si estuviesen escogiendo lo que van a llevarse; observan para preparar el saqueo. Así planean los republicanos el despojo total de la Catedral. Terminada esta primera visita de las autoridades republicanas, los dos sacerdotes reciben la orden de marchar a sus domicilios, pues nada les va a ocurrir. Al subir la Puerta Llana, unos milicianos se burlan de ellos al pasar y dicen:

“-A estos dos ‘cuervos’ les quedan pocos días”.

Y así fue. El siervo de Dios Rafael Martínez Vega sería asesinado el primero, el 30 de julio. Caía junto a su hermano Felipe».

Adoración Gómez Camarero (1893-1980), destacado periodista toledano, fue durante el período 1931-1936 director del diario *“El Castellano”* de Toledo y, por lo tanto, *“compañero y amigo”* del siervo de Dios Felipe Martínez Vega. Así narraba para las páginas de *“El Alcázar”* el martirio de estos dos hermanos:

«El 24 de julio de 1936 había sido detenida toda la familia

Martínez Vega: don Rafael y don Felipe; sus padres de 82 y 78 años; su hermana Francisca, vicesecretaria de Acción Popular; y la esposa del periodista, doña Laura. Cuatro días permanecieron en la prisión de la fábrica de harinas de San José. Durante ellos, don Rafael redactó su testamento y rezó repetidamente la recomendación del alma. Al ser puestos en libertad y volver a su casa fue cuando le requirieron al arcediano para ir a la catedral con las llaves del tesoro (como ya hemos narrado).

Una semana después, ambos hermanos, serían llevados a la muerte. Al abandonar su casa para siempre, don Rafael y don Felipe, el día 30, el primero dejó el reloj y el portamonedas a su familia como recuerdo, y los dos hermanos besaron a todos. Sabían que esta vez iban al martirio. Los milicianos les condujeron a las Carreras de San Sebastián, periferia sur de la ciudad, sobre el Tajo, y allí cayeron abrazados.

Todavía al día siguiente, los milicianos fueron a la casa con un volante del gobernador civil, José Vega, pidiendo las llaves de la Catedral».

Siervo de Dios Felipe Martínez Vega

La crónica del periódico “El Alcázar” del 29 de enero de 1941 afirma del siervo de Dios Felipe Martínez Vega que “por imperativo impulso de su propio temperamento era efusivo, cordial. Nunca se le enfrentó enemigo ni aun entre los propios adversarios ideológicos, y fue por esto, tanto como por su natural diligencia y su entusiasta amor profesional, por lo que se le eligió **secretario de la Asociación de la Prensa toledana**. Pero era desde hacía muchos años redactor de “*El Castellano*”, esto es, confesionalmente católico y paladinamente español.



Felipe , ingenuamente confiado, quizá porque a través de sí mismo juzgaba del ambiente y de los hombres, fue el único que, impulsado por las circunstancias -extraordinarias en aquellos momentos de trágica excepcionalidad- salió a la calle, para él siempre amable y acogedora, colaboradora y amiga, y la calle, que eran unos hombres



LLAMADOS A LA SANTIDAD

taimados, feroces, borrachos de vino y de sangre, cayó sobre él con todo el odio y toda la rabia acumulados en sus almas ruines contra el periódico y los periodistas que en el nombre de un Dios todo amor, y en servicio de una Patria toda generosidad y grandeza, se esforzaron abnegada y celosamente por elevar su condición al grado cristiano de dignidad humana, por la caridad y la justicia. Y cayó. Hoy, ante sus restos (se trata de la crónica de la definitiva exhumación en el cementerio de canónigos), el dolor de su muerte y el recuerdo de su vida y nuestras vidas, unidas en camaradería fraternal, agita con angustia el corazón en nuestros pechos, nos humedece los ojos y nos reseca los labios con ardor de fiebre”.

Don Luis Moreno Nieto en *Los mártires seglares de 1936 en Toledo* (Toledo 1998) escribe de don Felipe: «periodista batallador, reflejó en las páginas de “El Castellano”, del que era redactor, su espíritu infatigable y apostólico; con estilo franco y suelto emprendió múltiples campañas antimarxistas que labraron su sentencia de muerte».

Palabras del beato Juan XXIII

Al celebrar el cincuenta aniversario de la fundación del periódico milanés *L'Italia* habéis querido traer vuestro homenaje de devoción a la Cátedra de Pedro, templar vuestra fe junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles y renovar públicamente vuestra fidelidad a los principios que han inspirado y son el motor de vuestra actividad.

Hablando a los periodistas italianos el 4 de mayo de 1959 subrayamos este deber de verdad y caridad que es gloria y honor de toda alma recta: *“Es deber de todo hombre, tanto más, por tanto, de todo cristiano, dar testimonio de verdad. De una manera especialmente particular vosotros, los periodistas, debéis, por conciencia profesional, ser incondicionales de la verdad, para que ella, con frecuencia conculcada y traicionada por los medios de información, pueda triunfar”* (cf. *Discursos*, vol. I, pág. 304).

¿Y la caridad? Su puesto se encuentra en el vértice de toda ideología, de toda actitud, de todo escrito, porque ella edifica y consuela, suaviza las asperezas inevitables de las batallas diarias, presenta la verdad con su admirable luz que arrebat, quitándole la rigidez, que tal vez puede insinuarse en afirmaciones demasiado tajantes. *In dubiis libertas, in necessariis unitas, in omnibus caritas* (en la duda libertad, en lo preciso unidad, siempre caridad). El antiguo lema, lleno de sabiduría, está aún lleno de preciosas aplicaciones para el periodista católico que quiere cumplir -y todos vosotros lo queréis- su trabajo diario como testimonio de verdad y caridad.

Roma, 17 de junio de 1962

PROPAGANDISTAS DEL EVANGELIO

Mártires de la ACdP de Toledo

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) tiene su origen en un grupo de congregantes marianos que reúne, el 4 de noviembre de 1908, el jesuita **padre Ángel Ayala** a petición de monseñor Vico, nuncio de Su Santidad en España. El deseo que había manifestado el Nuncio al padre Ayala era la fundación de la Juventud Católica Española. Se trataba de despertar al adormecido catolicismo español de principios del siglo XX. No había unos fines claros y un camino trazado, pero sí una disposición resumida por la frase del propio padre Ayala: “*vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros*”. El método sí estaba claro: los famosos mítines de propaganda católica; para ello solo eran necesarios jóvenes de espíritu fuerte, dotados de aptitudes y dispuestos a recorrerse toda la geografía española.



Enseguida se ve la necesidad de un periódico como faro y guía de todo el activismo generado por el nuevo grupo y el 1 de noviembre de 1911 se inicia, bajo la dirección de Ángel Herrera, la nueva etapa de “*El Debate*” y se funda la Editorial Católica, que tanta importancia iba a tener en el mundo de la comunicación en los años venideros.

Desde sus orígenes, la ACdP apoya a la Confederación Nacional Católico -Agraria. Todo ello bajo el impulso de la encíclica “*Rerum Novarum*”. Pronto preocupa también el ámbito de la enseñanza; en 1918, se funda la *Oficina Informativa de la Enseñanza* y, en 1920, el propagandista Fernando Martín Sánchez funda la *Confederación Nacional de Estudiantes Católicos*.

En estas fechas empiezan a organizarse otro tipo de actividades que han sido una constante, hasta nuestros días, en la vida de la Asociación: se trata de conferencias sobre temas de actualidad abiertas al público, en las que los máximos representantes del pensamiento católico español exponen sus criterios.

Durante la II República se intensifica la actividad política de los propagandistas. En 1931, ante los acontecimientos acaecidos en España, la ACdP se implica en la creación de *Acción Nacional*, que, luego, pasa a llamarse *Acción Popular* y cuyo líder principal fue el propagandista salmantino José María Gil-Robles.

El periodo iniciado el 18 de julio de 1936 supone un importante quebranto, tanto material como de vidas humanas, para la ACdP. **Más de 80 propagandistas son asesinados por sus creencias religiosas**, entre ellos el propio secretario general de la Asociación y del CEU, **beato Luis Campos Górriz**, hoy en los altares.

**BEATO
LUIS CAMPOS GÓRRIZ**
(Promoción 1.921)



LLAMADOS A LA SANTIDAD



La presencia en Toledo de la Asociación de Propagandistas se remonta al año 1931, momento en el que existía una correspondencia asociativa en la ciudad con un aspirante. Tres años después, en 1934, ya se había constituido un núcleo de propagandistas. Tristemente, este pequeño grupo de socios fue prácticamente aniquilado en los primeros momentos de la Guerra Civil. Entre los asesinados estaba el **beato Ricardo Pla Espí**, consiliario del Centro de Toledo de la ACP.

El mismo mes en que estallaría la guerra y sufriría el martirio se dirige, en un retiro, a los propagandistas. Era el 5 de julio de 1936 y les decía:

“Meditemos en la caída o pecado de san Pedro; a) quién es el que cae; b) cómo: a la voz de una criada; c) por qué: tibieza y abandono de la oración. Lo mismo nos puede ocurrir a nosotros si no estamos llenos de la gracia de Cristo Jesús. Somos propagandistas de la fe, la suprema dignidad es dar a conocer el Evangelio a los demás, vivimos tiempos muy difíciles para toda la Iglesia, no podemos callar, no debemos parar de trabajar, a pesar de todo lo que está ocurriendo en nuestro pueblo. Amemos a Cristo con humildad y entrega y pasaremos a realizar los prodigios del apostolado”.

A don Ricardo Pla el Espíritu Santo le concedió la fortaleza necesaria para ofrecer su sangre por Cristo, a la caída de la tarde de aquel 30 de julio de 1936, en la Ciudad Imperial, donde ejercía un fecundo apostolado.

Los propagandistas conservan un documento fechado en Toledo, el 6 de junio de 1939, al finalizar la guerra, en el cual, tras citar al consiliario, se menciona a otro sacerdote: el **siervo de Dios Antonio Gutiérrez Criado**. Al pasar a la situación de retiro forzoso en la Marina de Guerra por el carácter laico del gobierno de la República, don Antonio se incorporó a su diócesis de Toledo, siendo designado consiliario diocesano de la juventud de la Acción Católica, muy activa en esos años bajo la presidencia de Antonio Rivera. Cuando estalló la guerra, don Antonio se marchó a Madrid con una hermana que vivía



En el centro, el siervo de Dios Antonio Gutiérrez; a la izquierda de la foto, Antonio Rivera.

allí. Militantes de la CNT fueron a buscarle el 7 de agosto de 1936, le llevaron al Cerro de los Ángeles y frente a las ruinas del monumento al Sagrado Corazón de Jesús, le acribillaron a balazos.

El tercero que aparece en la lista es don **Pedro M^a Perales Salvat**, fundador en 1918 del centro de propagandistas de Zaragoza, por lo que su causa de canonización está abierta en la archidiócesis de Zaragoza. Cuando estalla la guerra era director de la Caja Regional de Previsión Social de Castilla la Nueva en la Ciudad Imperial. Secretario del Centro de Toledo, fue asesinado el 25 de julio de 1936.

La lista prosigue con el joven abogado **Antonio Rivera Ramírez**, que consiguió sobrevivir al incorporarse a la defensa del Alcázar; allí desarrolló una labor tan ejemplar y meritoria, que le valió el apelativo de “El Ángel del Alcázar”, aunque meses después de ser liberado el fortín militar, falleció a causa de las heridas que sufrió durante el asedio.

Simón Lancha Galán

El siguiente es el siervo de Dios **Simón Lancha Galán**, que murió fusilado junto a su tío el siervo de Dios Pascual Lancha Pérez, párroco de Santiago del Arrabal, de Toledo; ambos están en los procesos que sigue nuestro arzobispado de Toledo.



Son muchos los artículos que Simón Lancha publicó en “*El Castellano*”. En el ejemplar del martes 28 de junio de 1934, cuando se da la noticia de la bendición de la bandera de la Juventud Católica de El Bonillo (Albacete), se lee: “...en la velada literaria tomaron parte miembros de la juventud... el presidente cedió la palabra a don Simón Lancha, de Toledo. Éste dijo que sin un espíritu fuertemente cristiano no será posible pensar en la restauración cristiana de la sociedad; por eso estas juventudes que se van creando son como arbolitos nuevos que hemos de cuidar con gran esmero para que mañana extiendan su ramaje por todas las instituciones sociales, llenándolos del espíritu auténticamente cristiano que ellos llevarán”.

Simón Lancha “habla de lo que es la Acción Católica y de sus fines. Glosa el lema de las juventudes, haciendo resaltar el valor formativo que tiene la A.C. Se ocupa del apostolado entre los campesinos y termina diciendo que con un poquitín de trabajo diario el triunfo será nuestro, porque trabajamos por la Iglesia”.

El 27 de mayo de 1934, en la bendición de la bandera y de los salones de la Juventud de Acción Católica de Villatobas (Toledo), Lancha toma la palabra para definir que “la AC quiere recoger estas explosiones del corazón para encauzarlas hacia el norte de nuestras aspiraciones”.... Habla de cómo las juventudes darán a la patria los mejores ciudadanos y los mejores magistrados. Habla de lo que nos ha enseñado la adversidad que es la gran maestra de la enmienda. Exhorta también a los jóvenes al estudio de las verdades fundamentales y explica el alcance de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, glosando su contenido, y termina (podemos leer en la crónica de “*El Castellano*” del 1 de junio) en medio de una gran ovación recomendando a los jóvenes gran adhesión a su consiliario (Rivera), que será el vigía de su juventud y es el genuino representante de la jerarquía.

Curiosamente, a partir de 1935, el Siervo de Dios firma sus artículos como “*de la A. C. de P. y Abogado*”.

El Siervo de Dios asiste como delegado de la diócesis de Toledo al II Congreso nacional de las Juventudes Católicas celebrado en Santander del 15 al 18 de diciembre de 1932. Días después, escribe una crónica para las páginas de “*El Castellano*” en donde puede leerse:

“De este Congreso, de este resurgir de las Juventudes Católicas de España, queremos hablar con algún detalle... Nos vamos a dirigir principalmente a los jóvenes católicos de nuestra provincia para que meditando en la intimidad de su conciencia, a solas con los anhelos de su corazón, vean si es llegada la hora de que en todos los pueblos se constituyan organizaciones dispuestas a servir a Dios y capacitarse para defender a su Iglesia en la vida ciudadana. Este Congreso ha sido, por lo pronto, un consuelo para la Iglesia católica y un aliento para las nuevas campañas”.

El 5 de mayo de 1934 firma un artículo titulado “*Materia de los Círculos de Estudios*”. En éste termina diciendo:

*“Los jóvenes de hoy quieren amar lo social y la cultura, **no a pesar de ser católicos sino precisamente por serlo**. Formar socialmente el espíritu de la juventud equivale a ir formando grupos de ciudadanos jóvenes, inteligentes y audaces que vivan la fe en toda su integridad y opongán sin cesar, con su lenguaje y con su conducta, el más enérgico mentís (desmentido) a todos los prejuicios acumulados contra nosotros”.*

Casi un año antes de su martirio, el 24 de septiembre de 1935, publica un artículo con el título de “*Sindicatos antimarxistas*” en el que escribe:

“Es evidente que una de las circunstancias que son más de lamentar en nuestra provincia y en toda la vida nacional, es la pobreza de la organización social, sobre todo en la parte obrera. En un país donde nos llenamos la boca proclamando a los cuatro vientos que somos católicos, es imperdonable la apatía y el abandono que existe en relación con la sindicación cristiana. Un Estado que es fundamentalmente católico, a

pesar de la Constitución, que no esté organizado socialmente, no captará jamás las masas obreras, que miran con odio a los que, titulándose hijos de la Iglesia, hicieron directa oposición a que se les concedieran mejoras muy justas... La creación y el desenvolvimiento de verdaderos sindicatos obreros, que viertan su eficacia sobre la realidad de la vida laboral española, es el primer paso que hay que dar si se quiere acabar con el marxismo”.

Publica otros artículos con titulares muy aclaratorios: “*La carta magna a los obreros*”, “*Un ministro de trabajo*”, “*El contrato de aparcería*”, “*Las mejoras en arrendamientos rústicos*”, “*El socialismo y las elecciones*” o “*El seguro social obligatorio*”...

Simón Lancha Galán era sobrino del siervo de Dios Pascual Lancha Pérez, que ejercía como párroco de Santiago del Arrabal en Toledo. Los dos serán asesinados el mismo día. Cuando estalla la Guerra Civil, durante las primeras semanas, tío y sobrino han buscado refugio cada uno por su cuenta, hasta que se reencuentran. Cid Leno y Moreno Nieto afirman, en su obra ***Mártires de Toledo*** (Toledo 1942), sobre el siervo de Dios “*Simón Lancha Galán, que por sus ideas sobradamente conocidas en Toledo ha escapado de su domicilio el primer día de la dominación marxista. Aunque con un pie dañado, logró refugiarse, providencialmente, en casa de los señores Marín, con los cuales se trasladó a su cigarral. Así que, ahora, cuando todos regresan a la ciudad, tío y sobrino se encuentran. Desde entonces, los dos han estado encerrados con la familia Marín hasta el jueves 27 de agosto, en que unos milicianos, acompañados de un zapatero del Arrabal, han ido a buscarles*”.

Tío y sobrino serán fusilados en el Paseo del Tránsito, y sus cadáveres quedan a la intemperie, tiñendo una vez más esa calle de la gloriosa sangre de los mártires. Cuando termine esta serie, narraremos con detenimiento el asesinato del sacerdote.



Eugenio Díaz Sánchez

En la lista de los “*mártires*” de la Asociación Católica de Propagandistas de Toledo figura también **Eugenio Díaz Sánchez**, que nació en 1909 en El Real de San Vicente (Toledo). Cursó la carrera de ingeniero industrial en la Universidad de Deusto, y prestaba sus servicios en la Delegación de la C.A.M.P.S.A. (Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos Sociedad Anónima). Cuando se casa con Pascuala García Sánchez, el 6 de septiembre de 1935, ante la Virgen de los Dolores de El Real, la crónica de la boda, publicada en “*El Castellano*”, afirma que Eugenio Díaz es jefe provincial de los petróleos de “*Campsa*” y secretario de *Acción Popular* de Toledo.

Además, nos aporta dos curiosidades: que el siervo de Dios Simón Lancha firmó en el acta matrimonial como testigo. La segunda: *«como detalle, queremos destacar el hecho de que, merced a una ingeniosa instalación, la fuente sita en la plaza principal del pueblo, próxima a inaugurarse, que lleva el nombre de “Madariaga”, y de cuyo proyecto es ingeniero el novio, estuvo toda la tarde soltando limonada por sus cuatro caños dorados, que, al final, ya habían cambiado de color; poniéndose como el “tintillo” (vino)»*.

De carácter afable, era un trabajador entusiasta. Al estallar la guerra y, mientras los militares se refugiaban en el Alcázar, salió en busca de su esposa y ya no pudo regresar. Tras ser reconocido por los milicianos, fue conducido a la cárcel y fusilado el 3 de agosto de 1936.

José María Uzal Sánchez

En el boletín nº 234 de la ACdP del 1 de septiembre de 1939, se anuncia que el 7 de septiembre el rector de la Santa Casa de San Ignacio celebrará en la basílica de Loyola un funeral “*que será aplicado en sufragios de las almas de los propagandistas muertos*”.

El último de los seglares que desde el primer momento fue considerado mártir por los propagandistas del padre Ayala fue don **José**



María Uzal Sánchez. De él llegará a decir uno de los testigos en las declaraciones que tenemos recogidas “*que él fue testigo de excepción de sus virtudes heroicas*”. Y, aunque sabemos que fue sacrificado el 31 de agosto de 1936, en la toledana ermita de Nuestra Señora de los Desamparados, debajo del Paseo del Miradero de Toledo, todavía se sigue trabajando en su expediente. Los testigos recuerdan que los asesinos se ensañaron con el cadáver... repartiéndose las ropas que llevaba puestas y dejándole prácticamente desnudo.

Uzal, que había estado varios años en el Seminario Menor, después de haber perdido a un hermano, llamado Eduardo, y a su madre, luego de hacérsele ver que no tenía vocación sacerdotal, siguió estudiando en uno de los institutos de la Ciudad Imperial.

En distintas crónicas su nombre aparece vinculado, en numerosas ocasiones, a la recién creada *Federación de Estudiantes Católicos de Toledo*: por ejemplo, como vicesecretario el 12 de febrero de 1925. Un mes después, en “*El Castellano*” encontramos la noticia de la llamada “*Fiesta de los Estudiantes*” donde Uzal, que está en la mesa de la presidencia y es premiado por un trabajo presentado para el certamen escolar, será junto a sus compañeros muy aplaudido por su actuación en la obra de teatro preparada para dicha jornada.

Ya años antes, el 9 de octubre de 1922, se daba la noticia de que «*en el salón-teatro de la Real Congregación militar se celebró ayer una interesante velada, representándose el drama “El misionero”. El protagonista de la obra, don José María Uzal, desempeñó admirablemente su papel, luciendo una aptitud escénica muy excelente*».

Tras finalizar sus estudios, pasó a ser empleado de la Caja de Previsión Social (la actual Seguridad Social). En estos años se vinculará con los propagandistas. Contrajo matrimonio, aunque no tuvo hijos. En “*El Castellano*” del 16 de julio de 1931 se dice que con el título de “*Asociación Profesional de Funcionarios de Previsión de Castilla La Nueva*”, los funcionarios de la Caja Regional de Previsión han constituido una Sociedad y nombrado una directiva en la que don José María era el secretario.

De la “Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política” de la Congregación para la Doctrina de la Fe

El compromiso del cristiano en el mundo, en dos mil años de historia, se ha expresado en diferentes modos. Uno de ellos ha sido el de la participación en la acción política: los cristianos, afirmaba un escritor eclesiástico de los primeros siglos, “cumplen todos sus deberes de ciudadanos” (*Carta a Diogneto*). La Iglesia venera entre sus Santos a **numerosos hombres y mujeres que han servido a Dios a través de su generoso compromiso en las actividades políticas y de gobierno**. Entre ellos, santo Tomás Moro, proclamado Patrón de los Gobernantes y Políticos, que supo testimoniar hasta el martirio la “inalienable dignidad de la conciencia”. Aunque sometido a diversas formas de presión psicológica, rechazó toda componenda, y sin abandonar “la constante fidelidad a la autoridad y a las instituciones” que lo distinguía, afirmó con su vida y su muerte que “el hombre no se puede separar de Dios, ni la política de la moral”.

Las actuales sociedades democráticas, en las que loablemente todos son hechos partícipes de la gestión de la cosa pública en un clima de verdadera libertad, exigen nuevas y más amplias formas de participación en la vida pública por parte de los ciudadanos, cristianos y no cristianos. En efecto, todos pueden contribuir por medio del voto a la elección de los legisladores y gobernantes y, a través de varios modos, a la formación de las orientaciones políticas y las opciones legislativas que, según ellos, favorecen mayormente el bien común. La vida en un sistema político democrático no podría desarrollarse provechosamente sin la activa, responsable y generosa participación de todos, “si bien con diversidad y complementariedad de formas, niveles, tareas y responsabilidades” (nº 1).

24 de noviembre de 2002

“VIVIR O MORIR POR LA CRUZ”

Mártires de la Acción Católica de Mora de Toledo

Impresiona, o mejor, sobrecoge al visitante, sea practicante o mero turista perdido por entre las capillas de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Altagracia de Mora de Toledo, la llamada *Capilla de los Mártires*, que existe en muchas de nuestras iglesias de La Mancha. Impresiona la lectura de tantos nombres escritos en los nichos que se elevan en camino hacia el cielo, en la dirección que de lo natural eleva a lo sobrenatural. Son muchos, más de diez, los que forman el numeroso grupo de siervos de Dios que pertenecen a este proceso de “*Mártires de la persecución religiosa*”.

Desde hace unos años, en el altar mayor, reposan los restos del **beato Agrícola Rodríguez García de los Huertos**, párroco de Mora cuando estalla la guerra y que fue asesinado, como primicia de todos los frutos de santidad y de martirio que vendrían de estas tierras, el 21 de julio de 1936.

Fue en el año 1957 cuando **Alejandro Fernández Pombo** publicaba un librito titulado *25 años de Juventud. Crónica de los Jóvenes de la Acción Católica de Mora de Toledo*. En él se narran los inicios de la Acción Católica en Mora de Toledo desde que abriese sus puertas en 1932 para los jóvenes (chicos y chicas) morachos.

«El año 1932 era el segundo de la República. Ya había dado tiempo a que los que esperaban una República con curas y con orden, y como tal la saludaron alborozados el 14 de abril, se diesen cuenta que la realidad era bien distinta. El Gobierno “*permitía*” quemar las iglesias y los conventos, quitaba los crucifijos de las escuelas y declaraba oficialmente que España no era católica. Claro que esto hacía frotarse a muchos las manos de gusto. A los que por detrás de la escarapela

tricolor se les veía el pañuelo rojo: el comunismo se descubría cada vez más la cara... **Ir a la iglesia empezaba a ser un acto de valentía, y confesarse católico, un alarde peligroso...** Había personas que conservaban sano el corazón. Había también jóvenes que ponían las virtudes de su edad al servicio de una empresa maravillosa y, por lo mismo difícil: el Reino de Cristo en las almas y en España... **Entre estos jóvenes estaban aquellos de quienes vamos a hablar en esta crónica... Sin ellos todo hubiera sido muy diferente».**

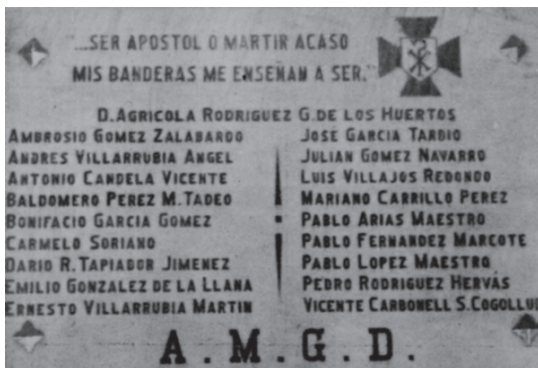


«Para comprender bien el significado de este libro habría que dar un salto atrás y evocar aquellos días de 1932 en los que el simple hecho de acompañar a un sacerdote por la calle o ir a misa los domingos era ganarse el rencor de la mitad del pueblo. Entonces había muchachos de quince a veinte años que se lanzaban a organizar Ejercicios Espirituales, Asambleas, Peregrinaciones, Vigilias y Círculos de Estudio, con la amenaza constante de la paliza nocturna o algo peor... **Y que aquello no era un juego de muchachos enardecidos se vio poco después, cuando la mayoría de ellos fueron asesinados».**

El 3 de enero de 1935 podemos leer en “*El Castellano*” la noticia de la **bendición de la bandera de la Juventud Católica del Centro de Mora de Toledo**, uno de los centros más activos y que contará con un buen grupo de mártires en la persecución religiosa que se avecina. El día de la bendición de la primera bandera de la Juventud Católica de Mora fue obtenida esta fotografía de inapreciable valor (ver página anterior). En el centro aparece el **siervo de Dios Antonio Gutiérrez**, consiliario diocesano y, a su izquierda, el **beato Agrícola Rodríguez**, cura ecónomo de Mora, ambos mártires de la persecución. El otro sacerdote es don Joaquín González, primer consiliario del Centro. Junto a ellos, Antonio Rivera, presidente de la U. D., y Emilio González de la Llana, presidente de la J.C. de Mora. En el grupo están los que, como Emilio, forman parte la corona martirial de Mora.

La crónica que “*El Castellano*” publicó narrando la jornada del 3 de enero de 1935 termina, tras explicar con detalle la velada literario-musical que tuvo lugar en el salón de actos del Colegio Teresiano, afirmando que *“por el entusiasmo y recta formación que van mostrando los jóvenes católicos de Mora, puede esperarse de este naciente Centro de Juventud Católica grandes frutos, que con el debido tiempo hagan de él uno de los primeros Centro de Juventud Católica de la Diócesis”*...

Solo hubo que esperar un año y medio para comprobar que de entre los apellidos citados en la cita festiva de aquella tarde: E. Herreros, E. G. de la Llana, H. de la Cruz, J. Villarrubia, J. Antolí, J. Gómez, P. Herrero, Muñoz, Gómez, Carbonell, García, López, Tapiador, Martín y Redondo... muchos entregarían la vida como rezaba la letra de su himno: “*Ser apóstol o mártir mis banderas me enseñan a ser*”. En la fotografía podemos ver la lápida que fue colocada en el Centro “con los nombres de los que cayeron por una España mejor”.



Ese mismo año de 1935, y durante varios días del mes de marzo, se anuncia el “*Día de las Juventudes Católicas de Mora*”. Concretamente, el 23 de marzo puede leerse: «*Ha quedado constituido en este centro (de Mora) el segundo grado de Sección de Piedad, con jóvenes que comulgan diaria o semanalmente*».

El lunes 25 de marzo de 1935 el titular del periódico afirma: «*Se celebra con gran brillantez el “Día de las Juventudes Católicas” en Mora*»... Asistieron muchos jóvenes de los pueblos comarcanos: Torrijos, Sonseca, Orgaz, Guadamur, Talavera de la Reina, Totanés, Madridejos, Chueca, Gálvez, Villanueva, Yébenes y Marjaliza... Se adhirieron Consuegra, Fuensalida y Villa de Don Fadrique.

El día anterior hubo un retiro espiritual que dirigió el consiliario de la Unión Diocesana, don Antonio Gutiérrez... El domingo por la mañana, en la iglesia parroquial, se celebró una misa de comunión general, en la que se acercaron a la Sagrada Mesa más de 300 jóvenes. A las once y media, en el Teatro Principal, tuvo lugar un acto de propaganda a cargo del presidente y del vicepresidente de la Unión Diocesana. Antonio Rivera afirma que “*felizmente, las organizaciones de Acción Católica se van extendiendo rápidamente por la diócesis; conviene tener ideas muy claras sobre sus relaciones con la política, para evitar posibles confusiones con las organizaciones de matiz político que existen*”.

Tras desarrollar extensamente los actos celebrados a lo largo de la jornada, la noticia de “*El Castellano*” termina así: «*En resumen, una serie de actos evidenciadores todos ellos del despertar juvenil católico en las comarcas de Toledo, La Mancha y Ocaña. Quiera Dios que sean precursores de un pronto y eficaz florecimiento de la Juventud Católica en dichos Arciprestazgos*».

Gracias a Germán Redondo, quien a finales de los años cincuenta ocupaba el cargo de secretario del centro de la Acción Católica de Mora, conservamos la profusión de datos con los que Alejandro Fernández Pombo publica en 1957 el libro-homenaje **25 años de Juventud (1932-1957). Crónica de los Jóvenes de Acción Católica de Mora de Toledo**. En sus páginas encontramos la información necesaria para pergeñar estas líneas sobre los últimos jóvenes de este Centro candidatos a ser beatificados.



Mariano Carrillo Pérez

La población de Mora se vio salpicada por las primeras muertes martiriales, tras haberse iniciado tres días antes la Guerra Civil. Después del asesinato del párroco, el primer mártir de la Acción Católica será Mariano Carrillo Pérez.

Según se sabe, fue en el curso 1930-1931 cuando echó a andar el Centro de los jóvenes de Mora al abrirse una escuela nocturna y una biblioteca. Aunque no será hasta 1932 cuando se abre oficialmente el Centro Local de la Juventud de Acción Católica. En diciembre de 1934 el Consejo Diocesano lo aprueba definitivamente. Sus dos primeros presidentes fueron Mariano Lancha Azaña y Emilio González de la Llana. El primero, por razones de estudio marchó a Madrid y, el segundo se casó y dejó paso a Mariano Carrillo.

A partir de entonces la vida del Centro estaba cuajada de realidades de todo tipo; había en todos una intensa vida de piedad que hacía desafiar, cuando era necesario, el miedo que muchos sentían de cruzar la plaza para ir a la iglesia. Los círculos de estudios, la escuela nocturna, etc., se completaban con actividades recreativas y deportivas: se adquiere una mesa de billar, se prepara un campo de tenis...

Fue por entonces cuando los centros juveniles de la Acción Católica hicieron en Toledo unos Ejercicios Espirituales que resultaron espléndidos. Y, en toda aquella actividad, resonaban como proféticas las palabras que en su himno hablaban de *“vivir o morir por la Cruz”*.

Como decíamos al principio, el **21 de julio**, cuando la mañana despertaba al desastre y al crimen, Mariano Carrillo, de tan sólo 21 años, compañero y amigo de todos, alegre y simpático, moría a tiros –tiros de odio contra lo que aquel muchacho representaba– a la puerta de su casa y a la vista de sus padres. El siervo de Dios Mariano Carrillo, como buen presidente, subió el primero al cielo, a preparar sitio a los jóvenes del Centro de Mora.



Pablo Arias Maestro

Nos dice Alejandro Fernández Pombo, autor del citado libro, que Pablo, con sus dieciocho años, era todo un hombre, y lo demostró con su muerte. Como socio fundador del Centro y por pertenecer a él, ya había estado detenido antes de la guerra. En una ocasión, hasta quisieron arrojarle por un pozo. Pablo supo defenderse. No había llegado su hora.

Llegó al estallar la guerra y él sería de los primeros en ofrecer su vida. Según sabemos, a primera hora de la tarde del 21 de julio de 1936 detuvieron al párroco, beato Agrícola Rodríguez. Lo cuenta uno de los testigos que se encontraba junto a él. Lo apresaron en la parroquia, *“caminó por la acera unos diez pasos y yo oí una larga descarga, como si fuera de metralleta... por miedo, salí corriendo hacia mi casa”*. Su martirio fue agónico.

Luego continuó la persecución que se cebó con el Centro de la Acción Católica: *“No fueron los jóvenes de Acción Católica los últimos en caer. Muchos cayeron solamente por eso, por su condición de jóvenes católicos, de afiliados a una Asociación católica y apostólica”*. Los que tiempo atrás quisieron acabar con Pablo Arias, ese **21 de julio**, volvieron a la carga... No le habían olvidado y no quisieron aplazar su muerte. Fue fusilado en Mora de Toledo y su cuerpo acribillado quedó en el sitio en que había caído durante varias horas.



Emilio González de la Llana

Había sido el segundo presidente del Centro de la Acción Católica de Mora de Toledo. Emilio había dejado la presidencia al contraer matrimonio muy poco antes de su muerte. Estaba empleado en un negocio. Pero, si nominalmente había dejado de pertenecer a la Juventud, por su edad -veintinueve años-, y por su espíritu, seguía estando dentro de ella. Comulgaba cada día, y confortado en el Señor, la alegría era la tónica de su carácter.

Triunfó el **3 de agosto de 1936** y uno de los que presenciaron su muerte contó después: *“En el momento en que le iban a fusilar, cruzó las manos sobre su pecho. Viendo esta actitud, los verdugos le gritaron que las quitara, y contestó que él moría así porque era católico. Cayó dando vivas a Cristo Rey”*. La carretera de Mora a Huerta de Valdecarábanos (Toledo) fue el escenario de su muerte.

Emilio era hermano de don Joaquín González de la Llana, que ejercía como coadjutor en Mora de Toledo y consiliario de la Acción Católica. Consiguió ponerse a salvo y regresó a Mora al finalizar la guerra, incorporándose provisionalmente en sus tareas con la Juventud de la Acción Católica, aunque enseguida fue nombrado párroco de Cazorla (1940-1943). Al regresar a la provincia de Toledo fundará en Sonseca a las *Dominicas Siervas del Cenáculo*, para orar y colaborar con los sacerdotes. Murió en 1952.



Vicente Carbonell Sánchez-Cogolludo

Joven de 18 años, cofundador del centro juvenil de la Acción Católica de Mora de Toledo. Confesó su fe antes de morir en agosto de 1936, junto al cementerio de Manzaneque (Toledo).



Luis Villajos Redondo

Veinte años tenía Luis cuando estalló la Guerra y, sin embargo, ya sabía lo que era estar en la cárcel. Estuvo en las de Orgaz y Ocaña y dio ante sus compañeros testimonio de amistad, de fe y de amor al prójimo al querer hacer siempre los trabajos más duros que se encomendaban a los reclusos. En aquellos años de 1935 y 1936, aprovechando su profesión de empleado (camarero) en el casino de Mora de Toledo, hacía en este círculo propaganda católica, expresando valientemente sus convicciones religiosas. Le avisaron que estaba jugándose la vida si continuaba así. Siempre respondía que no le importaba.

Detenido el 23 de julio, salió de la cárcel el **15 de agosto**, día de la Asunción, en que fue llevado a las cercanías de Mascaraque (Toledo), para ser allí fusilado. Tuvo la asistencia espiritual del sacerdote siervo de Dios Luis Ramírez-Viñas, fusilado junto a él.

Andrés Villarrubia Ángel

Era zapatero y en sus ratos libres, sobre todo los domingos, le gustaba mucho jugar al fútbol. Era muy activo en el centro juvenil de la Acción Católica. Había hecho oposiciones para la Guardia Civil, -con la que, como otros tantos muchachos del Centro, había colaborado en los momentos difíciles para el mantenimiento del orden- en aquel mismo verano.



El 2 de agosto fue detenido. Pasó unos días de tormento en la cárcel y, el **15 de agosto**, el mismo día que los anteriores, pero en Manzanaque (Toledo), logró la palma del martirio.

Antonio Candela Vicente

En la trágica jornada del 21 de julio de 1936, junto a la muerte del párroco y de los primeros jóvenes de la Acción Católica, también ardió el Centro, eje y vida de los encuentros de aquel grupo emergente.

Los milicianos habían incendiado los locales... perecieron las banderas, los archivos -gracias a esto algunos nombres pasaron inadvertidos-, el mobiliario, la biblioteca, muchas cosas que tanto había costado reunir. Las víctimas, que ya estaban siendo inmoladas por las calles del pueblo, eran los jóvenes que habían jurado en aquella bandera, eran los jóvenes que veían transformarse en realidad el “acaso” que su himno unía a su deseo de martirio:

Juventudes católicas de España... llevar almas de joven a Cristo, inyectar en sus pechos la fe, ser apóstol o mártir acaso mis banderas me enseñan a ser...

Una muerte que deseaban por liberadora y santificadora; pero que temían porque, ante todo, eran hombres.

Con motivo de la bendición de la bandera, el 30 de diciembre de 1934, Antonio Rivera, que era presidente de la Unión Diocesana de la Juventud de Toledo y, por supuesto, de la Acción Católica, dijo en una de las conferencias de aquel día que “había que merecer la victoria antes de dar la batalla”.

Y allí también estuvo otro de ellos, dispuesto a dar a batalla, luchador pero sin armas: era el siervo de Dios Antonio Candela Vicente. Conocido por todos, por su forma de ser y por su apostolado, no se recataba de su condición de católico ni menos de pertenecer a los jóvenes de la Acción Católica.

Todos le querían, precisamente por su carácter, y apunta su escueta biografía que “porque supo del valor y del heroísmo, el Señor le premió... y por eso hoy su nombre está entre el de nuestros mejores”. Después de las primeras oleadas de detenciones y asesinatos, murió fusilado **el último día del mes de septiembre**.





Baldomero Pérez Martín-Tadeo

Era estudiante, tenía 21 años. De él se dijo que “la paz del espíritu informaba su corazón”. Lo detuvieron en el mes de septiembre y el **30 de septiembre** moría fusilado.

Ambrosio Gómez Zabalaro

Había nacido en Mora el 28 de enero de 1910. Tuvo tres hermanos: Julián, Vicenta y Cándida. Tras realizar la carrera de Farmacia, ejercía en su propio pueblo. En su rebotica se trataba muchas veces de medios de apostolado y de temas de espiritualidad. Los testigos le recuerdan como un hombre caritativo y de intensa vida espiritual. *“Quién le conoció dice que su virtud más destacada era la caridad”*. Nunca encontraba defectos en sus prójimos.

Cuando estalla la Guerra Civil fue detenido a los pocos días, exactamente el 21 de julio, y enseguida fue liberado. Pero meses más tarde, el **30 de octubre de 1936**, cuando iba a visitar a su novia, fue interceptado por las milicias que le acusaron de llevar una pistola...

Él se desabrochó su camisa y **mostrando su escapulario**, les dijo:

“-Ésta es y ha sido siempre mi única arma”.



Esa misma tarde, hacia las siete, era vilmente asesinado en el Puerto de Manzaneque. Tenía 26 años de edad. Fue uno de los fundadores del centro juvenil de la Acción Católica en Mora y a ella se había entregado con todo su entusiasmo.



LLAMADOS A LA SANTIDAD

“Estos son -termina el relato martirial compuesto para la memoria de los “mártires” de la Acción Católica de Mora- los que componen el otro Centro de Mora, el que desde el Cielo hizo posible el resurgir del Centro... ya no sólo era cosa de hombres, sino que los bienaventurados se habían metido en la empresa”.

Palabras del papa Francisco

El encuentro con el amor de Dios en la amistad de Cristo **es posible sobre todo en los sacramentos**, en particular la Eucaristía y la Reconciliación. En la Santa Misa nosotros celebramos el memorial del sacrificio del Señor, su entrega total por nuestra salvación: también hoy Él dona realmente su cuerpo por nosotros y derrama su sangre para redimir los pecados de la humanidad y hacernos entrar en comunión con Él. En la Penitencia, Jesús nos acoge con todas nuestras limitaciones, nos trae la misericordia del Padre que nos perdona, y transforma nuestro corazón, convirtiéndolo en un corazón nuevo, capaz de amar como Él, que amó a los suyos hasta el extremo (Jn 13, 1). Y este amor se manifiesta en su misericordia. Jesús siempre nos perdona.

Otro camino privilegiado para crecer en la amistad con Cristo es **la escucha de su Palabra**. El Señor nos habla en la intimidad de nuestra conciencia, nos habla a través de la Sagrada Escritura, nos habla en la oración. Aprended a permanecer en silencio ante Él, a leer y meditar la Biblia, especialmente los Evangelios, a dialogar con Él cada día para sentir su presencia de amistad y de amor. Y aquí quisiera subrayar la belleza de una oración contemplativa sencilla, accesible a todos, grandes y pequeños, cultos o poco instruidos; **es la oración del**

santo rosario. En el rosario nosotros nos dirigimos a la Virgen María para que nos guíe hacia una unión cada vez más estrecha con su Hijo Jesús para identificarnos con Él, tener sus sentimientos, actuar como Él. En el rosario, de hecho, repitiendo el Ave, María, nosotros meditamos los misterios, los hechos de la vida de Cristo para conocerle y amarle cada vez más. El rosario es un instrumento eficaz para abrírnos a Dios, para que nos ayude a vencer el egoísmo y llevar paz a los corazones, a las familias, a la sociedad y al mundo.

Queridos jóvenes, el amor de Cristo y su amistad no son un espejismo -Jesús en la Cruz muestra cuán concretos son- ni están reservados a pocos. Vosotros encontraréis esta amistad y experimentaréis toda la fecundidad y la belleza **si le buscáis con sinceridad, os abris con confianza a Él y cultiváis con empeño vuestra vida espiritual** acercándoos a los sacramentos, meditando la Sagrada Escritura, orando con constancia y viviendo intensamente en la comunidad cristiana. Sentíos parte viva de la Iglesia, comprometidos en la evangelización, en unión con los hermanos en la fe y en comunión con vuestros pastores. ¡No tengáis miedo de vivir la fe! Sed testigos de Cristo en vuestros ambientes cotidianos, con sencillez y valentía. A quienes encontréis, a vuestros coetáneos, sabed mostrar sobre todo el Rostro de la misericordia y del amor de Dios, que siempre perdona, alienta, dona esperanza. Estad siempre atentos a los demás, especialmente a las personas más pobres y más débiles, viviendo y testimoniando el amor fraterno, contra todo egoísmo y cerrazón.

Mensaje con motivo de la sexta Jornada de los Jóvenes de Lituania,
28-30 de junio de 2013

CADA UNO LLEGÓ POR UN CAMINO

Mártires de la Acción Católica de Sonseca

20 de octubre de 1936

Eran las dos de la tarde del 20 de octubre de 1936. La banda de forajidos y criminales apresaba a los jóvenes, adultos e incluso a algún anciano. El dolor punzaba las entrañas de las mujeres (madres, esposas, hermanas...); como dolorosas afligidas, corrían a torrentes las lágrimas por sus mejillas. El golpear de las sienes las anonadaba. Un escalofrío de temor y de miedo tenía repercusión general en el pueblo. Puertas y ventanas cerradas; silencio sepulcral en las calles y casas. Y a esa hora, el **siervo de Dios Juan García-Pulgar** daba ejemplo de serenidad, rezando en compañía de su hermana el Santo Rosario. En medio del corral y sentados en una vetusta carreta, lanzaba al aire esta plegaria: “-*Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*”.



Fue en la tarde de ese día cuando, vilmente engañados por los milicianos, el **siervo de Dios Francisco Sánchez** y su padre, con las herramientas al hombro, fueron a arreglar un camión. Mas su destino fue la cárcel. Con el rosario en la mano y con impulsos amorosos y de redención, a todos confortará, a todos alegrará, en las horas decisivas del martirio; gracias a él ni uno solo decayó. No solo, sino en compañía de otros miembros de la Acción Católica, sufrieron las horas más graves.

El **siervo de Dios Luis Caberta** fue detenido y conducido a la “*checa*” bolchevique de este pueblo. Allí encerrado, con más de treinta paisanos, familiares algunos de ellos, aconsejaba con alegría de santo que se reconciasen porque habían de morir. Que antes de vivir en un régimen de oprobio y vergüenza, preferiría desaparecer de esta vida y escalar las alturas del cielo.

Cuando declinaba la tarde, el **siervo de Dios Juan García-Pulgar**, junto con su padre, fue conducido al cautiverio. Pocas horas estarían en medio del murmullo doloroso, agobiante y triste de sus compañeros de prisión. Él, junto al resto de miembros de la Acción Católica, marcó un ambiente de espiritualidad y contento.

Las primeras notas escritas sobre lo acontecido, afirman: “*Todos llegaron a confesar que era España quien lo exigía y era Dios el que pedía que su sangre fuera derramada para limpiar y redimir el mundo*”.

Los jóvenes mártires se reencuentran. El número se completó con la llegada de los **siervos de Dios Eugenio Perezagua y Emiliano Rojas**. Juntos testimoniaban en aquellos instantes supremos su fe en Cristo, según aseguran presenciales testigos. En medio de aquella algazara de santos, según afirma otro testigo, Emiliano dijo estas sencillas palabras: “*-¡No nos importa morir!; ¡Sabemos que subimos al cielo!*”

Finalmente, sería la media noche cuando en rugientes camiones, como protestando del crimen horrendo que se iba a cometer, los conducen al campo bendito de Orgaz (Toledo). A su paso por la ermita, el mismo clamor se levantó de todos los pechos, con un adiós de despedida a la Virgen de los Remedios. Luego, balas asesinas hicieron rodar por tierra a los jóvenes de la Acción Católica. El fin criminal estaba consumado. Su venganza fiera, biliosa y sanguinaria, había hecho entrada en corazones puros y nobles. Alguien dejó escrito: “*Murieron*

LLAMADOS A LA SANTIDAD

para ellos, para los forajidos; pero no murieron, ni morirán nunca para nosotros que hemos de hacer fecunda una sangre en la nuestra, porque eran hermanos, y una vida que es ejemplo de una generación fuerte vigorosa y cristiana”.

Desvalijados, en la sandalia del siervo de Dios Juan García-Pulgar encuentran un rosario y una medalla de nuestra Virgen Dolorosa.

La Postulación conserva un cartel de las fiestas de la Virgen del Remedio, patrona de Sonseca, del año 1939. Durante los días 13 a 22 de mayo (hace mes y medio que ha terminado la guerra) tendrán lugar los diferentes actos religiosos. Luego, el 22 de mayo, a las nueve y media de la mañana, se celebrará un solemne funeral por todos los asesinados desde el 4 de agosto de 1936 al 16 de marzo de 1937.

Aparecen numerados, según los días en que fueron asesinados. El primer lugar lo ocupa el **siervo de Dios Casimiro Rivera Eusebio**, cura ecónomo de Sonseca, que fue asesinado el 4 de agosto de 1936. El 20 de octubre de ese año, el día más funesto, aparecen 31 nombres, pero que siguen la correlación de otros 27 que ya han sido asesinados durante los meses de agosto y septiembre.

- nº 36... **Juan García-Pulgar y García-Ochoa**... Estudiante (Acción Católica)
nº 39... **Emiliano Rojas Avilés**..... Pintor (Acción Católica)
nº 46... **Eugenio Perezagua Caberta**..... Carretero (Acción Católica)
nº 48... **Francisco Sánchez (hijo)**..... Mecánico (Acción Católica)
nº 57... **Luis Pérez Caberta**..... Estudiante (Acción Católica)





Siervo de Dios Juan García-Pulgar y García-Ochoa

Nació en Sonseca (Toledo), el 12 de febrero de 1919. De genio vivaracho y alegre, dice un compañero suyo que *“captaba como ondas hertzianas la sonoridad y firmeza de los ideales de la Acción Católica y los transmitía y propagaba con fe sublime y celo ardiente. Su vida fue un dinamismo continuo: impulsivo, enérgico, dotado de un amor propio que se reflejaba con ahínco en cualquier acto de su vida”*. Contaba diecisiete años cuando conoció el martirio; un niño en edad y un hombre en ideas. Sus pensamientos eran claros, diáfanos, de una hermosura deslumbrante. Desde pequeño Juan ayudaba a su padre en su taller de carretería.

Compañeros de la Acción Católica de Sonseca, que escriben las líneas de su biografía, nos dicen que *“veíamos en su hogar dibujarse la estampa, muy bella, del taller de Nazaret. Juanito con la sierra en la mano o levantando maderos al lado de su padre. Atento y vigilante a satisfacer rápidamente “sus órdenes”. Mientras su padre clava la vista en los maderos perfeccionando su obra, el también elevaba su vista, fijándola en la serenidad del padre atento a cualquier movimiento”*.

A los 10 años, Juan, después de haber realizado el ingreso en un instituto de Segunda Enseñanza de Toledo, se dirige al Seminario Menor. Allí acompaña a Luis Pérez Caberta y juntos consiguieron el ingreso. Durante tres años hace vida de santidad y ejemplo. En este lugar modela su pequeña alma conforme al modelo supremo de Cristo. Allí transcurren esos años. Allí despierta su vida. Allí funda sus aspiraciones en un sentir único: **servir a Dios en cualquier parte**. En aquellos claustros, en aquellas aulas, Juan se ejercita en la virtud y el trabajo.

A pesar de todo, Juan descubre que ese no es su camino y regresa a Sonseca. Como su amigo Luis, prosigue sus estudios en el Colegio Católico de Segunda Enseñanza que dirige el venerable y anciano sacerdote, el **siervo de Dios Manuel Martín Cabello**. Los resultados, con el bagaje traído del Seminario, se harán visibles con premios académicos y notas más que sobresalientes.

Ingresa en la Juventud de Acción Católica de Sonseca apenas se funda. La actividad que desplegará en su vida la manifiesta en dicho

Centro. **Nombrado vocal de aspirantes**, supo en todo momento mantener ávida y atenta la curiosidad infantil. Los que eran niños en los años 1935-1936 serán los que, modelados por Juan desde el aspirantazgo, enarbolarán años después la bandera de la Acción Católica, tras ser diezmadas sus filas. Juan marcó huella imperecedera en aquellas almas. Y el dinamismo, y la superación de obstáculos, características del Siervo de Dios, se vieron calcados en admirable realidad.

Antes de la guerra nunca tuvo palabras de encono ni de disputa. Nunca se le tenía que llamar la atención o que corregir. Antes al contrario, con humoradas y con sus dichos y gracejos particulares, contribuía a crear un ambiente favorable. Además, después de las clases, voluntariamente, ayudaba a los que tenían más dificultades en el aprendizaje de las primeras letras.

Cuando estalla la guerra, su madre teme por su hijo. Nunca pensó Juan que la explosión feroz de venganza pudiera recaer en él ni en la Juventud de Acción Católica. Durante aquellos tres meses, tras estallar la guerra, estuvo en comunicación con su amigo Luis. Juntos imploraban a la Virgen del Remedio, juntos rezaban el Santo Rosario, y las cuentas pasaban por sus dedos, pidiendo a nuestra Madre que cesara ya esta época de persecuciones, de odios, de aniquilaciones y muertes. Nunca pedían por su salvación terrena, antes al contrario exclamaban: *“¡Dios mío, que la paz de tu reino venga sobre la tierra; mas si para eso necesitamos ser mártires, sea!”*. Celebraron también un novenario a la patrona de Sonseca, la Virgen de los Remedios y a San José.

Su madre, con el alma partida de dolor, relata que al preguntarle lo que había de decir, caso de verificarse la detención, respondía lleno de entusiasmo: *“-Madre, no les importarán mis palabras... y para salvar a España, hemos de ser mártires”*.

Llegó incluso a correr el rumor, en aquellos días de pánico y de estremecimiento, de que los milicianos, tras leer el reglamento de la Juventud de Acción Católica, habían determinado que no era una asociación de fundamentación política y que por ende, nada les ocurriría. El cinismo y la barbarie no reparaban en tales extremos. La decisión estaba tomada... **Los principales serían ejecutados.**



Siervo de Dios Emiliano Rojas Avilés

Nació en Sonseca el 30 de junio de 1915. Contaba 22 años cuando le cupo el honor de ser mártir. De carácter alegre, nunca la contrariedad y el disgusto tuvieron asomo en su semblante. Trabajador desde pequeño, auxiliaba a su padre, asesinado después como él, en su taller de hojalatería. Sus aficiones a la pintura le llevaron a acometer empresas dignas de elogio. Perfeccionó sus estudios en la *Escuela de Artes y Oficios de Toledo* y siempre obras salidas de sus manos tenían representación en cualquier manifestación religiosa.

Su madre declaraba llena de dolor el vivo entusiasmo que en él despertó la celebración del cincuentenario del *Apostolado de la Oración* al colocar en el arco central de nuestra iglesia una pintura simbolizando el escudo cardenalicio, siendo efusivamente felicitado. La fiesta fue el 27 de octubre de 1935, que era el día de Cristo Rey.

Múltiples casas de Sonseca vieron adornadas sus habitaciones con pinturas y filigranas artísticas de nuestro joven. Su maestría, su buen gusto, su espíritu y vocación para la pintura le hacían ser incansable en sus trabajos.

Pertenecía a la Juventud de Acción Católica desde 1933. Se le puede considerar **como socio fundador de la misma**. Formaba parte de la directiva de aquel entonces. Resulta en verdad difícil elaborar, fijar ideas, prestar atención, cuando nuestro espíritu está disperso por el cansancio. Mas él, agotado en su trabajo cotidiano, asistía, sin opción contraria, a los *Círculos de Estudios*, por mandato expreso de su voluntad férrea y de su idea convicta.

Cumplidor, sin tacha, en todas las manifestaciones de apostolado, en las veladas artísticas, en cuadros recreativos o en cualquier otro acto de propaganda... su actuación, su mano decidida y generosa siempre prestaba apoyo.

Recordamos a este respecto la representación de una obra titulada *Los dos americanos*. En ella tomaban parte varios de los mártires,

y Emiliano actuaba cabalgando en un caballo de caña. Su padre, medio en broma medio en serio, le importunaba por el papel ridículo que ejercía en la función y él contestaba:

“-Tened presente, padre, que es la juventud quien lo exige... y que en bien de ella hemos de sacrificar nuestro orgullo y nuestras conveniencias”.

Hasta en una actuación teatral el ánimo profundo era acercar a los jóvenes a Cristo, reavivar llamas escondidas, despertar conciencias, renovar y perfeccionar aptitudes.

Tras estallar la guerra, pretendieron apresarle el 22 de julio de 1936. No lo consiguieron, pues estaba enfermo, atacado por un fuerte catarro nasal. Hasta la fecha de su detención definitiva, diariamente y en compañía de su familia, rezaba el Santo Rosario, demostrando en todo momento una sólida piedad y una confianza absoluta en los designios de Dios. Distinguiéndose siempre por una caridad sólida, amando y perdonando a todos, socorriendo al pobre yteniéndolo siempre presentes en sus miserias y aflicciones.

Siervo de Eugenio Perezagua y Caberta

Eugenio nace en Sonseca (Toledo) el 11 de enero de 1911. Sus compañeros de la Acción Católica escriben al referirse al Siervo de Dios: *“El pensamiento se revela ante tamaña atrocidad e ignominia. Porque si por hombre honrado y bueno se entiende aquel que trabaja infatigablemente, y es de convicción acendrada, de honorabilidad sublime, de sumisión, de humildad y de amor insuperable a sus padres, católico íntegro en una palabra, nuestro compañero Eugenio lo era”.*



Tenía un alma de niño y parecía cumplirse en él esa humildad y esa sencillez de la que nos habla Cristo en su Evangelio: *“Sed sencillos como los niños...”* y Eugenio así lo era. Manso como cordero que recibe las caricias de todos y es grato y virtuoso para con los demás. La mínima cosa le enardecía y le agrandaba ante los ojos de Dios.

Su madre nos dice que su hijo “*era modelo de obediencia y de gratitud*”. Ella también cuenta que Eugenio siempre se mantuvo a su lado queriéndola, consolándola y satisfaciendo todos sus deseos. Muy amante de su familia, fue respetado por sus hermanos como si se tratase de un segundo padre, ya que era el mayor de la casa. Siempre reconocido y abnegado. “*En medio de estas flores hermosas de virtudes que le adornaban, Eugenio también cayó asesinado por las milicias republicanas*”.

Siervo de Dios Francisco Sánchez Ruiz



Conserva la Postulación un documento escrito por **M^a Josefa Fernández** y fechado en febrero de 1941, en Bilbao. Ella nos recuerda en primera persona el hecho increíble que sucedió en los días de la Guerra Civil.

«En mayo de 1937, revolviendo en la hornacha de la fragua de su casa, los hermanos de Paquito (así lo llamaban), dieron con un tubo de ajuste, dentro del cual se veía un objeto negro. Se asustaron al principio por temer fuera una bomba que el “*cuerpo de tren rojo*”, que allí había vivido y guisado, lo hubiera dejado. Con cuidado sacaron el contenido del tubo, quitaron el trapo negro que lo envolvía y se encontraron con unos papeles, recibos de “*La Caridad Social de Socorros mutuos*” escritos por detrás.

Era una especie de diario escrito por Paquito antes de asesinarle. Estaba algo quemado, pero parecía imposible no hubiera perecido totalmente desde primero de octubre de 1936, dentro del hornacho donde habían hecho lumbre y fuego diariamente, y que no lo hubieran encontrado los rojos.

Papeles viejos eran y estaban chamuscados, es verdad, pero también precioso tesoro para los suyos por tratarse de escritos del hijo y hermano tan querido en sus momentos siempre inquietos y dolorosos.

Había que guardarlos donde fuera para que los enemigos que tenían en su misma casa (en la que los amos estaban como presos) no los encontraran... Y allá en un escondite de las cámaras, fueron depo-



LLAMADOS A LA SANTIDAD

sitados hasta... ¿Cuándo? Han pasado dos años más. Ha venido la paz para la casa, paz dolorosa por la falta de los caídos, y los papeles se han sacado. Pero apenas se entiende lo que dicen. ¿Era tan nervioso Paquito y tenía una letra tan rara? ¿Fueron escritos sin duda tan deprisa y con tanta inquietud?

Al hacerles recordar con mi visita todos aquellos sucesos dolorosos y trágicos que durante la guerra vivieron, los de casa de Paquito me han mostrado estos queridos papeles chamuscados. Y me he propuesto descifrar su contenido para su familia.

¡Qué claramente veo al amigo Paquito a través de sus líneas! ¡Cómo le contemplo en mi imaginación, en los tiempos pasados! He reído tanto con él... ¡Nos ha confiado a veces pensamientos tan serios y sanos que guardo escritos por él!

Con estas impresiones en la mano, mi mente se llena de mil recuerdos.

El Siervo de Dios había nacido y crecido en Sonseca (Toledo): exactamente el 28 de abril de 1910. Desde niño le era familiar el sonido de la fragua al martillar sobre el yunque el hierro candente. Su padre era herrero. Él creyó que había nacido para serlo y que era para él, como un deber, el trabajar en el taller de su casa, ayudando a su padre. Hasta que...

Salió por primera vez del pueblo, vio otros horizontes, otras gentes. Se dio cuenta de que muchísimos jóvenes a su edad estudiaban, sabían discurrir, hablar, desenvolverse mejor, hacer cosas bellas. Y él, que en su pueblo no era de los últimos, aquí se sintió pequeño, muy pequeño en su ignorancia.

Reflexionó que a él no le faltaba inteligencia para llegar a ser lo que “*aquellos*”, sino enseñanza. Lamentó no haber meditado antes que existen vidas mejores que la suya por la cultura, para haber buscado más joven la instrucción superior.

Pero no se desanimó. Para elevarse un poco, siempre era tiempo. Él se propuso saber, aprender mucho, llegar a poseer una cultura que le sirviera para presentarse a cualquier sitio sin sentirse nunca ridículo, cosa que hace tanto sufrir al ser que, lleno de dignidad, posee



un poco de orgullo o amor propio. Y luego... dejar lo que toda su vida anterior creyó su destino: el taller mecánico.

Estudiaría trabajando en el yunque. Eso sí, seguiría en el negocio para, con su padre, levantar más y más su casa en bien de los suyos, que eran muchos. No quitaría una hora al trabajo cotidiano que constituía el pan diario, pero velaría robando horas al sueño, perdería su paseo, una reunión... Cualquier distracción para estudiar y procurarse un porvenir más elevado.

En sus primeras salidas al mundo, así como sus ojos se llenaban de imágenes nuevas y bellas, en su imaginación tomaban vida mil ideas y en su corazón anidaban las ilusiones.

Y eso que tenía que luchar mucho y trabajar más. ¡Qué sueño poder estudiar en Madrid!, pero solo tenía que vencer todos los obstáculos y barreras, ya que era imposible dejar así a su padre y no se podía pagar profesores. Había algún dinero, pero debía ahorrarse.

Iban a ser muchos esfuerzos...

A pesar de todo, quizá en las primeras luchas que tuvo que sostener entre su optimismo y el desaliento, pasó junto a él una mariposa y meditando, se dijo que aquel insecto tan alegre y bello, había sido gusano arrastrado. También él había tenido que laborar intensamente para elevarse ahora y volar libremente...

Había que trabajar para procurar, al volar más tarde, una vida de trabajo más holgada a su cuerpo y sentir más libre su espíritu.

Estudió solo, con constancia y sin desfallecer en los mil inconvenientes que al maestro toca salvar y que él tenía que resolver por sí mismo.

Decidió hacer el bachillerato en poco tiempo. Soñó con llegar a obtener el "*Don*", no por soberbia sino por la justa satisfacción de haber logrado conquistarlo y como premio a su esfuerzo.

Siempre fue Paquito parco en palabras que hablaran bien de sí mismo y mal de los demás. De expresión seria y sonrisa fácil, sin embargo, espíritu sano, alegría sana. Para él no existía la diversión. Todo era estudio; y descanso, poco. Parece que teniendo fuerte inclinación

LLAMADOS A LA SANTIDAD

al trabajo, no debía haber pensado en otra cosa, puesto que en su casa tenía el pan seguro. Pero es que Paquito se había dado cuenta de que aquello era vivir muy esclavo y él quería hacerlo como hombre libre con la gracia de Dios.

Tuvo que ir a Madrid a cumplir el servicio militar. Y sin fijarse en otros del pueblo que aprovechaban el tener que vivir en la capital para divertirse y malgastar el dinero ganado a fuerza de sudores en su casa, Paquito hizo cálculos para saber cuántas horas tendría libres y podría emplear en instruirse. Aprovechó bien el tiempo y regresó a su pueblo toledano con un álbum de láminas dibujadas con mil conocimientos aprendidos observando, preguntando y leyendo, y con la satisfacción de saber más que cuando marchó.

Todo iba bien, el negocio subía, la casa mejoraba, él sacaba los cursos adelante... Se sentía más contento de sí mismo y continuaba queriendo ser más culto... Desde su escapada a la Exposición de Barcelona, no había hecho otro viaje largo. Tenía ilusión por ver las grandes fábricas y los Altos Hornos de Bilbao, de donde reenviaban el hierro que ellos empleaban luego para hacer artes, norias y otros objetos para las huertas.



En 1935 decidió el viaje y en noviembre marchó a Vizcaya. Ya era **presidente de Acción Católica de Sonseca**. ¡Cómo le admiró ver en Bilbao las iglesias llenísimas de personal en las misas del domingo! Porque decía “*que eso en estos pueblos de Toledo no se ve. ¡Y se siente tanto!*”. Impresiones bellas y sentidas produjeron en Paquito, Bilbao, su puerto con los elegantes puertos veraniegos llenos de palacios y chalecitos, y sus factorías... Visitó el Santuario de Nuestra Señora de Begoña, donde, primero como cristiano, rezó y, luego, como turista, lo examinó todo. Quedó convencido del catolicismo de los vascos. Nos envidió por vivir allí. Recorrimos juntos el vapor correo “*Habana*” (hoy también desaparecido por un terrible incendio) que nos hizo soñar con una viaje largo, cuya travesía sería ideal en aquella biblioteca, en la bonita sala de música, en aquella galería de espejos, en el hall alto de estilo árabe. Yo tuve bastantes días la imaginación ocupada a cuenta del barco anclado en el río Nervión y creo que a Paquito, más sensato, le ocurriera algo parecido. Uno a otro nos animamos diciéndonos que tal vez haríamos el viaje algún día... Todo lo que pensábamos del porvenir era bueno... ¡cómo figurarse!...

El último recuerdo que guardo de Paquito es su estancia en la tierra vizcaína. Nada le oí de sus propósitos, pero estoy segura de que volvió a Toledo más decidido a llevarlos a cabo. La visita a las industrias le impresionó y el ambiente elegante le sedujo. ¡Qué diferencia de estos pueblos grandes y hermosos de Bilbao a los de Toledo! “*Pobres e ignorantes*”, decía. Todavía guardo la carta enviada a Bilbao poco después en la que nos cuenta sus impresiones y nos dice que su viaje a Vizcaya no podría olvidarlo jamás.

¿Cuáles eran los pensamientos que Paquito pensaba convertir en realidad? La muerte guarda su secreto. La muerte vino a cortarlos malogrando la flor que, en el árbol de su vida, iba a convertirse en fruto provechoso. Cuentan que hasta los últimos días no dejó de estudiar, aún viviendo en el terror de poder morir...

Cayó, juntamente con su padre, el 20 de octubre de 1936 vilmente asesinado por las fieras, envidiosas de que hubiera seres que quisieran elevarse en esta vida. Su delito fue el ser trabajador infatigable, hijo modelo y religioso como buen español.

Tengo ante mí, chamuscado y escrito nerviosamente, su cor-tísimo diario -del 20 de julio al 12 de octubre de 1936-. Era su único

desahogo el “*hablar*” con la pluma en los días horribles. Algo cuesta entender su contenido, pero con interés se logra al fin. Llena del respeto y del cariño que la muerte produce y del recuerdo que del amigo asesinado me trae, leo y repaso esas impresiones íntimas (y nunca tanto como en la ocasión en que las plasmó en el papel) que voy a procurar poner en claro a continuación.

¡Están tan llenas de vida! ¡Palpita en ellas la esperanza, el terror, la tristeza y el desaliento! En algunos momentos piensa en la muerte al escribir: “*Tengo fe absoluta en el triunfo, aunque no llegue a conocerlo*”. Pero la esperanza es perenne, al escapársele esta frase, cuando habla de los asesinatos a los que llamaban “*paseos*”. Paseo, palabra a la que he de dedicar más de una página...

He ahí la ilusión de salvarse que le animaba en medio del temor que le hacía presentir sería víctima. Verdaderamente, bien podía haber dedicado páginas explicando lo que era el “*paseo*”, puesto que le tocó vivirlo con todos sus horrores y angustias. Pero no volvió de él, y toda su agonía y sufrimiento quedaron con él al caer su cuerpo atravesado por las balas. No ignoramos ya lo que era el “*paseo*”. Y por eso sabemos que Paquito fue mártir.

Que nos sea propicio desde el cielo, donde debemos nosotros procurar ir, para gozar juntos de la gloria de Dios».

Siervo de Dios Luis Pérez Caberta



Luis había nacido en Sonseca (Toledo) el 9 de octubre de 1918. Un compañero de la Acción Católica escribe en las primeras notas biográficas que conservamos que “*era vehemente, impulsivo; como joven, sentía ansias infinitas de remontar su imaginación hasta el mismo cielo. Si concretáramos hecho por hecho, rasgo por rasgo, faceta por faceta de su vida, siempre encontraríamos la misma idea: alegría, fe, insuperable constancia en el estudio y en el trabajo*”.

A los ocho años servía como monaguillo en su parroquia de *San Juan Evangelista ante Portam Latinam* de Sonseca. Era muy apreciado



por su buena voluntad al servicio de la misma. Y por su nobleza. Prestó este servicio durante tres años.

Con 11 años ingresa en el seminario menor de Santo Tomás de Villanueva de Toledo. “*Veíamosle -dicen los testigos- en las vacaciones, acompañando a todas las funciones religiosas, con su sotana, sobrepepliz y su faja roja, como guerrero laureado que se preparaba a combatir la irreligiosidad y la indiferencia*”. Cursó cinco años en Toledo: en las aulas que él pisara, era estimado y querido. En esos cinco años el fruto de sus trabajos se vio compensado con muy buenas notas; y durante este tiempo, fue modelándose su conciencia mientras se forjaba su espíritu en la piedad firme, sólida y convencida. Su familia contaba que, cada año, cuando llegaba el cumpleaños de sus padres, hermanos o primos, el Siervo de Dios preparaba bellas composiciones, llenas de piedad y de amor a la Virgen para felicitar a los suyos.

A los 16 años, tras ver claro que su vocación no era el estado sacerdotal, abandonaba el Seminario. Regresa a Sonseca e ingresa en el Colegio Católico de Segunda Enseñanza que el venerable y anciano sacerdote, **siervo de Dios Manuel Martín Cabello** había establecido en el pueblo para facilitar la enseñanza a familias pobres y humildes. Durante dos años, estudia el bachiller con excelente resultado. Su animación, su genio, su espíritu revoltoso e inquieto, le valía ser estimadísimo entre sus compañeros.

Luis, dando continuidad de su fe en Cristo, ingresa en la Juventud de Acción Católica, trabajando en la sección recreativa: “*formaba parte principal y se le veía de rondalla con su violín, para conseguir congraciarse y unir a todos. Cuando el arco pasaba por las cuerdas haciéndolas vibrar, especialmente en veladas artísticas, el violín de Luis, dejaba oír sus notas graciosas y cómicas. Era inteligente y de por sí, formaba composiciones que cautivaban y llenaban de emoción*”. En 1935, fue nombrado **secretario de Juventud**, desempeñando el cargo con competencia, serenidad y buen gusto.

Cuando estalla la guerra, varios jóvenes de la Acción Católica fueron a entrevistarse con Luis en su propia casa. Movidos por el horror y el miedo de los primeros asesinatos y sabiendo lo que les podía suceder, le pedían les borrara de las listas oficiales de la Acción Católica. El Siervo de Dios, mucho más joven que la mayoría de ellos, los increpaba diciéndoles: “*Es una cobardía ante Dios y nuestra Iglesia, cometer tal*



LLAMADOS A LA SANTIDAD

felonía”. Y agregaba estas razones: “Nuestra Juventud no es política, ni sectaria, ni divisionaria, ni herética, ni embaucadora de vicios y de desórdenes. Nuestra Juventud, solo aspira a reformar las costumbres, a perfeccionar nuestra inteligencia, a solidificar nuestras almas y extender el reinado de Cristo sobre la tierra, enseña el respeto y el temor, y enseña a vivir, vida de laboriosidad y de trabajo”.

Según cuentan los suyos, varios días después Luis tuvo la “osadía” de salir a la puerta de casa. Los revolucionarios violentamente le instaron a que se metiera en su casa y no volviera a salir. Convirtieron su propia casa en prisión y allí transcurrirían los días, las semanas y los meses.

En compañía del siervo de Dios Juan García-Pulgar rezaba diariamente el Santo Rosario. Durante el mes de agosto, hicieron la novena a Nuestra Señora de los Remedios y a San José. Cuando las noticias sacrílegas y revolucionarias llegaban a sus oídos y, sobre todo, cuando fue destruida la Patrona, Virgen del Remedio, el pobre Luis, exclamaba: “Padre, viene mucho malo; ha llegado la hora de sacrificarnos más que nunca por Dios y su Iglesia; es una ola de persecución la que arremete contra nosotros; una persecución más que la Iglesia sufre; mas habiendo salido siempre triunfante, ahora también saldremos adelante...”.

Encuentro de Benedicto XVI con la Acción Católica

Habéis venido a Roma en compañía espiritual de vuestros numerosos santos, beatos, venerables y siervos de Dios: hombres y mujeres, jóvenes y niños, educadores y sacerdotes consiliarios, ricos en virtudes cristianas, crecidos en las filas de la Acción Católica, que en estos días cumple 140 años de vida. **La magnífica corona de rostros** que abrazan simbólicamente la plaza de San Pedro es un testimonio tangible de una santidad rica en luz y amor. Estos testigos, que siguieron a Jesús con todas sus fuerzas, que se prodigaron por la Iglesia y por el reino de Dios, son vuestro documento de identidad más auténtico.

¿Acaso no es posible también hoy para vosotros, muchachos, para vosotros, jóvenes y adultos, hacer de vuestra vida un testimonio de comunión con el Señor, que se transforme en una auténtica obra maestra de santidad? ¿No es precisamente esta la finalidad de vuestra asociación? Ciertamente, esto será posible si la Acción Católica sigue manteniéndose fiel a sus profundas raíces de fe, alimentadas por una adhesión plena a la palabra de Dios, por un amor incondicional a la Iglesia, por una participación vigilante en la vida civil y por un constante compromiso formativo.

Queridos amigos, responded generosamente a esta llamada a la santidad, según las formas más características de vuestra condición laical. Seguid dejándoos inspirar por las tres grandes “consignas” que mi venerado predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, os confió en Loreto en el año 2004: **contemplación, comunión y misión.**

LLAMADOS A LA SANTIDAD

La Acción Católica nació como una asociación particular de fieles laicos, caracterizada por un vínculo especial y directo con el Papa, que muy pronto se convirtió en una valiosa forma de “*cooperación de los laicos en el apostolado jerárquico*”, recomendada “*encarecidamente*” por el concilio Vaticano II, que describió sus irrenunciables “*notas características*” (cf. *Apostolicam actuositatem*, 20). Esta vocación sigue siendo válida también hoy.

Roma, 4 de mayo de 2008



AGARRADAS AL ROSARIO

*Tomasa Medina y Carmen Candenás,
de Ocaña*

Tomasa Medina González nació en Ocaña el 7 de marzo de 1891. Tanto su familia como ella misma fueron profundamente religiosos. Se unió en matrimonio con Eduardo Candenás. Tuvieron dos hijos, Félix y Carmen. Félix, con 19 años en 1936, había iniciado la carrera de Medicina. **Carmen Candenás Medina**, con 17 años, estudiaba piano en Madrid, y asistía a las clases de las Hermanas Dominicas.

Tomasa era de comunión diaria y estaba muy relacionada con la comunidad dominica de Ocaña; pertenecía a la **Cofradía del Rosario Perpetuo**. Fue también nombrada maestra de novicias de la V.O.T., esto es, de las que deseaban ingresar en la comunidad de dominicas seglares.

En Ocaña fueron 194 los asesinados en los tres meses siguientes, la mayoría solo por sus convicciones cristianas. Casi todos habían sido encarcelados ya el 20 de julio. Y antes de finalizar el mes, comenzaron las ejecuciones. El marido de Tomasa, Eduardo, sería fusilado el 3 de agosto; el hijo, Félix, ya en la cárcel.

Las dos pobres mujeres quedaron solas y aterradas. La adolescente Carmen tenía en casa un piano para sus estudios musicales. El 17 de agosto irrumpen en la vivienda 15 milicianos con un papel del alcalde de la villa, reclamando ese piano para su Casino o Casa del Pueblo. La chiquilla sugirió tímidamente que ya había uno allí.

“-No importa. Lo necesitamos. Y además os comunicamos que mañana sacamos de la cárcel a Félix. Ya sabéis para qué”.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

A la noche siguiente
Félix yacía cosido a balazos.

La madre y la hija quedaron aterradas, hundidas, esperando de un momento a otro su detención, sumergidas en la oración, dentro de su angustiosa soledad.

El momento llegó en la mañana del **22 de agosto**, cuando los milicianos aporrean la puerta gritando. Las dos mujeres saltan como pueden una tapia del patio interior, buscando refugio en una casa vecina, ocultándose bajo haces de leña; la madre quedó con la pierna malherida en ese salto. Las milicias fuerzan la entrada y, al no hallarlas dentro, las buscan en la vecindad y no tardan mucho en dar con ellas.



“-No las hagáis daño. Son muy buenas”, protesta una vecina.

“-¿Y qué? También lo es mi marido y le han obligado a luchar en el frente”, responde una miliciana.

Las suben a una camioneta entre insultos y malos tratos, que continúan durante el camino. Parece incluso que uno de ellos violó delante de su madre a la pobre chiquilla.

Poco más allá de Villatobas (Toledo) las mataron. ¿Cómo? No parece que fueran fusiladas, sino degolladas. De hecho, cuando años más tarde se buscaron sus restos, apareció la cabeza de la madre cortada.

Así pues, la Fraternidad de Dominicos Seglares de Ocaña (Toledo) cuenta con el honor de tener una Sierva de Dios en sus filas. Y lo mismo se puede decir de los cofrades del Rosario Perpetuo del Ocaña, pues madre e hija pertenecían a una y otra.

Palabras del papa Benedicto XVI

Aquí en (en el Santuario de Nuestra del Rosario de) Pompeya (Italia) se entiende que **el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables**. Aquí el genuino pueblo cristiano, la gente que afronta la vida con sacrificio cada día, **encuentra la fuerza para perseverar en el bien sin ceder a componendas**. Aquí, a los pies de María, las familias encuentran o refuerzan la alegría del amor que las mantiene unidas. Así pues, hace exactamente un mes, tuvo lugar oportunamente, en preparación de mi visita, una “*peregrinación de las familias para la familia*”, a fin de encomendar a la Virgen esta célula fundamental de la sociedad. Que la Virgen santísima vele sobre cada familia...

Que este santuario y esta ciudad sigan siempre vinculados sobre todo a un don singular de María: **la oración del rosario**. Cuando, en el célebre cuadro de la Virgen de Pompeya, vemos a la Virgen Madre y al Niño Jesús que entregan los rosarios respectivamente a santa Catalina de Siena y a santo Domingo, comprendemos enseguida que esta oración nos conduce, a través de María, a Jesús, como nos enseñó también el querido papa Juan Pablo II en la carta *Rosarium Virginis Mariae*, en la que se refiere explícitamente al beato **Bartolo Longo** y al carisma de Pompeya. El rosario es una oración contemplativa accesible a todos: grandes y pequeños, laicos y clérigos, cultos y poco instruidos. Es un **vínculo espiritual con María para permanecer unidos a Jesús**, para configurarse a él, asimilar sus sentimientos y comportarse como él se comportó. **El rosario es un “arma” espiritual en la lucha contra el mal**, contra toda violencia, por la paz en los corazones, en las familias, en la sociedad y en el mundo.



Queridos hermanos y hermanas, en esta Eucaristía, fuente inagotable de vida y de esperanza, de renovación personal y social, demos gracias a Dios porque en Bartolo Longo nos dio un testigo luminoso de esta verdad evangélica. Y volvamos una vez más nuestro corazón a María con las palabras de la súplica, que dentro de poco rezaremos juntos: ***“Tú, Madre nuestra, eres nuestra Abogada, nuestra esperanza. Ten piedad de nosotros... Misericordia para todos, oh Madre de misericordia”***.

Homilía en el Pontificio Santuario de Pompeya,
19 de octubre de 2008

LA MÉDICO DE LOS POBRES

*Carmen Miedes,
de Toledo*

Con el título de “*Carmen Miedes Lajusticia. Protomártir de Toledo en la moderna persecución*”, el dominico Luis G. Alonso Getino escribió en 1938 un opúsculo que publicó en “Vida Sobrenatural”. En sus primeras líneas podía leerse:

«Entre los ejemplares de vida sobrenatural de estos tiempos hemos de recoger con especial predilección los de nuestros mártires, en los cuales hemos de buscar una muerte heroica, no una vida heroica, que tampoco les exige la Iglesia, aún siendo manifiesto que, con frecuencia, la aureola del martirio remata y abrillanta una ejemplarísima existencia».

La doctora Carmen Miedes era conocida especialmente entre las clases pobres a las que gratuitamente visitaba. Por una ironía de la vida, los directivos del Frente Popular señalaban como víctima preferida a la mujer más estimada entre las clases populares. Registrando los milicianos la casa de una amiga suya, la amenazaron con la muerte si llegaba a ocultar en ella a la doctora, y replicándoles que en Toledo había por entonces acuerdo de no matar ninguna mujer, le respondieron: “*Excepto esa*”. Los dirigentes rojos habían acordado su fusilamiento inmediato, temerosos de que una conmoción popular reclamase su indulto.

Carmen había nacido en Madrid el 28 de junio de 1902. Su padre, Mariano Miedes Clemente, era natural de Calatayud (Zaragoza); su madre, Petra Lajusticia Sanjuan, era de Tudela (Navarra). Fue bautizada por el sacerdote Francisco Megino el 10 de julio de 1902 en la parroquia de Santa Cruz en la madrileña calle de Atocha.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

Mariano y Petra tuvieron siete hijos. Cuando acontecen los desafortunados sucesos de la Guerra Civil, llevaban ya treinta años dirigiendo una droguería en la ciudad de Toledo. Don Mariano había ejercido en tales oficios desde niño. Afirma el padre Getino que doña Petra “*se convertiría en un retablo de dolores pintado por los milicianos republicanos*” pues a los pocos días de estallar la guerra sería asesinado su esposo y perdería después a cuatro de sus hijos.

Carmen estudió en el llamado Colegio de Santa Fe (que por entonces se hallaba en el Miradero) de las M.M. Comendadoras de Santiago, donde estuvo interna desde los cuatro a los siete años. La personalidad inconfundible, que se revela en la vida posterior de Miedes, empezó a manifestarse en esos primeros años de colegio. Queda en el colegio este retrato de Carmen vestida de Comendadora de Santiago, curiosa costumbre que nos la muestra con capa blanca de gran cola, cruz y cordón, escudo, gran rosario, cofia blanca y negra esmeradamente rizada. Agradecemos a la comunidad de las Comendadoras que nos la haya proporcionado.



Para sus profesoras, las salidas de la niña tenían algo de personalidad precoz y, sobre todo, de una nobleza innata que nunca desmintió. A este respecto se recuerdan algunas anécdotas.

Una de ellas tuvo como protagonista a su hermana Petra, un año más pequeña e interna como ella, a propósito de un sermón sobre la perfección predicado a las monjas, en el que el predicador insistió mucho en que había que correr por los caminos de la perfección y había que confiar en Dios y no temer las tentaciones del demonio. Al salir al recreo, las dos hermanitas de cuatro y cinco años hacían ya la crítica del sermón de esta manera:

“-Oye, el padre encargaba mucho a las monjas que corrieran. ¿Cómo va a correr la madre Carmen, que a los cuatro pasos que anda se fatiga y se sienta?”



“-Pues mira, que lo de no tener miedo al demonio... no irá con la madre Pilar; que se asusta de un ratón”.

A esas dos religiosas, grandes amigas de su mamá, asistió Carmen, siendo médico ya, en su enfermedad última, con aciertos y presagios que sorprendieron mucho a las monjas.

Poco después, salieron ambas hermanas al Instituto. De allí es otra anécdota que se cuenta de uno de los profesores que pasaba por especial favorecedor de un estudiante no muy aventajado. Antes de regalarle la matrícula, quiso hacer el papel de justiciero, simulando una oposición entre los alumnos sobresalientes y que podían aspirar a matrícula. Entre ellos, mandó salir al medio a Carmen Miedes, preguntándole una lección.

“-No la sé”, contestó la aludida.

“-No diga usted que no la sabe; la sabrá mejor o peor, pero la sabe usted”.

“-Tiene usted razón, me la sé; pero no quiero decirla. Porque aunque yo la diga mejor que fulanito, le ha de dar usted a él la matrícula”.

Sus compañeros, que pensaban como ella sin tener el valor de proclamarlo, celebraron la valentía de Carmen. El profesor se deshizo

en protestas de imparcialidad y por vez primera dejó en el lugar que le correspondía a “*su niño mimado*”. Carmen Miedes se mostraba ya “La Justicia” pura: independiente, brava y enemiga del favor.

Por no contrariar a sus padres, cursó la carrera de Farmacia, pero sintiendo por la medicina una inclinación invencible, decidió ponerse a estudiar ambas carreras. Y las cursó regularmente, sin perder año, con algunos sobresalientes en las más difíciles y una matrícula de honor. Carmen tenía que ser médico, y médico fue en los años reglamentarios, dejando inconclusa la carrera de Farmacia.

La vocación le venía de muy niña. Hallándose interna, a los cinco años, en el colegio de Santa Fe, cayó un día de bruces hinchándosele toda la cara. Llamaron enseguida las monjas al médico del colegio, que no concedió importancia a la aparatosa hinchazón. Para espantar el miedo de la pequeña, que gimoteaba un poco, le dio un golpecito en los labios, diciéndole:

“-Esto no es nada”.

La niña contestó muy sentida:

“¡Qué torpe es usted! Cuando yo sea médico, he de ser más cariñosa con los enfermos”.

“-Las mujeres no pueden ser médicos”, le replicó el doctor.

“-Pues, yo he de ser médico; ya verá”, insistió la niña.

Falleció el desabrido galeno cuando Carmen estaba terminando su licenciatura y se moría de ganas por recordarle la curiosa anécdota que ella llevaba muy grabada y recordaba en sus tertulias. Desde sus tiernos años, con uno u otro pretexto, se quedaba a escuchar los informes de los médicos y los clasificaba como quien forma una colección filatélica.

Tiempos tormentosos sufrió Carmen Miedes mientras preparaba su licenciatura y posterior doctorado en la Facultad de San Carlos. Tiempos en que los estudiantes no católicos crearon la Federación Universitaria Española que protagonizó conflictos callejeros, pintadas y reparto de panfletos... aspirando a un monopolio de privilegios escolares que en gran parte logró, tratando así de aplastar a los restantes grupos; aunque, a pesar de ello, a última hora incluso luchaba contra

las mismas autoridades civiles y académicas, convirtiendo los claustros universitarios de Atocha y San Bernardo en fortín de resistencia armada.

Carmen, que por figurar entre los estudiantes católicos, tuvo que sufrir la malquerencia de Recasens, Negrín y sus congéneres, se abstuvo de participar en las algaradas universitarias. Estudiar, estudiar y estudiar era su lema y su preocupación. ¡A buen lugar había ido a parar a sostener tan austeros ideales!

Residía, como interna, en la Institución Teresiana, a la sombra benéfica de aquel gran pedagogo y mártir que fue san Pedro Poveda. Al lado de la Universidad de San Carlos, en la calle de la Alameda, erigió dicho sacerdote un centro para jóvenes normalistas y universitarias, entre las cuales cayó Carmen como pez en el agua. Por su valía se la tenía muy en cuenta.

Era curioso ver cómo se desdoblaba la personalidad de Miedes Lajusticia, según que actuase en el Instituto Teresiano o en la Universidad: en el Instituto era expansiva, confiada, centro de animación, cabeza de tertulia; en la Facultad severa, adusta. De su natural, lejos de ser huraña, era más bien expansiva y alborotadora. Piadosa sí que era, mas no gazmoña y taciturna, sino alegre y comunicativa. Tal se mostró en el Instituto Teresiano los siete años que convivió en él, alternando sus horas con las de la universidad y los hospitales. Apenas había recepción en que no actuase, apenas fiesta en que no tuviese papel preponderante la alumna de medicina, cirugía y farmacia.

En las fiestas íntimas, improvisadas por lo general, era particularmente solicitada su cooperación. La habilidad que tenía para imitar a toda clase de personas en su gesto, en su tono, en su charla, hasta en su ideología le daba ocasión para salir del paso sin esfuerzo suyo y con algarazas de las compañeras.

En su familia extrañaban los aires mayestáticos que de Carmen referían las amigas; porque en casa era laboriosa y humilde como la última sirvienta. Aun siendo ya médico, barría, fregaba, llevaba la cocina y no se desdeñaba de atender a las faenas más rudas. Por eso ningún trabajo la asustaba.

Finalmente, terminó la carrera de Medicina. A título de curiosidad, entre los Miedes se cuentan varios médicos; uno de ellos



LLAMADOS A LA SANTIDAD

publicó varias obras, cuatro de las cuales se encuentran en la Biblioteca Provincial de Toledo: una sobre “El morbo articular”, o sea la gota, y otra sobre el “Uso y abuso de la sal”, obra que no sabemos llegase Carmen a consultar. Para hallar buena acogida en los enfermos, pocos caracteres como el de Carmen: cariñosa, dicharachera, optimista, incansable. Se hacía toda para todos, conservando siempre la nota severa y autoritaria en los asuntos relacionados con la moralidad, pues en esos no admitía subterfugios ni medias tintas.

Abrió su clínica, de notable riqueza instrumental, el día de santo Tomás de Aquino, patrono de los estudiantes; quiso intervenir en la fundación de la Hermandad de los Santos Cosme y Damián, que tanto bien hizo entre los médicos católicos; y no disimulaba en las visitas mañaneras en confesar a sus enfermos que venía de misa o que iba a oírla.

El primer año de ejercicio profesional tuvo mucha suerte: ni uno de los niños y mujeres que se le encomendaron - por esa época las mujeres médicos no trataban a los hombres enfermos - se le murió. Con lo cual y con el gran partido que se conquistó entre los pequeños, que no querían separarse de ella, se encontró pronto con las horas del día muy ocupadas, y últimamente, hasta con algunas de la noche.

Carmen llevaba a todas partes su espiritualidad. A los enfermos les hacía concebir gran fe en la Providencia, que todo lo puede; y en el médico de la tierra, que debíamos considerar como instrumento del gran médico del cielo. Solía decir a sus enfermos:

“-Tenga usted fe en Dios, que me ha traído aquí para curar esa enfermedad que le aqueja... Usted se cura con esto y con esto... Cuelgo mi título si no dominamos esta dolencia; haga usted fuerza por la oración, mientras yo hago fuerza con los recursos médicos, etc.”.

Así levantaba el espíritu de sus enfermos y los sugestionaba con caricias y con regalos. Aun tratándose de personas de otra ideología, no omitía la joven doctora el aconsejarles que unieran a los cuidados de la ciencia que ella les proporcionaría, sus oraciones, que podrían lograr una ayuda especial de Dios.

En el ejercicio profesional Carmen era sumamente delicada, esclava de sus enfermos, solícita y diligente, de día y de noche. Atenta

con todos, pero especialmente con sus enfermos, a los que llamaba cariñosamente sus hijos. Ellos, a su vez, veían en la doctora Miedes, un ángel salvador. Los niños enfermos la adoraban y no querían separarse de ella, porque mientras los medicinaba, cambiaba sus ropas, arreglaba sus cunas y los llenaba de halagos y caricias. Cuando se trataba de enfermos desvalidos, los consolaba; y si eran pobres, no solo no les cobraba nada, sino que los proveía de medicinas, y hasta invertía sus ahorros en proporcionarles alimentos, sin distinguir ideas políticas o religiosas. Ella solo veía necesitados.

Frecuentaba la confesión y la comunión, oía misa casi todos los días, rezaba diariamente el rosario, y cuando no tenía muchos enfermos, no perdía la visita a la Santísima Virgen del Sagrario. Era también devota de la Virgen del Carmen.

23 de agosto de 1934

La huelga de camareros toledanos, declarada en agosto de 1934, tuvo repercusión en toda España. Era época de predominio socialista, al que se iban sometiendo, acobardados, los patronos. Los hermanos Moraleda, dueños del bar Toledo, rehusaron someterse a las órdenes que dictaba la Casa del Pueblo, representada por la Sociedad de Camareros. Ésta, al ver que habían logrado independizarse con la adquisición de algún camarero no asociado, acordó la muerte de los Moraleda, y el 23 de agosto, al retirarse del bar a altas horas de la madrugada para su casa, fueron asesinados a balazos cerca de ella, cayendo mortalmente herido uno de los hermanos, del que no tenían los obreros más queja que la de su independencia de la Casa del Pueblo, pues siempre les había tratado bien y era el primero de todos en el trabajo. Sobre todo, no le perdonaban el que, al retirarse ellos, él se bastase redoblando su esfuerzo.

Las once sesiones que duró el juicio fueron de gran tensión para Toledo. Se temía que las personas que habían de testificar en él, acobardadas por las amenazas de los socialistas, eludiesen el declarar y el crimen permaneciese impune. El temor era fundado pues hubo retractaciones y hasta testificaciones tan incompletas, que parecían perjurios.



Carmen Miedes, que velaba aquella noche a uno de sus hermanos enfermo y fue testigo de la agresión desde el balcón de su casa, despreciando las amenazas que a otros amedrentaron, tuvo el civismo de declarar en el Tribunal lo que había visto; y como médico, el de rehacer el crimen punto por punto. Su declaración fue clave para la resolución del caso.

El 4 de octubre de 1934 los tres asesinos fueron condenados a treinta años de cárcel. Aquel día empezó Carmen su calvario. La insultaban por la calle, la amenazaban y en las manifestaciones públicas socialistas, se pedía su cabeza. Todo Toledo oyó cantar por las calles estas ignominiosas coplas:

*“A los presos de Chinchilla
les vamos a regalar
la cabeza de la Miedes
para jugar al billar.*

*La cabeza de la Miedes
pronto la vamos a ver
colgadita de un farol
en medio Zocodover”.*

Tras las elecciones de febrero de 1936, fueron muchos los criminales a los que se les permitió salir de las cárceles. Al llegar a Toledo los asesinos de Moraleda, se les prepararon grandes festejos, uno de los cuales era entregarle a la doctora. Un grupo de ellos se dirigió a la casa de los Miedes; se cantaron versos pidiendo la cabeza de Carmen... pero después de merodear junto a la entrada, de grandes momentos de tensión y de algún que otro insulto, nadie se atrevió a echar abajo la puerta.

El 22 de julio fue la dispersión de la familia. Tres hermanos, Mariano, Luis y Joaquín, entraron en el Alcázar; su madre salió con José y Jaime a buscar un refugio; su padre, dicen que siguió a Carmen de lejos algún tiempo y luego volvió a su droguería, donde encontró la muerte.

Carmen se fue a visitar una paciente. La enferma, sin los cuidados asiduos de un médico, se moría. Rogaron a Carmen que se quedara con ellos, que la atendiera, y que no buscara refugio en el Alcázar y se echara la cuenta de que formaba un número más de la familia. Carmen accedió; en pocos días la enferma se curó por completo. ¿Quién iba a pensar que a los pocos días le iban a exigir la salida, por ser su estancia para ellos peligrosa en caso de registro; y que, por fin, el día 3 de agosto por la noche, la echaron a la calle, desoyendo los ruegos de una amiga de la doctora que les prometió sacarla de allí dentro de unos días?

Dios quiso para Carmen esta última terrible prueba de ser vendida por los que había acudido a salvar. Sin fuerzas para razonar, sin valor para comprometer a los que la esperaban en sus casas con los brazos abiertos, se fue ella misma, el día 4 de agosto por la mañana, a presentarse al Comité de la Diputación de Toledo, que como no tenía habitaciones libres, la mandó agregarse a uno de los grupos de monjas que había allí detenidas. Ella se incorporó a las de San Juan de la Penitencia. Gracias a eso disponemos de testimonios enteramente fidedignos de los últimos momentos de nuestra insigne mártir.

Con las monjas estuvo, con las monjas comió, con las monjas habló hasta que vinieron a fusilarla. Ellas - reseña el padre Alonso Getino - nos lo contaron todo.

Por ser el día de Santo Domingo (entonces se celebraba el 4 de agosto), tres dominicas del convento próximo se fueron por la tarde



LLAMADOS A LA SANTIDAD

a acompañar a las monjas de San Juan de la Penitencia y a llevarles ropa para una enferma y unas golosinas para todas. Conocían mucho las religiosas de Santo Domingo el Real a Carmen, que llorando las abrazaba y estuvo en efusiva conversación con ellas hasta que se retiraron.

En una habitación contigua estaban las togas de los abogados de Toledo, que se entretuvieron en registrar. Conoció ella la de su hermano Luis, ya asesinado, y la besaba con delirio. A Carmen le faltaba por rezar algunas oraciones, y con gran edificación de las monjas hizo sus preces de rodillas. Después se sentó a rezar una parte del rosario que tenía de costumbre, y rezándola, la hallaron los esbirros que venían a matarla.

Llevaba Carmen, según cuentan las monjas, un crucifijo grande, su compañero inseparable, al decir de algunos familiares; llevaba también un escapulario con los cordones tan a la vista, que se lo advirtieron las monjas. Ella contestó: *“Conmigo anduvo siempre y no me lo quitaré, aunque me maten”*. Le había prometido el presidente mandarla a cuidar una enferma, cosa que ella recelaba creer. *“Me llevarán para matarme”*, decía ella a las monjas. *“Enséñenme un acto de contrición breve. Y si no, empezaré el Credo, y hasta donde llegue”*, añadía.

Al llegar los verdugos armados y al adelantarse uno sin armas, pronunciando su nombre y apellido, ella se levantó y sin decir nada, cayéndosele grandes lagrimones, que indicaban se había percatado del momento terrible, salió tras los esbirros. Eran seis milicianos armados; se pusieron tres a cada lado y salieron a pasos presurosos, no por la escalera principal, sino por una que lleva a la puerta trasera. Por ella la sacaron a la granja, donde las monjas oyeron muy pronto la descarga fatal.

Allí fue asesinada la doctora Miedes y allí estuvo muchas horas su cuerpo, compadecido de muchos que lamentaban la muerte de quien a tantos había librado de ella, y profanado de algunas miserables mujerzuelas que registraron sus vestidos y exhibían luego como un trofeo lo que en ellos habían encontrado. A Carmen la condenaron a muerte por no ser perjura, y ella se fue al suplicio con su escapulario, con su crucifijo, con su rosario, cuando acababa de rezarlo, y musitando el Credo.

Sabia, modesta, laboriosa, caritativa, valerosa, piadosa... Le faltaba la gracia del martirio y la acogió aceptando la muerte por ser fiel a Cristo.



*De la homilía
del beato Juan Pablo II
en la canonización
de san José Moscati*

Por naturaleza y vocación, Moscati fue ante todo y sobre todo el médico que cura: responder a las necesidades de los hombres y a sus sufrimientos fue para él una necesidad imperiosa e imprescindible. El dolor del que está enfermo llegaba a él como el grito de un hermano a quien otro hermano, el médico, debía acudir con el ardor del amor. El móvil de su actividad como médico no fue, pues, solamente el deber profesional, sino **la conciencia de haber sido puesto por Dios en el mundo para obrar según sus planes y para llevar, con amor, el alivio que la ciencia médica ofrece, mitigando el dolor y haciendo recobrar la salud.** Por lo tanto, se anticipó y fue protagonista de esa humanización de la medicina, que hoy se siente como condición necesaria para una renovada atención y asistencia al que sufre.

Roma, 25 de octubre de 1987

“MI VIDA, POR LA SALVACIÓN DE ELLOS”



***Antonio Montero,
de Torrijos***

El cardenal Francisco Álvarez Martínez, en una breve semblanza que dejó escrita sobre el Siervo de Dios, afirma de nuestro nuevo protagonista: *«Antonio es una síntesis equilibrada de vida de piedad y de duros trabajos apostólicos y sociales en circunstancias muy difíciles, en las cuales supo dar testimonio público del Evangelio. Sus tres grandes amores - Dios, familia y patria - estructuraron su recia personalidad. Antonio nunca abdicó de vivir su catolicismo dentro de la índole secular de su compromiso evangélico, típico del fiel laico».*

Antonio Montero Cebeira fue el quinto de ocho hermanos. Nació el 3 de mayo de 1911 en Torrijos (Toledo). Su familia era de profundas convicciones y obras cristianas. Prácticamente toda la familia participaba en las asociaciones eucarísticas, tan propias de la parroquia de Torrijos, por su tradición e influjo imperecedero de la gran apóstol de la Eucaristía, que fue doña Teresa Enríquez. De hecho, Antonio ya militaba a los catorce años en la organización juvenil de los Jueves Eucarísticos y poco después en la Adoración Nocturna.



Su hermana M^a Lourdes afirma de él: *“era muy inteligente, alegre, cordial, simpático, generoso, valiente, con gran sentido del humor, muy piadoso y apostólico, con ganas de ayudar a cualquiera en todo momento. Era el orgullo de nuestra familia...”*.

Hizo sus primeros estudios en el colegio San Gil de Torrijos. Más tarde, pasó al colegio de los PP. Agustinos del Real Monasterio de El Escorial (Madrid). Continuó sus estudios secundarios en academias preparatorias para su ingreso en la Armada Española y en la Facultad de Derecho en Madrid.

Bajo un exterior correcto, alegre y simpático, a veces aparentemente frío y razonador, ocultaba también un temperamento apasionado, volcánico, con sentimientos fuertes y tenaces. Desde muy joven había tenido novia. Formó parte del grupo de teatro juvenil. Era muy sociable y tenía muchos amigos con los que compartía su tiempo libre. Le gustaba mucho trabajar, superarse en la vida, y formar una familia como la de sus padres.

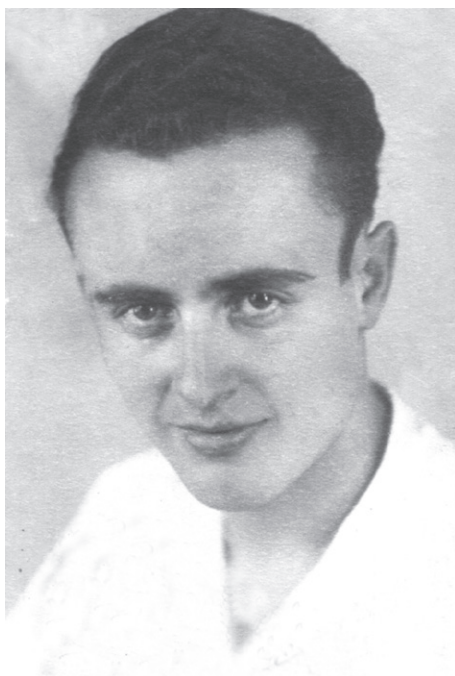
Cuando llegó el año 1931, Antonio, que se encontraba en Madrid estudiando derecho en la Universidad, decidió enseguida entrar en la Juventud de la Acción Católica. Desde 1934 formará parte de los

LLAMADOS A LA SANTIDAD

cuadros dirigentes de este movimiento, y a partir de esa fecha y hasta su muerte, el 13 de agosto de 1936, su vida, su plena juventud, es una catarata de generosidad y entrega.

Realizó su servicio militar en Madrid, en el Cuerpo de Caballería. Siempre guardaría un gratificante recuerdo de su experiencia militar. Una vez acabados sus estudios de abogacía, se puso a trabajar con su padre. Fue un estrecho colaborador del párroco de Torrijos, el beato Liberio González Nombela. La parroquia fue para Antonio Montero su hogar espiritual en donde se formó, se alimentó y creció su vida espiritual. Asume, además, un sinnúmero de compromisos apostólicos: catequesis de niños, de adultos, escuelas nocturnas, círculos de estudios, cursillos. Un testigo afirma: *“Fui alumno de la escuela nocturna de adultos... tuve como profesor a Antonio Montero Cebeira, que además de trabajar con el grupo que le correspondió en la escuela, a los mejor dotados nos preparaba en su casa, con intención de promocionarnos humanamente para ocupar puestos de nuestro agrado. A mí me preparaba para guarda forestal”*.

En la penúltima etapa de la vida de Antonio, comienzos de 1936, se mete de lleno con todo el centro de Acción Católica de Torrijos a preparar la peregrinación a Santiago de Compostela que, a nivel nacional, se quería celebrar en 1937 (luego no pudo celebrarse hasta el 28 de agosto de 1948). En la parroquia se organizó un Cursillo de Adelantados de Peregrinos, con un contenido doctrinal muy fuerte. Los jóvenes salieron entusiasmados y el ideal de santidad que predicaban era asumido como el más rico don que Dios ofrecía a aquella juventud.



En marzo de 1936 se organiza una última tanda de Ejercicios Espirituales a nivel nacional, que junto a los preparativos de la peregrinación a Santiago, sirven ya de preparación inmediata a muchos jóvenes para el martirio. El inicio de la fuerte persecución religiosa comenzó en Torrijos en febrero de 1936. Con la expulsión de don Liberio, que estaba al frente de la parroquia desde el año 1925. La tormenta se había desencadenado contra él y, de rechazo, contra todas sus obras y colaboradores. El 2 de marzo pedían ebrios y vociferantes por las calles del pueblo la cabeza del cura, renegando de la religión.

También el cardenal Álvarez Martínez, en la breve semblanza que dejó escrita sobre nuestro mártir, afirma: *«Antonio participó de la gracia especialísima del martirio de Cristo en su plenitud en paralelismo absoluto a los dados por el maestro en la Cruz: traición de uno de sus alumnos, bofetada en la cárcel, perdón a sus verdugos, fusilado en las afueras... El honor del discípulo es parecerse en todo al Maestro y Antonio se acercó extraordinariamente a su imitación más perfecta. Jamás un mártir sería tal, si no ofreciera su vida en donación por Dios y los hermanos, tal y como lo hizo el Siervo de Dios a sus 25 años: “Señor, mi vida por la salvación de ellos”».*

Así concluyen los hechos. Durante el mes de agosto de 1936 -declara M^a Lourdes Montero Cebeira- *“intervinieron el teléfono, correos y telégrafos. Vivíamos aislados, encerrados en las casas... Se había constituido un Comité que imponía una cruel tiranía. A su servicio estaban los milicianos ejecutores de sus órdenes y dueños de la calle, de las vidas y haciendas. Cerraron el Convento de las Concepcionistas, arrojando a las monjas a la calle”.*

Finalmente, el 11 de agosto, el Comité comienza las primeras detenciones entre los colaboradores más íntimos del párroco y aquellos que destacaban por su preocupación en el campo de la enseñanza católica. Los primeros detenidos fueron don Manuel Montero, padre de Antonio, y su hermano don Jesús Montero. Al día siguiente, hacia las seis de la tarde, se llevaron al joven militante de Acción Católica. Todos fueron encerrados en el templo parroquial.

Ningún testigo habla de que Antonio Montero fuera juzgado. No hubo tiempo para ello por la inmediatez del asesinato. Todos coinciden en que estuvo muy poco tiempo preso. Hacia las dos de la madrugada, del 13 de agosto, la plaza de la iglesia y las calles adyacentes



LLAMADOS A LA SANTIDAD

quedaron completamente a oscuras. Pero la intuición de la madre de Antonio le lleva a escuchar el ruido de dos coches por la puerta más distante de la parroquia con relación a nuestra casa y afirma: “*Se los llevan a matar*”. Así fue. Un familiar apareció a las ocho de la mañana confirmando los peores pronósticos: “*Pero hermana, qué valiente Antonio. Antes de morir gritó: ¡Viva Cristo Rey!*”.

El martirio tuvo lugar en el km. 18,300 de la carretera Toledo-Ávila, en el término municipal de Rielves (Toledo). Los testimonios recogidos son unánimes en afirmar que fue asesinado por el único delito de ser militante activo de la Acción Católica y colaborador cualificado del párroco.

Para atestiguar esta fama de santidad tenemos una hermosa carta escrita el año 1947 a la madre de Antonio por la abadesa del Monasterio de las Concepcionistas de Torrijos que tan cerca vivió esta persecución religiosa:

“... bien puede y debe estar santamente contenta porque sabe ciertamente que su hijo murió como uno de tantos héroes cristianos que gozan del honor de los altares, y este honor, si conviene a la gloria de Dios, tendrá algún día y si no lo ostentara en la tierra lo disfruta sin duda en el cielo, desde el momento en que al grito de Viva Cristo Rey cayó gloriosamente su cuerpo en la tierra y su alma voló a recibir, por unos ratos de dolor una eternidad de gozo... No deje de mostrarse santamente orgullosa de tener un futuro San Antonio”.

Discurso del beato Juan Pablo II

Sólo quien tiene puede dar; y el militante de la Acción Católica es tal precisamente para dar, para amar, para iluminar, para salvar, para llevar paz y alegría. **La Acción Católica debe tender decididamente hacia la santidad.** Todo compromiso, aun de tipo social y caritativo, no debe olvidar jamás que lo esencial en el cristianismo es la redención, y esto es que Cristo sea conocido, amado y seguido.

El compromiso de **la santidad implica**, por esto, **austeridad de vida, serio control de los propios gustos y de las propias elecciones, dedicación constante a la oración, una actitud de obediencia y docilidad a las orientaciones de la Iglesia, tanto en el campo doctrinal, moral y pedagógico, como en el campo litúrgico.**

También vale para nosotros, hombres del siglo XX, lo que San Pablo escribía a los romanos: *“No os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta”* (Rom 12, 2).

Hoy el mundo necesita ejemplos, edificación, predicaciones concretas y visibles. Esta debe ser la preocupación de la Acción Católica.

...Los hombres necesitan hoy especialmente de sonrisa, bondad, amistad. Las grandes conquistas técnicas y sociales, la difusión del bienestar y de la mentalidad permisiva y de consumo no han traído la felicidad. Las divisiones en el campo político, el peligro y la realidad de nuevas guerras, las continuas calamidades, las enfermedades implacables, la desocupación, el peligro de la contaminación ecológica, el odio y la violencia y los múltiples casos de desesperación han creado desgraciadamente una situación de continua tensión y de nerviosismo.

El error y el mal deben ser condenados y combatidos constantemente; pero el hombre que cae o se equivoca **debe ser comprendido y amado**. Las recriminaciones, las críticas amargas y polémicas, los lamentos sirven poco: **nosotros debemos amar nuestro tiempo y ayudar al hombre de nuestro tiempo**.



A los miembros de la
Acción Católica Italiana,
30 de diciembre de 1978

MÁRTIR DE LA PIEDAD FILIAL

*Pablo Moraleda,
de Consuegra*

Pablo Moraleda Navas nació el 2 de febrero de 1921 en Consuegra, en el seno de una cristiana familia de labradores acomodados. Penúltimo de siete hermanos y cuarto de los varones, aunque el mayor murió siendo muy niño, adoraba a todos ellos y a sus dos abuelos, que convivían con ellos en la casa familiar. Cuando cumple once años, deciden sus padres, que observan en él grandes cualidades intelectuales, enviarle a estudiar el bachillerato como interno en el colegio de los PP. Escolapios de Getafe.



Con gran aprovechamiento académico, ve superados curso tras curso, al tiempo que se acrecientan también sus cualidades humanas y morales. Es querido en el colegio, en su ambiente familiar, entre sus vecinos, entre todos cuantos le tratan y con él conviven durante sus estancias en Consuegra con motivo de los períodos de vacaciones. Es servicial, atento, amable, cariñoso, fino con los demás.

Muy intensa fue su relación con los PP. Franciscanos de Consuegra, mantenida y aún acrecentada durante los

años de colegial en Getafe. Dada la gran vinculación que su familia mantenía con el tan popular convento franciscano, Pablo fue monaguillo desde muy niño, asistiendo a las entonces tan tempranas misas diarias con puntualidad y presteza, y con los frailes comenzó y ultimó su preparación para recibir su Primera Comunión, lo que hizo, como antes todos sus hermanos, en la iglesia conventual. Fue el padre Martín Lozano Tello, beatificado en el 2007, muy querido y tratado por la familia, quien más intervino en dicha preparación y quien le administró el Sacramento, manteniendo posteriormente con él un contacto, podría decirse de dirección espiritual, que no se interrumpió con su marcha a Getafe, pues en cuanto Pablo pisaba Consuegra y tras ver y saludar a la familia, ya estaba camino del Convento para ver y saludar al padre Martín. Repetía sus visitas día tras día para ayudarle y colaborar con la Comunidad en cuantas cosas fuesen precisas y estuviesen en su mano.

El 22 de junio de 1936 llegó Pablo a Consuegra un verano más y con un curso más aprobado con gran éxito y aplicación. Llegó, además, con el tiempo justo para asistir a la boda del mayor de sus hermanos, Ángel, que se celebró el día 24 en Consuegra y que sería la última ocasión en que toda la familia se viera reunida por tan feliz acontecimiento. Pronto la alegría y la felicidad darían paso a la tragedia en que, como tantas otras familias, se vio envuelta.

El 18 de julio, su padre y su hermano Ángel, recién casado, fueron detenidos y apresados en la iglesia de Santa María, convertida en prisión. Ángel había pertenecido desde muy joven al movimiento tradicionalista y era uno de sus más destacados miembros en la zona de La Mancha. Su padre, Dionisio Moraleda, tuvo una muy particular trayectoria y actuación durante esos cruciales años, que es preciso resaltar, pues a Pablo, aún tan niño todavía, le marcó mucho, le influyó en su formación y sirvió de base a la admiración y veneración que por él sentía.

Por circunstancias, muy graves y complejas y que no vienen al caso, que vivió durante la dictadura del general Primo de Rivera, participó con buena fe y espíritu cívico en las elecciones municipales de abril de 1931 que dieron al traste con el régimen monárquico y dieron paso a la República. Con la misma buena fe y espíritu de colaboración con sus paisanos, aceptó el nombramiento como primer teniente de alcalde en el equipo de gobierno que pasó a dirigir el Ayuntamiento de Consuegra tras dichas elecciones. Llegado mayo y las tristes jornadas

de *“la quema de los conventos”*, don Dionisio pasó dos días con sus dos noches de guardia continuada y contando con muy escasas personas a su alrededor a fin de evitar por todos los medios que en Consuegra pudieran producirse los desmanes, asaltos e incendios que tanto en Madrid como en otros puntos de España estaban asolando iglesias y centros religiosos e históricos. Tomó esta tarea como una responsabilidad propia, tanto como autoridad en aquellos momentos como en su calidad de ciudadano católico y civilizado. Existen muchas versiones sobre esta valiente y decidida actitud; puede ser que actuara por su cuenta, sin verse respaldado ni apoyado por el propio alcalde y el resto de concejales; puede ser que, si no colaboración, sí al menos no tuviese, en esas tan excepcionales circunstancias, oposición de los demás; puede que se encontrara con dicha oposición. El caso es que consiguió su propósito y, salvo algún enfrentamiento o incidente callejero, de los que también se dieron varias versiones, algunas contradictorias, no sucedió nada en Consuegra. En fechas sucesivas, cada vez el ambiente más enrarecido, viendo el derrotero que la política nacional iba tomando y, sobre todo, comprobando que sus relaciones dentro del Ayuntamiento iban deteriorándose cada vez más y que aumentaban las situaciones para él inaceptables e insuperables, presentó su renuncia irrevocable a estos cargos.

Alejado completamente de la política, en 1932 fue mayordomo del Cristo de la Vera-Cruz, Patrón de Consuegra, privilegio y honor al que muchos consaburenses siempre aspiran y que supone representar el espíritu religioso de la ciudad y su secular y tradicional devoción hacia el Cristo. El desempeño de dicha función y todo lo que conlleva, que Pablo vivió con sus once años de una forma muy intensa antes de volver al colegio, supuso también a don Dionisio varias situaciones nada agradables, alguna de ellas relacionada con el sermón que en la función solemne del día 21 de septiembre pronunció el predicador que había traído a tal efecto, famoso por esos años en toda España, don Castor Robledo, canónigo magistral de la catedral de Ávila.

Pero volvamos a los postreros días de julio y primeros de agosto de 1936. Presos su padre y su hermano Ángel y ante la necesidad de proporcionarles diariamente los alimentos, fue una sirvienta de la casa la que comenzó a realizar dicha tarea. Pero Pablo quiere llevarla a cabo él, por si alguno de los días tuviera la ocasión y la suerte de poder ver a sus dos seres queridos; por realizar ese servicio, o por ser así él, en definitiva. Tanto empeño pone en conseguirlo, que su madre y hermanas

LLAMADOS A LA SANTIDAD

mayores ceden y, todavía más angustiadas de lo que ya estarían, consienten que Pablo “lleve la comida” desde la casa familiar, atravesando por delante del parque público, hasta el citado templo de Santa María.

4 de agosto de 1936. Pablo, como llevaba haciendo ya tres o cuatro días, vuelve de llevar la comida sobre la una y media del mediodía. Cuando va pasando con su cesta delante del citado parque, es disparado, alcanzado y mortalmente herido. Tendido en plena calle y a pleno sol de agosto, se va desangrando, sin que pueda precisarse exactamente, por existir varias y distintas versiones de testigos más o menos directos, cuándo fue retirado de la vía pública y trasladado al botiquín o local de atención médica.

Sólo se sabe que llegó al mismo ya moribundo y que se le oyó balbucir lo siguiente: “-*Curadme, que tengo madre y hermanas*” y “-*Tengo sed*”. Desde allí fue trasladado al cementerio municipal y enterrado en una fosa común. Descubiertos e identificados sus restos, reposan hoy, junto a los de su querido padre, en la cripta de Santa María. Dos días después, el 6 de agosto, fueron martirizados su padre y su hermano, junto a los cuatro hermanos de las Escuelas Cristianas, hoy ya beatos, de la comunidad de Consuegra.

El beato Víctor Chumillas, guardián de la comunidad de PP. Franciscanos, se encontraba ya en esos días acogido en el domicilio de una familia amiga, como el resto de frailes, queriendo la Providencia que dicho domicilio estuviese prácticamente al lado del lugar en que Pablo fue abatido. Estaban a punto de comenzar a almorzar cuando oyeron los disparos; al saber lo sucedido, intentó salir a confortar a Pablo y darle al menos la absolución, lo que fue impedido casi a la fuerza por la citada familia. Al día siguiente escribió a su madre, Eufrasia Navas, la carta tan conocida y divulgada y que de forma tan fundamental ha formado parte de la documentación del proceso de beato Víctor Chumillas.



¡Paz y Bien!

A 5 de agosto de 1936

Sra. D^a Eufrasia Navas

Consuegra

Desconsolada señora: Por si puedo llevar un átomo de consuelo a su atribulado corazón, le escribo estas letras que son el testimonio del sentimiento del mío.

Si la paz de España, si el Reinado del Corazón de Jesús ha de venir después de muchas víctimas y sufrimientos, ciertamente que V. y su familia se podrán gloriarse de que han contribuido a dicho triunfo con lo más querido de su corazón, en la inmolación de un hijo inocente cuyo sacrificio acepta el Señor en lugar, quizá del de un padre o de un hermano encarcelados y perseguidos por la justicia.

*Mirado a los ojos del mundo, el suceso de ayer es una desgracia inmensa que clama al cielo, una pérdida irreparable... Ciertamente. Pero en estas circunstancias tan graves no es precisamente la voz de la carne la que debemos oír y escuchar, sino la de la fe que nos dice **que el morir por Dios y por la Patria es una gloria, es un honor, y el morir por tan justa causa es un martirio verdadero que lleva consigo como premio la inmediata entrada del alma en la eterna gloria.** ¿Y quién duda que un dulce hijo inocente haya tenido otra causa para morir como un corderito? Pero a esto se añade que es también **mártir de la piedad filial. Él venía de honrar a su padre y a su hermano, de cumplir con valentía cristiana con el cuarto mandamiento de la ley de Dios, mientras que un pobre ciego, desgraciado, quebrantaba gravemente el quinto, quitándole una vida preciosa que sólo es de Dios.***

...Porque la sangre de un hijo, unida, mezclada con la de N.S. Jesucristo que por nosotros la derramó toda, es también redentora por la virtud que ésta le comunica.

Si quiere creermelo, siento envidia de Pablito y de buena gana me hubiera puesto en su lugar. ¡Sea lo que Dios quiera! Acátemos humilde y resignadamente los altos designios de Dios N. Señor. Por si tenía algo que purgar, aunque su muerte le exime de Purgatorio, lo encomendaré a Dios.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

El padre Chumillas recibió la palma del martirio, días después, el 16 de agosto de 1936. Fue beatificado el 28 de octubre de 2007.

El **beato Martín Lozano**, franciscano de Corral asesinado con el beato Víctor Chumillas, se encontraba el 6 de agosto refugiado en casa de las hermanas Moreno. El padre Martín, que tenía gran amistad con la familia del siervo de Dios Pablo Moraleda Navas, envió esta carta a la madre:

Consuegra 6 de agosto de 1936

Sra. Eufrasia

Con profundo dolor y el corazón ahogado de pena tomo la pluma, ¿para qué?, ¿para consolarla? En lo humano no cabe consuelo, pues el dolor y angustia de esa casa y la mía son inmensos como el mar. Pero soy sacerdote y elevo mis ojos al cielo y veo a los ángeles sobre esa familia con coronas para coronar a los mártires que han de honrarla para siempre.



Objeto sois de santa envidia porque Dios os ha escogido como víctimas expiatorias por los pecados de España y siempre mereceréis bien de la Religión y de la Patria. Y ¿qué decir de mi Pablito? Un ángel del cielo, víctima inocente, como el inocente Abel inmolado en el Parque Público, como en un lugar público, en el Calvario, fue inmolado Jesucristo; agonizó y murió a la misma hora que Jesús, desde la una y media a las tres de la tarde. La sangre del niño, derramada en un parque público, clama mejor que la de Abel, clama como la de Jesucristo, no venganza, sino perdón, perdón para el que la inmoló.

Yo fui uno de los primeros que lo supe. Juan Manuel Ruiz, testigo de vista de la trágica escena, pálido de dolor y derramando lágrimas, se abrazó a mí diciendo: -¡P.Martín: Pablo ha sido asesinado! Y entonces pensé que aquel Dios que tomó posesión de su pecho cuando yo le administré la Sagrada Comunión, le había acogido en su gloria para cantar entre los ángeles sus eternas alabanzas.

Abandonada, como parece, de lo humano, no se crea abandonada de Dios, porque precisamente en esta prueba le escoge para hacerla participante de la cruz de Su Divino Hijo Jesús.

Yo, en tanto, como sacerdote, ofreceré esa familia al Eterno Padre para que aplaque su ira y abrevie el tiempo de la tribulación.

Martín Lozano, O.F.M

El padre Lozano recibió la palma del martirio, días después, el 16 de agosto de 1936. Fue beatificado el 28 de octubre de 2007.

Mártir de “*El Buen amigo*”

Para finalizar, queremos reseñar el caso de otro joven consaburense asesinado también en los primeros días del mes de agosto. Es el caso de uno de los muchos cientos de jóvenes seglares de los que, por la falta de testimonios, no pueden incluirse en la Causa de canonización.



LLAMADOS A LA SANTIDAD

Se trata del joven **Ricardo López Palomino**, asesinado con 18 años. Pertenecía a una familia humilde, ayudaba a su padre en una sencilla carpintería. Significado ante el pueblo por su labor en la parroquia, Ricardo era el encargado de distribuir “*El Buen amigo*”, periódico religioso fundado, en 1922, por el sacerdote toledano Federico González Plaza. Primero fue quincenal y luego semanal, aumentado considerablemente en pocos años hasta el punto de ser considerado “*el mejor periódico popular de los que se publicaban en España*”. Su agilidad, baratura y adaptación a la mentalidad del campesino hicieron de este periódico el instrumento de mayor culturización rural, en el que aprendieron a leer muchos labriegos.

El éxito de “*El Buen Amigo*” estimuló la creación de otros boletines aunque no llegarían a alcanzarle en número de ejemplares y constancia. Algunos testimonios del clero rural lo confirman: el párroco de Belvís ponderaba la eficacia de estas hojas que repartía entre el campesinado, sea al final de la misa dominical, sea de casa en casa, subrayando que realmente lo leían. El de Escalona aludía al éxito de “*El Buen Amigo*” precisamente entre la clase trabajadora. El párroco de Las Herencias lo utilizaba como instrumento de culturización y todo el clero se sirvió de estas hojas para contrarrestar la propaganda impresa anticlerical y antirreligiosa.



Por eso, sin duda, es justo reconocer a Ricardo López Palomino, asesinado en plena calle, ante el convento de las MM. Carmelitas, el 9 de agosto de 1936, al mártir de “*El Buen Amigo*”.

*Del beato Juan Pablo II
a las familias*

En su formulación no se habla explícitamente de la familia; pero, de hecho, se trata precisamente de ella. Para expresar la comunión entre generaciones, *el divino Legislador no encontró palabra más apropiada que ésta: “Honra...”* (Ex 20, 12). Estamos ante otro modo de expresar lo que es la familia. Dicha formulación no la exalta “artificialmente”, sino que ilumina su subjetividad y los derechos que derivan de ello. **La familia es una comunidad de relaciones interpersonales particularmente intensas: entre esposos, entre padres e hijos, entre generaciones.** Es una comunidad que ha de ser especialmente garantizada. Y Dios no encuentra garantía mejor que ésta: “**Honra**”.

...*El cuarto mandamiento* está estrechamente vinculado con el *mandamiento del amor*. Es profunda la relación entre «honra» y «amor». La honra está relacionada esencialmente con la virtud de la justicia, pero ésta, a su vez, no puede desarrollarse plenamente sin referirse al amor a Dios y al prójimo. Y **¿quién es más prójimo que los propios familiares, que los padres y que los hijos?**

...**La familia realiza, ante todo, el bien del “estar juntos”,** bien por excelencia del matrimonio (de ahí su indisolubilidad) y de la comunidad familiar. ...Los Padres de la Iglesia, en la tradición cristiana, han hablado de **la familia como “iglesia doméstica”,** como “pequeña iglesia”. Se referían así a la civilización del amor como un posible

sistema de vida y de convivencia humana. “Estar juntos” como familia, ser los unos para los otros, crear un ámbito comunitario para la afirmación de cada hombre como tal, de “este” hombre concreto. A veces puede tratarse de personas con limitaciones físicas o psíquicas, de las cuales prefiere liberarse la sociedad llamada “progresista”. Incluso la familia puede llegar a comportarse como dicha sociedad. De hecho lo hace cuando se libra fácilmente de quien es anciano o está afectado por malformaciones o sufre enfermedades. Se actúa así porque falta la fe en aquel *Dios por el cual “todos viven”* (Lc 20, 38) y están llamados a la plenitud de la vida.

Sí, la civilización del amor es posible, no es una utopía. Pero es posible sólo gracias a una referencia constante y viva a “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien proviene toda paternidad en el mundo” (cf. Ef 3, 14-15); de quien proviene cada familia humana.

Carta a las familias (nº15).

“LA CARIDAD DE CRISTO NOS URGE”

*Visitación Morán,
de Méntrida*

Visitación Marcela nació en Méntrida (Toledo) el 30 de diciembre de 1893 y fue educada en una familia sencilla y cristiana. En la Sierva de Dios lo primero que destaca es “*su aprecio por el sacerdocio*”, que le llevará a entregarse desde el principio a la atención de su hermano sacerdote que se llamaba Ángel. En ella podemos rendir un sentido homenaje a tantas hermanas, madres y padres que han sacrificado toda su vida para atender “*a sus sacerdotes*”.

Don Ángel Morán, hermano pequeño de Visitación, recibió la ordenación sacerdotal el 23 de septiembre de 1923. Tras sus primeros destinos en la provincia de Guadalajara, recibirá un nuevo nombramiento, en 1931, para la provincia de Jaén. Por entonces, el arciprestazgo de Cazorla (Jaén) pertenecía a la archidiócesis primada. Así pues, fue destinado a la parroquia de San Pedro y San Pablo de Quesada (Jaén), que pertenecía a dicho arciprestazgo.



Visitación no sólo se dedicará a la atención de su hermano, sino que con empeño trabaja para paliar las necesidades de los pobres y desvalidos, adquiriendo dominio público el conocimiento de **su presencia en las casas de los menesterosos para evaluar y atender sus necesidades en todo lo posible**. Su empeño en este tipo de apostolado llega en situaciones límite al sacrificio personal, como recorrer a pie los diez kilómetros que separan Quesada de Cazorla para conseguir los medicamentos que necesitaba una familia pobre. Esta dedicación asistencial le granjea un prestigio *“como mujer religiosa y caritativa”* que perdura en la actualidad, sobre todo entre las clases humildes.

Un descendiente de los hermanos Morán Otero, don José Pablo Calvino, ha investigado con intensidad todo lo acontecido con sus familiares una vez estalla la guerra.

La zona de Cazorla permaneció fiel a la República con lo que la persecución religiosa se manifiesta también en esta zona con toda su crudeza. El 22 de julio, don Ángel y su coadjutor sumen las Sagradas Formas e inmediatamente se produce la incautación violenta del templo. Dos días después tiene lugar el saqueo y destrucción de la iglesia. Se reconvertirá en granero y la casa parroquial, en salón de juntas y reuniones del sindicato C.N.T. Los sacerdotes pasaron primero a dependencias municipales, ordenándose el 2 de agosto el posterior traslado a la prisión de Jaén. En dicha fecha y con número 868 figura en el libro-registro el preso Ángel Morán Otero. Fue uno de tantos españoles que las autoridades republicanas encarcelaron ilegítimamente por falsas razones políticas o terroristas desde el 19 de julio de 1936 hasta el 4 de marzo de 1939.

De allí saldrá conducido a la prisión de Alcalá de Henares el 11 de agosto. Aquí tendrá noticias del asesinato de su hermana. Siete meses después será trasladado a la cárcel madrileña de Porlier siendo sometido a un juicio en febrero de 1937 que concluiría con una sorprendente sentencia absolutoria.

Tras el asesinato del coadjutor, don Francisco Fernández Gabilán el 23 de septiembre de 1936, y privado el pueblo de autoridades religiosas, doña Visitación, popularmente conocida como la “hermana del Rector” se convierte en el último referente espiritual de Quesada.

Expulsada de la vivienda parroquial y sin dinero, busca cobijo en una posada de la población donde intenta sobrevivir gracias a la caridad pública. Tras estos meses, y teniendo conocimiento de lo sucedido con don Ángel (cárcel de Jaén y traslado a Alcalá de Henares), el 3 de diciembre, finalmente, será detenida.

En la cárcel sufrirá vejaciones y torturas, exigiéndole que blasfeme contra los nombres de Jesús y María, a lo que ella se niega. Las gestiones para obtener un salvoconducto para trasladarla al domicilio de unos parientes en el vecino pueblo de Hinojares resultarán estériles.

Privada de libertad durante una semana, en la madrugada del 10 de diciembre de 1936, es trasladada en coche a las tapias del cementerio donde es cruelmente asesinada por uno de los milicianos que le infiere dos heridas mortales de bala. Sus labios, en el estertor de la agonía, se entreabrieron invocando a Dios y a la Virgen María. Sin comprobar que hubiera fallecido, le colocaron una soga al cuello, arrastraron su cuerpo por el todo el cementerio hasta llevarla a una fosa común. Tras su muerte, siguió una burla grotesca sobre su virginidad al arrojar sobre sus restos el cuerpo de un varón al que también habían asesinado. Tenía 42 años.



Doña Visitación dio testimonio de vida cristiana como “hermana del Sr. Cura”. Nunca huyó del pueblo y hay que significar que estamos hablando de una “mujer sencilla, sin implicaciones políticas” y que al carecer de riquezas que pudieran incentivar la codicia ajena, su muerte solo puede concebirse, como lo vivido por don Ángel, como consecuencia de la atroz persecución religiosa desencadenada en aquellos momentos, al constituirse ambos hermanos en símbolos vivos de la fe que sus perseguidores quisieron erradicar.

Mensaje para la Cuaresma 2013, del papa Benedicto XVI

En mi primera encíclica expuse ya algunos elementos para comprender el estrecho vínculo entre estas dos virtudes teologales, **la fe y la caridad**. Partiendo de la afirmación fundamental del apóstol Juan: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (*1 Jn* 4,16), recordaba que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. *1 Jn* 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro” (*Deus caritas est*, 1).

...El encuentro con Dios Amor no sólo comprende el corazón, sino también el entendimiento: “El reconocimiento del Dios vivo es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. Sin embargo, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por “concluido y completado” (*ibidem*, 17). De aquí deriva para todos los cristianos y, en particular, para los “*agentes de la caridad*”, la necesidad de la fe, del “encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad” (*ib.*, 31a). **El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por este amor** -“*caritas Christi urget nos*” (*2 Co* 5,14)-, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo (cf. *ib.*, 33).

PERSEGUIDOS POR SU OFICIO

*Emilio Santurino, de Belvís;
Julián Sánchez-Garrido, de Los Yébenes y
Manuel Moreno, de Santa Cruz del Retamar*

Don **Luis Moreno Nieto** (1917-2005) fue el corresponsal de guerra más joven de España. En esta foto (a la izquierda) aparece, en el Alcázar de Toledo, tomando notas (*Colección Luis Alba*). Periodista de raza, con más de 10.000 artículos y más de 50 libros, era el cronista oficial de la provincia de Toledo. Su contribución a la historia de la **persecución religiosa en Toledo y su ciudad** es decisiva. Sus obras: *Mártires de Toledo* (1942); *Los mártires seglares de 1936 en Toledo*



(1988); *Mártires del siglo XX* (1993) o finalmente, *Toledo: 1931-1936. Memorias de un periodista* (1996), así lo demuestran. Según él mismo escribía: “tuve el honor de compartir cautiverio en julio de 1936 con el deán de la Catedral José Polo Benito, viviendo las trágicas jornadas de su inmolación”. Aunque no pudo vivir la primera beatificación *de sus mártires de Toledo* (2007), justo es que recordemos a aquel que siempre quiso hacer justicia con la historia de la persecución religiosa.

En su obra *Los mártires seglares de Toledo*, Moreno Nieto limita la narración a lo ocurrido en la capital de la diócesis. En el libro se recoge alguno de los siguientes casos:

Don **Martín Castro Azaña**, natural de San Pablo de los Montes, que por el delito de ser **sacristán en la parroquia de Ventas con Peña Aguilera (Toledo)**, fue fusilado frente a la ermita de la Virgen de la Bastida en agosto de 1936.

También sufrió el martirio don **Fidel Galán**, natural de Toledo, hombre bueno y querido por todos, pero que ofrecía a los marxistas la excusa perfecta para justificar su asesinato: **era cerero**. Lo apresaron en San Cipriano, a las once de la noche del 3 de agosto de 1936 y, poco antes de llegar al paseo del Tránsito, lo sacrificaron.

O también, el caso de don **Domingo Campos Garrido**. Los marxistas le odiaban porque sabían que con su oficio de zapatero, tras largos años de trabajo, había conseguido reunir un pequeño capital. Era natural de Alcabón (Toledo) y tenía sesenta años. Era conocido porque figuraba en las juntas directivas de muchas cofradías y asociaciones piadosas. Le obligaron a llevar un cirio encendido en la mano hasta el paseo del Tránsito. Allí le mataron el 12 de agosto de 1936.

Proponemos estos otros casos que se dieron en el resto de la Archidiócesis.

Emilio Santurino Saldaña

Emilio nació en Cebolla (Toledo) el día 24 de enero de 1897. Sus padres, Francisco y Rafaela, le bautizaron el 4 de febrero, imponiéndole los nombres de Mariano de la Paz Feliciano Emilio. El acta de defunción señala que estaba casado con doña Antonia Leblic Acevedo, de cuyo matrimonio no dejaron sucesión. Su mujer era hermana del siervo de Dios Prudencio Leblic Acevedo, sacerdote y mártir, que en los años 20 fue párroco de Belvís de la Jara.



Cuando estalla la persecución religiosa, Emilio llevaba varios años desempeñando el cargo de **sacristán en la parroquia de Belvís de la Jara** (Toledo). En mayo de 1936, al sentirse perseguido por los revolucionarios, abandonó dicho pueblo y se marchó con su esposa a Cebolla (Toledo), refugiándose en la casa de su madre.

Puesta en marcha su persecución, después de varios intentos fue descubierto, detenido y trasladado a una checa en Madrid. De aquí le llevaron a Belvís de la Jara. En este pueblo, el día 26 de octubre de 1936, después de revestirle con ornamentos sagrados, le sentaron sobre un asno, en una montura con pinchos, que había sido preparada expresamente para la tortura. Seguidamente, fue sometido a un horroroso martirio durante el largo recorrido por la calle principal del pueblo, hasta llegar a la puerta del cementerio. Aquí, casi inconsciente, fue rematado con varios disparos a la cabeza y enterrado.

La familia conserva un crucifijo-relicario que el Siervo de Dios llevó consigo durante y después del martirio. Al exhumar el cuerpo fue recuperado el crucifijo con el que fue enterrado.

Julián Sánchez-Garrido Sánchez-Diezma

Natural de Los Yébenes (Toledo), había nacido el 8 de diciembre de 1886. Casado, había ocupado un cargo municipal, pero cuando estalla la guerra, Julián **era sacristán de la parroquia de Santa María la Real de Los Yébenes.**



En la mañana del 24 de julio, el sacristán salió en defensa del coadjutor de la parroquia, don Félix Calleja Blas, amenazado por las milicias. Don Félix supo que otro sacerdote había resultado herido de un disparo por las milicias. Se trataba de don Cipriano Santos Díaz-Varela, que posteriormente también sería asesinado y que atendía pastoralmente una finca privada como capellán. Al comprobar que don Cipriano no recibía asistencia médica, se dirigió al comité para reclamar. No llegó. A los pocos metros le disparaban las milicias, y, aunque se rehízo y pudo refugiarse en su casa, murió allí desangrado a las pocas horas.

Al enterarse Julián del asesinato del sacerdote, y entonces, previendo lo que le iba a ocurrir a él, se presentó a su madre, entregándole unos papeles y un reloj. Salió y a los pocos metros se topó con unos milicianos, a los que dijo:

“-Así no se mata a los hombres”, refiriéndose a don Félix.

Como respuesta, frente a la misma iglesia de Santa María, le dispararon a él. Estuvo agonizando en la calle más de una hora, sin permitir los verdugos a personas o familiares o personas ajenas que se acercarán y prestaran auxilio. Ya de noche, lo llevaron en un volquete al cementerio. Era el 24 de julio de 1936, vísperas de la fiesta de Santiago. Julián tenía 50 años.

Manuel Moreno Romero



Nació Manuel en Nombela (Toledo) el 9 de septiembre de 1904. Era hijo de Damián y Olegaria, y el más pequeño de tres hermanos. Su padre murió cuando él tenía 6 años de edad. Desde pequeño fue muy aficionado a la música por lo que iba a un pueblo cercano a tomar clases de un profesor. Cuando el párroco de Nombela, siervo de Dios Carlos Alcocer Corralo, fue trasladado a Santa Cruz del Retamar (Toledo) le pidió a Manuel, que entonces tenía 17 años, que marchase con él como organista. Él aceptó y se trasladó con su madre y sus dos hermanas a Santa Cruz; además de organista, se le nombró también sacristán.

En Santa Cruz, Manuel contrae matrimonio con Aurea Sánchez García, hija de una familia sin problemas económicos, que les favorecerá con la creación de un establecimiento de alimentación, trabajo que el Siervo de Dios compagina con el de la parroquia.

Fue un hombre bueno, querido por todos, según los testigos, amante de su prójimo: si alguien se acercaba a la tienda sin dinero, jamás salía sin el género; si algún pobre iba descalzo, Manuel le daba unos zapatos; si llegaban sin comer, les sacaba un plato de comida; si llegaban sin ropa y hacía frío, salía con lo que el pobre necesitase, abrigo, chaqueta o cualquier prenda para el frío.

Una vez murió un gitano llamado Aquilino, residente en el pueblo. Pidieron a Manuel que tocase las campanas de difuntos, pero le comentaron que esta familia no tenía ropa para amortajarle. Él marchó rápido a su casa, cogió zapatos, pantalones, calcetines, camisa y chaqueta y las llevó a casa del difunto y se lo entregó a sus hijos para que le pudieran amortajar... Son muchos los casos en los que se relata como el Siervo de Dios ayudaba económicamente y prestaba todo lo necesario a las personas que lo solicitaban, e incluso sin pedírselo, si tenía conocimiento de alguna necesidad.

En Santa Cruz del Retamar, antes del estallido de la Guerra Civil, ya se habían creado situaciones violentas para la Iglesia, en las



LLAMADOS A LA SANTIDAD

que Manuel como sacristán tuvo que sufrir, como la prohibición de tocar las campanas... También se destrozaron algunas cruces públicas y del Calvario... Además, hubo grandes manifestaciones políticas y antirreligiosas.

Tres días después del 18 de julio, se prohibió la salida del pueblo al párroco, el siervo de Dios Carlos Alcocer. Ese mismo día 21, los milicianos arrebataron al sacristán las llaves del templo parroquial que en lo sucesivo quedó destinado a granero. Los dos sacerdotes fueron asesinados en los últimos días del mes de julio.

Un mes después, el 25 de agosto, fueron a por Manuel. Los milicianos estuvieron toda la noche custodiando la casa para que no pudiera salir nadie. Durante las primeras horas de la madrugada se lo llevaron, mientras repetía “-¡yo les perdono!”. Su esposa Aurea, que tenía entre sus brazos a su pequeña, de tan sólo tres meses, se abrazaba a Manuel, mientras los milicianos los golpeaban para separarlos con la culata del fusil. Lo condujeron a Santa Olalla (Toledo) y a las 5 de la mañana de 26 de agosto, en las puertas del cementerio, le ataron las manos atrás con unos alambres y le dispararon. Su madre murió de pena a los cinco meses de la muerte de Manuel.

Escondido en el cementerio se hallaba el hijo del gitano a quien el Siervo de Dios le dio la ropa para amortajarle. Él presenció todo y comentó:

“-¡Quién hubiera podido dar la vida por este hombre!”.

Manuel tenía entonces 31 años. Este gitano vio cómo hicieron la zanja donde le tiraron. Gracias a él, pasados seis meses, sus familiares pudieron recoger el cuerpo que trasladaron al cementerio de Santa Cruz donde le dieron cristiana sepultura.

Testigos declaran que cuando le llevaban a fusilar le dijeron que como tenía amistad con muchas personas, él debía conocer a los que se habían afiliado a la Falange y que si decía sus nombres le perdonarían la vida. Era un grupo de casi veinte personas y, aunque sí los conocía porque se lo habían comentado ellos mismos, él dijo que no sabía quiénes eran.

Palabras del beato Juan Pablo II

Podemos preguntarnos: ¿Cómo son los hombres y mujeres “transfigurados”? La respuesta es muy hermosa: **son los que siguen a Cristo en su vida y en su muerte, se inspiran en Él y se dejan inundar por la gracia que Él nos da; son aquéllos cuyo alimento es cumplir la voluntad del Padre; los que se dejan llevar por el Espíritu; los que nada anteponen al Reino de Cristo; los que aman a los demás hasta derramar su sangre por ellos; los que están dispuestos a darlo todo sin exigir nada a cambio; los que -en pocas palabras- viven amando y mueren perdonando.**

Así vivieron y murieron **José Aparicio Sanz y sus doscientos treinta y dos compañeros**, asesinados durante la terrible persecución religiosa que azotó España en los años treinta del siglo pasado. Eran **hombres y mujeres de todas las edades y condiciones**: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. **Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia.** Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos.

Los testimonios que nos han llegado hablan de **personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entrelazadas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas.** Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el martirio.

...Ellos murieron únicamente por motivos religiosos. Ahora, con esta solemne proclamación de martirio, la Iglesia quiere reconocer en aquellos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada, a la vez que honran al noble pueblo español y a la Iglesia.

Homilía en la beatificación de 233 mártires españoles,
11 de marzo de 2001

PALABRA DE CONGREGANTE

*Santiago Mosquera,
de Villanueva de Alcardete*



Santiago había nacido el 3 de febrero de 1920 en Villanueva de Alcardete (Toledo) y, según declara su propia hermana, era de carácter extrovertido, travieso, simpático... Eran ocho hermanos y, como los tres mayores, **pertenecía a la Congregación de San Luis Gonzaga de Madrid**. Habían estudiado en colegios de la Compañía de Jesús: Ramón tenía 24 años, hizo el bachillerato en el colegio de Nuestra Señora del Recuerdo en Chamartín de la Rosa (Madrid), era artillero y estudiaba el último curso de Leyes en la Universidad; José María y Luis habían estudiado en Areneros (Madrid) y se preparaban para ingresar en la Academia General de la Marina y en la Academia General Militar respectivamente. Santiago estaba estudiando en el colegio que los PP. Jesuitas regían en Estremoz (Portugal).

Cuando tenía 16 años estalló la guerra. El 25 de julio de 1936 los milicianos se presentaron en casa de los Mosquera. Iban buscando armas y encontraron dos escopetas de caza. El padre se encontraba fuera del pueblo. Inmediatamente fueron detenidos sus hermanos Ramón y Luis. Santiago se indignó por la injusta detención y, gritando, les preguntó: “-¿Por qué?... Si todos en el pueblo tienen escopetas para ir a cazar conejos y perdices”. También él fue detenido.

Conducidos a la iglesia parroquial de Santiago Apóstol que, como en tantos otros lugares hacía de cárcel, fueron encerrados en las capillas laterales que tenían verjas de hierro y puertas con candados. Fueron salvajemente maltratados. Allí los tuvieron hasta el 15 de agosto, solem-

nidad de la Asunción. Ese día, en la madrugada, señalaron un grupo de doce personas, encabezadas por el párroco de Villanueva de Alcardete. Los fusilaron a unos tres kilómetros de La Villa de Don Fadrique. En el grupo estaban Ramón y Luis, hermanos de Santiago.

Entretanto, también fue detenida la madre de Santiago a la que querían obligar a que revelase el lugar donde se escondía su esposo. El padre de nuestro protagonista, ajeno a cuanto estaba sucediendo, se encontraba en Portugal realizando un trabajo para el periódico “*El Debate*”. Tras maltratarla física y verbalmente, la dejaron regresar a casa, diciéndola que su hijo Santiago seguiría detenido hasta que apareciera su marido. Aunque el otro hermano, José María, logró huir al campo durante las primeras semanas, también sería asesinado en la carretera de Valencia.

Fray Justo Pérez de Urbel escribe en *Los mártires de la Iglesia* un capítulo dedicado a nuestro protagonista:

«Santiago, un adolescente de dieciséis años, merecía figurar, ya antes de su martirio, en las estampas de los ángeles, que hacen cortejo al Cordero Inmaculado de Cristo Jesús, por su bondad, docilidad, pureza angelical, ternura fraternal y filial obediencia».



Parroquia de Santiago Apóstol de Villanueva de Alcardete

LLAMADOS A LA SANTIDAD

En la iglesia-prisión quedaban todavía seis personas: junto a Santiago estaba el coadjutor de la parroquia de Villanueva, el siervo de Dios Eugenio Rubio Pradillo. Amarraron a Santiago a una estaca. Y entonces, tuvo lugar la horrible y continua cantinela de siempre.

“-Blasfema”.

“-Nunca. Aunque me matéis”.

Una bofetada le llenaba la boca de sangre.

“-Blasfema”.

“-Puedes pegarme otra vez. Yo no blasfemo”.

Otra bofetada le producía sangre sobre la sangre. Atado a la estaca estuvo dos días sin comer ni beber. El niño gemía dolorosamente...

“-Si haces lo que nosotros hacemos... comes y te perdonamos la vida”.

El joven cerraba los ojos y no respondía.

“-Abre los ojos o te pego un tiro”.

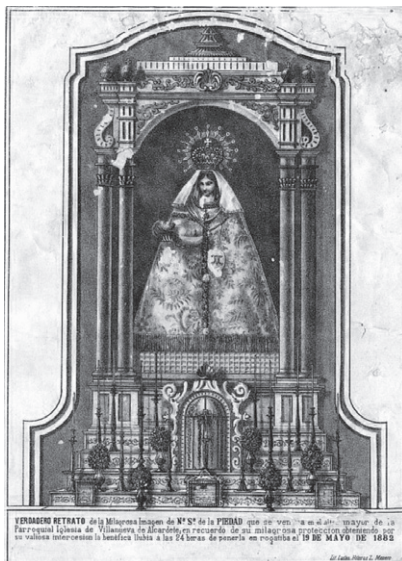
Y uno de aquellos criminales le aplicaba una pistola al vientre.

“-No quiero veros”.

“-¿Que no quieres vernos? Ahora sí que vas a ver. Pero las estrellas”.

Y con un látigo, cruzaron repetidamente el rostro de Santiago.

Es inútil tratar de prolongar al lector el martirio de describir lo que hicieron con este joven. Se trata de las verdaderas *“Actas de los mártires”* de los primeros si-



Antiguo grabado de la Virgen de la Piedad

glos, de las persecuciones romanas, actualizadas con tal veracidad que parece que escuchamos a Tarsicio, a Cecilia, a Eulogio, a Sixto o a Cornelio...

La noche del 24 al 25 de agosto de 1936 los seis detenidos que quedaban fueron conducidos al cementerio de Villanueva de Alcardete (Toledo) para ser fusilados.

Sigue narrando fray Justo:

«Ya están contra el paredón. Una descarga, dos descargas, y el crimen ha sido consumado».

Santiago no murió, fue gravemente herido en sus piernas por la metralla de los fusiles. La escena es dantesca.

«Deseamos que el lector se imagine la escena. Un niño con las piernas destrozadas a tiros, entre los cadáveres de sus amigos, en un cementerio, una noche entera... Todavía tendría confianza en la piedad de los hombres...».

El 25 de agosto, Villanueva siempre recordará con horror el final de la historia. Aunque intentó escapar, le fue imposible. Esperó que amaneciera. Santiago escuchó que alguien venía:

«El sepulturero se acerca. Crece la confianza en el pecho de Santiago, se ensancha su fe y su corazón late con más ansiedad, y exclama:

“-¡Piedad, buen hombre, piedad!”

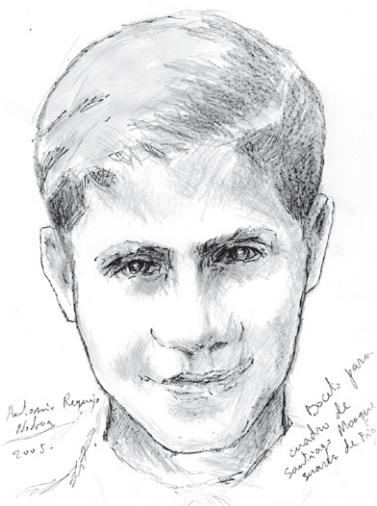
La respuesta de los labios es mejor silenciarla. Los testigos declaran que el sepulturero le obligó a nuevamente a blasfemar contra Dios y María. Santiago le dijo que eso no lo podía hacer, pues era pecado contra Dios; el sepulturero le dijo que si no blasfemaba, lo mataría y Santiago le dijo:

“-Prefiero morir antes que ofender a Dios”.

El cruel asesino tomó un pico y de un golpe acabó con su vida».

LLAMADOS A LA SANTIDAD

Según cuentan los diferentes testigos, tras la guerra, su cuerpo, que no se sabía dónde lo habían enterrado, fue hallado casi milagrosamente... Tenía su rosario en la mano izquierda y su rostro reflejaba la serenidad del encuentro con Dios.



Del Catecismo de la Iglesia Católica

La blasfemia se opone directamente al segundo mandamiento. Consiste en proferir contra Dios -interior o exteriormente- palabras de odio, de reproche, de desafío; en injuriar a Dios, faltarle al respeto en las expresiones, en abusar del nombre de Dios. Santiago

reproba a *“los que blasfeman el hermoso Nombre (de Jesús) que ha sido invocado sobre ellos”* (St 2, 7). La prohibición de la blasfemia se extiende a las palabras contra la Iglesia de Cristo, los santos y las cosas sagradas. Es también blasfemo recurrir al nombre de Dios para justificar prácticas criminales, reducir pueblos a servidumbre, torturar o dar muerte. El abuso del nombre de Dios para cometer un crimen provoca el rechazo de la religión.

La blasfemia es contraria al respeto debido a Dios y a su santo nombre. Es de suyo un pecado grave (nº 2148).

“SER APÓSTOL O MÁRTIR”

*Andrés Pérez,
de la Torre de Esteban Hambrán*

Andrés nació el 1 de diciembre de 1920 en Novés (Toledo); sus padres se llamaban Leoncio Pérez y María Gloria Fernández. Pasó a vivir a Torrijos (Toledo) y tomó la Primera Comunión de manos del beato Liberio González Nombela. Desde 1930 vivió en La Torre de Esteban Hambrán (Toledo).

En 1936, Andrés era un joven de 15 años, que parecía de más edad por su seriedad, honradez, amor al prójimo. Adoraba a sus padres y cuidaba y daba ejemplo a sus hermanos. Era un joven muy inteligente; hoy diríamos un superdotado. Los maestros del pueblo le dijeron a su madre: “*Andrés nos ha pasado, no hay tema que no sepa; no tenemos más que enseñarle*”. Con 15 años llevaba la contabilidad y la oficina de la fábrica de alcoholes de don Isidoro Alonso.

Era un gran dibujante, tanto a carboncillo como al óleo, lo cual hacía a una



Antiguo grabado de la Virgen de Linares

gran velocidad. **Dibujaba a la Virgen de Linares, patrona de La Torre, como si fuera una fotografía.** En la casa pintó en el salón el Santo Cristo de Limpias, de tamaño natural en una de las paredes; al estallar la persecución, hubo que taparlo con un armario.

Tenía una gran capacidad de trabajo. Además de la oficina de la fábrica, dirigía a los jóvenes para representar obras de teatro; lo único que hacía mal era cantar. Era **presidente de la Juventud de Acción Católica de La Torre.**

Tras estallar la guerra, días después, el 22 de julio de 1936, sobre las 18:00 horas, detuvieron a su padre y a otros treinta y dos más, trasladándolos a la cárcel modelo de Madrid. Desde ese día pusieron dos milicianos en la entrada de la casa, día y noche, con la orden de prohibir la salida a su madre y a sus hermanos; sólo le autorizaban al que se llamaba Francisco poder pedir comida por las calles a los conocidos.

«Así estuvimos -narra su hermano Francisco- hasta el día 10 de octubre de 1936, en que pusieron en libertad a su padre y quitaron la vigilancia de mi casa».

Andrés no salió de casa desde el 22 de julio (Santa María Magdalena), patrona de la iglesia parroquial donde comulgó ese día. El 23 de julio asesinaron a su amigo el siervo de Dios **Daniel Ventero**, también de la Acción Católica, y a otros dos más, junto a la iglesia. En la fotografía aparecen los dos en un día de fiesta.



«Al día siguiente por la tarde, en el patio de la casa -relata Francisco- vi y oí cómo mi hermano Andrés, sentado en una silla, tenía a mi hermano pequeño sentado en sus piernas y le decía:

“-Ricardo, tienes que ser muy bueno, tienes que querer mucho a papá y mamá y a los hermanos. Yo mañana (día 25) me iré muy lejos, al cielo, pero no te preocupes, yo pediré al Niño Jesús por ti; sé muy bueno”.

Esto me sorprendió mucho y yo con mi inocencia se lo dije a mi madre, rompiendo la pobre a llorar».

El 25 de julio, fiesta de Santiago Apóstol, a las 7:00 horas se presentaron varios milicianos en su casa llevándole detenido. Al doblar la esquina de la calle, le ataron las manos por detrás con alambre; su hermano Francisco lo vio porque salió detrás de él.

«Sobre las 11:00 horas del mismo día, mi madre me dijo:

“-Paquito, hijo, vete a ver qué pasa con tu hermano”.

Cogí de la mano a mi hermano menor Ricardo, continúa explicando Francisco, que sólo tenía cinco años, y nos fuimos hacia la plaza del Ayuntamiento. Al llegar junto a la iglesia, vi a una muchedumbre de hombres y mujeres; los dos pudimos comprobar cómo insultaban a Andrés, pegándole con palos, pinchándole con leznas y agujas con una soga atada al cuello. Llevaba la camisa llena de sangre, lo mismo que la cara y los brazos. La chusma que lo rodeaba, gritaba:

“-¡Blasfema contra Dios, contra la Virgen de Linares, y contra el Cristo!”, mientras le pegaban y escupían.

Mi hermano pequeño y yo mirábamos con estupor y, en un momento, volvió la cabeza y nos miró con cara de pena, y al mismo tiempo, con dulzura. Yo en aquel momento tenía once años pero jamás se me ha borrado la imagen».

Andrés Pérez y sus amigos, Sabas de 18 años y Pedro de 20, fueron llevados en varios vehículos al cruce de carreteras, llamado “*Las Bolas*”, con la carretera de Extremadura. Iban unos cuarenta hombres para asesinarlos.

Allí les dijeron que podían irse, que quedaban libres, pero Andrés reaccionó diciendo:



LLAMADOS A LA SANTIDAD

“-No lo hagáis, que os van a matar por la espalda”.

A pesar de eso, salieron corriendo y así los mataron. Andrés estuvo de rodillas rezando y les dijo:

“-Ya me podéis matar, que Dios os perdone como yo os perdono”.

Según estaba de rodillas le dispararon a los pies, muriendo desangrado. Los mataron a los tres en una viña, al lado izquierdo de la actual carretera nacional Madrid-Badajoz. La viña era propiedad de un señor del pueblo de las Ventas de Retamosa.

La muerte de Andrés y la de los otros dos jóvenes la presencié un señor que sabía conducir turismos y le obligaron a conducir un vehículo marca Crysler, propiedad de don Isidoro Alonso, dueño al mismo tiempo de la fábrica de alcoholes en la que trabajaba Andrés, y que fue quien narró el martirio.

En el cementerio del convento hicieron una fosa a lo largo de la pared y allí los tiraron. El 14 de octubre de 1936 las tropas nacionales tomaron el pueblo. En el mes de noviembre se construyó una fosa y un mausoleo donde fueron enterrados todos los asesinados en sus correspondientes féretros.

«Cuando sacaron a mi hermano Andrés -explica su hermano Francisco- yo recuerdo perfectamente cómo mi pobre madre lo recibió sentada en una lápida y con una sábana. Allí le fue quitando la tierra y lavando la cara, y también recuerdo que mi hermano tenía los dos pies destrozados...».

«También recuerdo que todos los jóvenes del pueblo que fueron llamados a incorporarse al ejército, pasaban por casa para que mi madre les diese un pequeño trozo de la camisa de Andrés o un poco de pelo. En sus casas les hacían un escapulario con ello. Todos regresaron al pueblo al finalizar la guerra, sin sufrir heridas».

El siervo Andrés Pérez Fernández está enterrado en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de la Torre de Esteban Hambrán (Toledo).



*Discurso de papa
Benedicto XVI a la
Acción Católica Italiana*

Es para mí una gran alegría acogeros hoy aquí, en la plaza de San Pedro, donde muchas veces en el pasado vuestra benemérita asociación se ha encontrado con el Sucesor de Pedro... Habéis venido a Roma **en compañía espiritual de vuestros numerosos santos, beatos, venerables y siervos de Dios: hombres y mujeres, jóvenes y niños, educadores y sacerdotes consiliarios, ricos en virtudes cristianas, crecidos en las filas de la Acción católica**, que en estos días cumple 140 años de vida. La magnífica corona de rostros que abrazan simbólicamente la plaza de San Pedro es un testimonio tangible de una santidad rica en luz y amor. Estos testigos, que **siguieron a Jesús con todas sus fuerzas, que se prodigaron por la Iglesia y por el reino de Dios**, son vuestro documento de identidad más auténtico.

¿Acaso no es posible también hoy para vosotros, muchachos, para vosotros, jóvenes y adultos, hacer de vuestra vida un **testimonio de comunión con el Señor**, que se transforme en una auténtica obra maestra de santidad? ¿No es precisamente esta la finalidad de vuestra asociación? Ciertamente, esto será posible si la Acción católica sigue manteniéndose fiel a sus profundas raíces de fe, alimentadas por una **adhesión plena a la palabra de Dios, por un amor incondicional a la Iglesia, por una participación vigilante en la vida civil y por un constante compromiso formativo**.

Queridos amigos de la Acción católica italiana, en el camino que tenéis delante no estáis solos: os acompañan vuestros santos... Estimulados por estos ejemplos de cristianismo vivido... os aliento en este propósito. Intensificad la oración, orientad vuestra conducta según los valores eternos del Evangelio, dejándoos guiar por la Virgen María, Madre de la Iglesia.

Roma, 4 de mayo de 2008

EL MÁS JOVEN DE NUESTROS MÁRTIRES



***Gerardo Pinero,
de Belvís de la Jara***

Este es el mártir más joven de toda nuestra Archidiócesis. Gerardo Florentino había nacido un 20 de junio de 1922 en Belvís de la Jara (Toledo); por tanto, alcanzó la gracia del martirio recién cumplidos los 14 años. Era hijo único del matrimonio formado por Heliodoro Pinero Cáceres e Isabel Díaz Arroyo. Heliodoro era labrador, y todos descendían de este pueblo de la Jara. Transcurrió su infancia, como la de todos los niños, entre la escuela y los juegos, y la doctrina que recibió del siervo de Dios Inocente López Alonso, párroco y también mártir de Belvís. Conservamos una fotografía del día de su Primera Comunión.

Para seguir sus estudios, se trasladó en 1935 a Talavera de la Reina (Toledo), donde estudiaría 2º curso de bachillerato. Según sabemos, el ingreso y el primer curso lo hizo en Plasencia. Ahora tiene trece años y se hospeda en casa de unos amigos de su padre, cerca de la parroquia de Santiago.

“Íbamos juntos al Instituto -declaran los que fueron sus compañeros-, pero las clases particulares las dábamos con don Nicéforo; y ahí, en un trato más distendido, empezamos a conocernos y nos hicimos amigos”.

Don Nicéforo Díaz Cabrerizo, además de profesor del instituto de la plaza del Pan, se dedicaba a atender a sus alumnos dándoles clases particulares. Era capellán de las MM. Bernardas, en la Ciudad de la Cerámica.

“Con ellas vivió -como nos transmite una religiosa de esa Comunidad- la trágica jornada del 25 de julio de 1936, día en que las monjas fueron expulsadas del Monasterio. El 23 de julio los milicianos las sometieron a un registro general buscando armas... al llegar a la iglesia tuvieron la osadía de abrir el Sagrario y desparramar las Sagradas Formas por el altar y el presbiterio. Cuando don Nicéforo llegó al día siguiente, las recogió una por una y se las distribuyó a las religiosas para que no hubiera una nueva profanación”.

Las monjas describen al que fuera su capellán como *“sacerdote ejemplar, de muy pocas palabras, incluso a veces tenía cierta dificultad para expresarse... pero, todos coinciden en que era un hábil pedagogo y que tenía gran sabiduría la cual manifestaba a sus alumnos. Solo sabemos que falleció durante los años de la Guerra Civil”.*

Gerardo y sus amigos militaban **como aspirantes de Acción Católica**, ya que aún no tenían edad para pertenecer a la Acción Católica. El centro de Acción Católica estaba en la plaza del Cardenal Tenorio de Talavera, entre San Prudencio y La Colegial. Allí había una casa y un salón grande, donde se jugaba al parchís y a otros muchos juegos.

Sus amigos le recuerdan como *“un buen muchacho, muy estudioso, muy responsable. Era alto y muy fuerte. Por otra parte era muy formal; parece mentira que en esa edad, por regla general que es casi la adolescencia, éste era muy responsable. Era de los alumnos más responsables que estábamos allí, y muy estudioso. Era un buen muchacho, muy buen chico, muy bueno, una gran persona... parecía un hombre ya, físicamente e intelectualmente; vamos, no parecía un adolescente. Razonaba mucho, era muy razonable; discutía, pero hablaba muy bien”.*

Es muy importante el testimonio de Baldomero M. M. En el martirio del beato Saturnino Ortega, Arcipreste de Talavera, se cita la existencia de **una lista con todos los miembros de la Acción Católica que se requisa en su domicilio**. De esto mismo nos habla el declarante:

LLAMADOS A LA SANTIDAD

«Me salvé porque me llevaron a Gamonal; si no, yo también estaba en la lista de Acción Católica. Tras recibir un favor por parte de un tío mío, un señor se presentó en casa y dijo:

“-Oye, ¿no se llama un sobrino tuyo Baldomero?”

“-Sí, contestó mi tío, es un sobrino mío”.

“Es que está en la lista, una lista de la que no queda uno. Escondedle donde sea, porque le liquidan”.

Entonces, como digo, me llevaron a Gamonal y me salvé de milagro».

Por eso es muy importante esta información, porque el motivo por el que Gerardo fue detenido y conducido al martirio fue por estar en esa lista.

Su propio asesino, al que llamaban “*El Obispo*”, confesó que Gerardo iba rezando y les decía: “*-No me matéis, que mi madre va a llorar mucho*”. Los condenados eran colocados en los pretils del puente llamado “de Silos”, próximo a la localidad toledana de Calera, donde caían muertos al río Tajo. Llegados al lugar del suplicio, el joven se persignó mientras le disparaban. Era el 16 de agosto de 1936. Días después, el 23 de agosto, su padre, que había sido detenido y que padecía desde hacía tiempo trastornos de cabeza, sufrió un ataque de locura en el camión que lo conducía a la muerte. El mismo que mató a su hijo asesinó a culatazos al padre en el propio camión.

Baldomero, que contaba 87 años cuando realiza esta declaración, termina diciéndonos para la redacción de este artículo que «lo que pido yo es que pida por mí, porque ha sido un mártir; era un santito y una gran persona. Yo no pido a Dios por él, sino que él pida por mí, esa es la verdad. Además lo digo como lo siento, pido que pidan por mí los mártires, como los curas de mi pueblo José y Félix y este muchacho, pido que pidan por mí; como él, que pida por mí. Tiene que estar en el cielo, no tiene más remedio».



Ángelus del papa Francisco

En el Evangelio de este domingo resuena una de las palabras más incisivas de Jesús: “***El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará***” (Lc 9, 24).

Hay aquí una síntesis del mensaje de Cristo, y está expresado con una paradoja muy eficaz, que nos permite conocer su modo de hablar, casi nos hace percibir su voz... Pero, ¿qué significa “***perder la vida a causa de Jesús***”? Esto puede realizarse de dos modos: explícitamente confesando la fe o implícitamente defendiendo la verdad. **Los mártires son el máximo ejemplo del perder la vida por Cristo. En dos mil años son una multitud inmensa los hombres y las mujeres que sacrificaron la vida por permanecer fieles a Jesucristo y a su Evangelio.** Y hoy, en muchas partes del mundo, hay muchos, muchos, muchos mártires -más que en los primeros siglos-, que dan la propia vida por Cristo y son conducidos a la muerte por no negar a Jesucristo. Esta es nuestra Iglesia. **Hoy tenemos más mártires que en los primeros siglos...**

... ¡Cuántas personas pagan a caro precio el compromiso por la verdad! Cuántos hombres rectos prefieren ir a contracorriente, con tal de no negar la voz de la conciencia, la voz de la verdad. Personas rectas, que no tienen miedo de ir a contracorriente. Y nosotros, no debemos tener miedo. Entre vosotros hay muchos jóvenes. A vosotros jóvenes os digo: No tengáis miedo de ir a contracorriente, cuando nos quieren robar la esperanza, cuando nos proponen estos valores que están pervertidos, valores como el alimento en mal estado, y cuando el alimento está en mal estado, nos hace mal. Estos valores nos hacen mal. ¡Debemos ir a contracorriente! Y vosotros jóvenes, sois los primeros: Id a contracorriente y tened este orgullo de ir precisamente a contracorriente. ¡Adelante, sed valientes e id a contracorriente! ¡Y estad orgullosos de hacerlo!

Roma, 23 de junio de 2013

PARA LA MAYOR GLORIA DE DIOS

Antonio Requejo, de Madridejos

Antiguamente las partidas de bautismo no se ceñían a remitir una serie de datos (nombres, apellidos, fechas y localizaciones geográficas); eran, muchas veces, auténticas narraciones de los hechos acaecidos en torno al nacimiento de la nueva criatura. Así, en el libro X del archivo parroquial de Nuestra Señora del Azogue, de Puebla de Sanabria (Zamora) en

la diócesis de Astorga, don Norberto Rodríguez García, que ejerce de coadjutor, nos informa de que *“el 27 de abril de 1907, puse los Santos Oleos y suplí las demás ceremonias del bautismo a un niño, a quien por causa de necesidad había bautizado en debida forma María Gallego Rodríguez, vecina de esta vecindad. El niño nació a las once y media de la noche del 19 de abril de 1907. Le puse por nombre Antonio, José, Vicente, Expedito y es hijo legítimo del abogado don **Jesús Requejo San Román** y doña **Antonia San Román San Román**, naturales y vecinos de esta Villa ésta, y aquel del Pueblo de Castro de Sanabria”*.



Los padres de Antonio se casaron el año antes, el 5 de julio de 1906, en Puebla de Sanabria (Zamora); y el niño sería su única descendencia.

Don Jesús Requejo llega a Madridejos como propietario de la plaza de Registrador de la Propiedad en 1924. Para entonces; Antonio ya ha cumplido 17 años. Un testigo afirma que Antonio era *“un chico guapote, muy listo y muy bueno”*.

El recordatorio que por *“sus mártires”* hace doña Antonia San Román, tras finalizar la guerra en mayo de 1939, para los funerales en la parroquia natal de Puebla de Sanabria (Zamora) nos recuerda que su hijo Antonio tenía 29 años y que era licenciado en Derecho. Además de congregante de *“los Luises”*. La Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y san Luis Gonzaga, llamada familiarmente de *“los Luises”*, dependía de la Compañía de Jesús.

El 11 de mayo de 1931 Madrid vive la conocida quema de conventos por las turbas marxistas. Se comenzó incendiando la casa de los PP. Jesuitas en la calle de la Flor (los sacerdotes tuvieron que huir por los tejados ante las amenazas de muerte, insultos y golpes) y siguieron con el centro de enseñanza de Artes y Oficios de la calle de Areneros (dedicado a enseñar oficios a jóvenes humildes), el colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle), en la calle Bravo Murillo y otra escuela para niños de obreros; escuelas de salesianos y otros conventos y templos.

En el asalto a la casa profesa de los jesuitas de la calle de la Flor, se perdió en las llamas su biblioteca, que era considerada la segunda de España tras la Biblioteca Nacional, y que contaba con 80.000 volúmenes que incluían ediciones príncipe de Lope de Vega, Quevedo o Calderón. Ardió a las 13.00 h. la iglesia de Santa Teresa (plaza de España), y a las



LLAMADOS A LA SANTIDAD

media hora el Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI) de la calle de Alberto Aguilera, perdiéndose su biblioteca (20.000 volúmenes, también con obras únicas).

A principios del año siguiente, por decreto del 23 de enero de 1932, la Segunda República Española disuelve la Compañía de Jesús en España y se incauta de todos sus bienes. En ese momento había en España 2.987 jesuitas que atendían cuarenta residencias, ocho universidades y centros superiores, ventiún colegios de Segunda Enseñanza, tres colegios máximos -para la formación de sus miembros-, seis noviciados, dos observatorios astronómicos, cinco casas de ejercicios espirituales y 163 escuelas de Enseñanza Primaria o Profesional. Unos 6.800 alumnos en todo el país recibían la educación de la Compañía.

El joven Antonio Requejo era uno de los **900 “luises”** que forman parte de la Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y san Luis Gonzaga, conocida como Congregación Mariana Universitaria, y que tenía su sede en la calle Zorrilla. Como recoge el padre López Pego en su obra *La Congregación de “Los Luises” de Madrid* (Bilbao 1999), la actividad dirigida por las Padres en todos los campos (vida espiritual, formación, academias, deportes, actividades culturales...) era impresionante, convirtiendo a los jóvenes universitarios en auténticos apóstoles.



La residencia de los Padres de la calle Zorrilla fue incautada el 6 de febrero de 1932 por las autoridades republicanas. De modo que, al ser expulsados los jesuitas de la residencia de Zorrilla y también los congregantes de sus locales, por otro decreto especial, los congregantes tuvieron que adaptarse a una vida de clandestinidad, marcada por una pobreza de medios, en la que se siguió trabajando a pleno ritmo.

El 11 de mayo de 1931, don Jesús Requejo, pa-



dre de Antonio, publicaba un ensayo que lleva por título: *“De la Revolución española. Los Jesuitas”*, narrando lo acontecido y en defensa de la Compañía de Jesús.

En el primer semestre de 1936, ya licenciado en Derecho, el joven abogado Antonio Requejo se encuentra preparando las oposiciones a notario. La familia vivía a caballo entre Madrid y Madridejos (Toledo). El domicilio familiar de los Requejo estaba en el nº 103 de la madrileña calle de Hermosilla.

Tras las elecciones de febrero, don Jesús Requejo fue elegido diputado en las Cortes españolas por el partido de la Comunión Tradicionalista durante la Segunda República. Como ya informamos, su trabajo en las Cortes nos hace descubrir en sus intervenciones a un valiente defensor de la Iglesia y de los derechos del hombre, únicos motivos que le impulsaron a presentarse como candidato en aquellas últimas elecciones.

Doña María de la Osa, que junto a su madre estaba encargada del cuidado de la casa de la familia Requejo, recuerda perfectamente los sucesos de aquellos días:

“Cuando Antonio cogió las vacaciones, estaba preparando las oposiciones a notario en Madrid, llamó a sus padres para decirles que él se iba desde allí a Puebla de Sanabria y que luego se reunieran con él, pero el padre le dijo que no, que se viniese a Madridejos y así iban todos juntos en su coche. Pero la fatalidad quiso que estando aquí el hijo estallara la guerra, y ya no pudieron marchar ninguno”.

Tras llegar las fechas luctuosas de la guerra civil española, el 20 de julio de 1936, el siervo de Dios Prudencio Leblic Acevedo, párroco de Madridejos, fue detenido arbitrariamente por milicianos frentepopulistas, sin mediar juicio, auto de prisión ni justificación alguna, salvo la de ser sacerdote. Compartió la prisión con otros detenidos, con buen ánimo y reconvirtiéndolos hasta el último momento.

Finalmente, los últimos días del mes de julio, Antonio fue encarcelado junto a su padre. El ambiente estaba enrarecido, ya se oía que estaban encarcelando a la gente, que habían llegado a Madridejos milicianos de otros pueblos y una mañana se presentaron en casa de los Requejo, con fusiles y con relativa educación los invitaron a que los acompañasen a la



LLAMADOS A LA SANTIDAD

cárcel. Don Samuel Santa Olalla Moreno-Cid, que trabajó con don Jesús Requejo, asegura que invocó su inmunidad parlamentaria, pero no le sirvió de nada, tan sólo de mofa y desprecio. Sus enfrentamientos por defender a la Iglesia con Dolores Ibárruri, la famosa “Pasionaria”, le señalaban como víctima escogida.

La cárcel estaba instalada en el antiguo convento de los franciscanos, conocido en el pueblo como San Francisco. *“Nos dijeron que podíamos bajarles colchones y mantas, y así lo hicimos. Cuando llegamos con todo aquello, nos lo hicieron subir a una antigua cocina del edificio que sería la que ocupasen el tiempo que duró el encarcelamiento; y lo dejamos en el suelo”*. La testigo, su madre y la esposa de don Jesús Requejo acudían a la cárcel para atender a los presos, llevándoles el desayuno y la comida.

El 17 de agosto fue sacado de la prisión junto con otros once compañeros para ser fusilados en el paraje de La Matilla en Los Yébenes (Toledo). En aquel lugar cayeron un centenar de personas entre sacerdotes, religiosos y laicos. Don Prudencio pidió a sus verdugos ser el último para dar la absolución a sus compañeros de martirio; murió bendiciendo y perdonando a sus asesinos. Fue enterrado en el cementerio de Los Yébenes y, posteriormente, sus restos fueron trasladados a la iglesia de Madridejos donde reposan.



Palabras del beato Juan Pablo II al UNIV

Resistid a la tentación de la mediocridad

¡Queridos jóvenes! No os maraville todo esto: el misterio de la Cruz educa en un modo de ser y de obrar que no se ajusta al espíritu de este mundo. Por esto el Apóstol nos pone bien en guardia: *“Y no os amoldéis a este mundo, sino, por el contrario, transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto”* (Rm 12, 2).

Resistid, queridos jóvenes del UNIV, a la tentación de la mediocridad y del conformismo. Sólo así podréis hacer de la vida un don y un servicio a la humanidad; sólo de este modo contribuiréis a aliviar las heridas y los sufrimientos de tantos pobres y marginados como sigue habiendo en este mundo nuestro, tecnológicamente avanzado. Dejad, por tanto, que sea la Ley de Dios la que os oriente hoy en el estudio y mañana en la actividad profesional. Así resplandecerá *“vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos”* (Mt 5, 16).

Para que todo esto sea posible es necesario poner en primer lugar la oración, diálogo íntimo con Él, que os llama a ser sus discípulos. Sed chicos y chicas de actividad generosa, pero también, al mismo tiempo, de profunda contemplación del misterio de Dios. Haced de la Eucaristía el centro de vuestra jornada. En unión con el sacrificio de la Cruz, que en la Eucaristía se representa, ofreced el estudio y el trabajo para ser vosotros mismos *“víctimas espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo”* (1 Pt 2, 5).

Roma, 25 de marzo de 2002

AL SERVICIO DE LA SANTA MADRE IGLESIA

*Jesús Requejo,
de Madridejos*



Nació el 22 de febrero de 1880 en Castro de Sanabria (Zamora). De clase media, su padre era secretario del juzgado y su madre estaba dedicada al cuidado de sus cuatro hijos con unos recursos muy justos para vivir sobriamente. Jesús pasó sus primeros años en su pueblo natal donde aún guardan memoria de este gran hombre. Luego cursó Humanidades, Filosofía y varios años de Teología en los seminarios de Puebla de Sanabria y Astorga, obteniendo las máximas calificaciones en todas las disciplinas.

Llamado por Dios a tareas apostólicas por caminos seculares, abandonó los estudios eclesiásticos casi al final de los mismos. Cinco años después era bachiller, abogado por la Universidad de Valladolid, y doctor por la de Salamanca con la tesis *“El repudio en Roma”*, muy elogiada por el Tribunal. Anteriormente, siendo estudiante de Derecho Administrativo, sus profesores le encargaron un trabajo bajo el título de *“Estudio sociológico-administrativo del Municipio de Puebla de Sanabria”* que el claustro premió con su publicación.

El 5 de julio de 1906 se casó con Antonia San Román San Román en Puebla de Sanabria (Zamora). El 19 de abril de 1907 nacería su único hijo, Antonio Requejo San Román, que sería asesinado junto a su padre.

Registrador de la Propiedad, tomó posesión del Registro de Madridejos el 27 de junio de 1924. *«Desde esta fecha -escribe don Antonio de la Osa en un artículo- se consideró hijo de este pueblo, amándolo de corazón, interesándose por sus problemas e influyendo, con su recia personalidad, por la resolución de los mismos».*



En favor de la educación: el primer instituto de Madridejos.

Por sus influencias e instancias, favorecidas por las buenas disposiciones de las autoridades de entonces, se crea el **Instituto de Segunda Enseñanza “Garcilaso de la Vega”** (actualmente, colegio público “Garcilaso de la Vega”, ubicado en la plaza don Jesús Requejo). Junto al secretario del Ayuntamiento, don José María Vasallos, un hombre muy culto, consiguieron grandes cosas para Madridejos.

El diario “*El Castellano de Toledo*”, con fecha del 20 de octubre de 1928, hablaba así del Siervo de Dios: *«... Acogido por estruendosa ovación, se levanta a hablar el señor registrador de la propiedad don Jesús Requejo. No es posible recoger el amplio y luminoso discurso pronunciado por el cultísimo y honorable orador. Sus facultades extraordinarias y su firme voluntad se han puesto por completo a devoción de esta obra y en cada palabra vibran la expresión de su férvido entusiasmo y la complacencia del éxito. El discurso fue la nota saliente, extraordinaria, valiosísimo...».*

En favor de las vocaciones

Don Jesús, que se dedicaba a fomentar las vocaciones religiosas, animó a dos niños a que ingresaran en el Seminario Conciliar de Madrid. El primero era Antonio de la Osa, cuya madre servía en casa de los Requejo. Un año antes de la ordenación dejó los estudios. El otro

fue don Luis Sánchez de Tembleque, hijo de Patrocinio Sánchez de Tembleque, sustituto del Registro, el cual cantó misa en el año 1941.

Pero, sin duda, la historia más curiosa le relaciona con el famoso sacerdote y periodista **José Luis Martín Descalzo**. José Luis nació en Madridejos, el 27 de agosto de 1930, porque su padre era secretario del Juzgado de Madridejos; posteriormente fue destinado a Astorga. El sacerdote que le bautizó el 1 de septiembre fue el **siervo de Dios Prudencio Leblic Acevedo** (también mártir de esta Causa, que fue asesinado el 17 de agosto de 1936); sus padrinos fueron Jesús Requejo y Antonia San Román.

Cuando Martín Descalzo tenía 14 años escribe un poema desconocido, titulado *Gotita de agua*, que dedica a su madrina de bautismo doña Antonia San Román. En él recuerda que sus padrinos trajeron agua del río Jordán para usarla en su bautismo. La segunda parte la dedica al martirio de padre e hijo. En las dos últimas partes de la composición, de forma imaginaria, inventa una conversación en la que el mártir intercede por la vocación sacerdotal de José Luis.



Publicaciones y reconocimientos.

Aunque publicó varios artículos y monografías profesionales, como *“Importancia y efectos de la inscripción”*, *“El Derecho de la propiedad y el problema de la tierra”*..., **su mayor preocupación fue la solución de los problemas sociales a la luz del Evangelio y de las encíclicas de los Papas.**

A tal fin, con pluma clara, natural y precisa, escribió *“Los principios de ordenación al bien común”*, *“Panorama social”*, *“Reglamento de un Sindicato Comarcal”*, *“Por la independencia económica de la Iglesia”* y ***“Principios de Orientación Social”***, su obra más editada, en la que se exponen, con una documentadísima información, claros conceptos sobre la Iglesia y el Estado, los derechos individuales, el matrimonio y la educación, y otros muchos temas sociales cuya verdad empaña siempre una torpe y sofisticada demagogia.

Es precisamente en este libro donde podemos leer lo que dice el entonces obispo de Tarazona, **monseñor Isidro Gomá**, de don Jesús Requejo: *“... me honra mucho su ruego, y no he de dejar de corresponder a quien con tanto celo y desinterés trabaja por el bien de la Religión y de la patria...”* (4 de enero de 1993).

Tras esta carta dirigida al autor, aparecen **“dos palabras”** del insigne pedagogo **don Manuel Siurot**: *“Jesús Requejo ha escrito un libro sobre Orientaciones sociales... Requejo es un espíritu de combate, de lucha. Es un fervoroso enamorado de Jesucristo, que sabe iluminarse con bellísimas luces más bien que en los dulces remansos de la paz, en las estridencias vibrantes de la batalla...”*.

En sus libros ***Tierra Santa y Roma***, diario de su peregrinación a los Santos Lugares, y ***El Cardenal Segura***, documentada biografía del que fuera Primado de España, deja explotar su religiosidad profunda y su amor y veneración a la jerarquía eclesiástica. Con ***Tierra Santa y Roma*** decidió donar los beneficios a la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol. Conservamos un recorte de un número extraordinario de ***“El Castellano”*** con la foto de un seminarista africano llamado Bernardo Dodensa, al que se le ayudó con la beca fundada por don Jesús Requejo.



En el prólogo de su obra *De la revolución española. Los Jesuitas*, el futuro cardenal Ángel Herrera Oria dice del Siervo de Dios: «...Pertenece su autor al grupo de varones esforzados que luchan sin descanso por la defensa de la verdad y el triunfo de la justicia. La Acción Católica es una segunda profesión en el Señor Requejo, porque él no es de los que toman circunstancial o temporalmente parte en la enconada contienda religiosa de nuestro tiempo, sino un abnegado e inteligente luchador de todos los días».

Finalmente, sus “*Notas para un ensayo de reorganización de la Acción Católica*” dan a conocer su decidido y noble empeño de apóstol de Cristo.

Diputado en las cortes españolas

Fue meses antes de su muerte cuando el siervo de Dios Jesús Requejo fue elegido **diputado en las Cortes españolas** por el partido de la Comunión Tradicionalista durante la Segunda República. Su trabajo en las Cortes nos hace descubrir en sus intervenciones a un **valiente defensor de la Iglesia y de los derechos del hombre**, únicos motivos que le impulsaron a presentarse como candidato en aquellas últimas elecciones.

Con fecha del 24 de octubre de 2001 se nos remite la información que sobre el **diputado Jesús Requejo San Román** consta en el Fichero Histórico de Diputados (1810 – 1977). El *Archivo del Congreso de los Diputados* no tiene expedientes personales de los diputados, pero sí conserva la documentación generada por la institución en el desarrollo de su actividad. Y esto es lo que examinamos.

Tras solicitar una excedencia como registrador de la propiedad, don Jesús fue elegido por la circunscripción de Toledo para el trienio de 1936 a 1939. Las elecciones se celebraron el 16 de febrero de 1936.

La Postulación conserva las intervenciones del Siervo de Dios, y es en ellas donde claramente se comprueba la verdadera dimensión humana y espiritual de don Jesús. Fue elegido para las comisiones de Instrucción Pública, de Justicia y de Presupuestos. Pero, sin duda, la intervención más clara para nuestra Causa fue la intervención del 8 de julio de 1936, a diez días del comienzo de la guerra.

Tras solicitar la venia al señor presidente, don Diego Martínez Barrio (*Diario de las Sesiones de Cortes*, nº 58 página 1.978) comienza el Sr. Requejo su intervención:

*“... Se limita este ruego que voy a formular al ejercicio del culto católico. No traigo yo esta noche, Sres. Diputados, aires de fronda ni vengo aquí a acusar a nadie, **pues un corazón cristiano no debe latir sino a impulsos del perdón**, y del perdón para el enemigo precisamente, que es el amor en su tensión máxima.*

*... lo que yo traigo es un problema de libertad en su función más excelsa, en su expresión más elevada: **la libertad en sus relaciones con la Divinidad, la misma libertad en el ejercicio más sagrado de los derechos: el del culto debido a nuestro Dios y Creador**”.*

Luego, citando una batería de ejemplos, terminó mostrando una fotografía de una pared exterior de la iglesia de Santo Tomé en la ciudad de Toledo y del Cristo que desde hace más de dos siglos cuelga en la calle... *“en sus sagrados pies – dice – cuelgan carteles del Frente Popular. ...No quiero torturar más vuestra atención, pero sí quiero preguntar: ¿adónde vamos a parar? ¿Puede esto continuar ni un día más? ¿Es posible que haya quien no se dé cuenta de que con esos atentados, con esos atropellos y, sobre todo, con esas profanaciones y sacrilegios se está acelerando el proceso de disolución de la sociedad española?...*

...¿Es mucho -terminará diciendo don Jesús- que yo acuda a pedir que se respete a los españoles el ejercicio de sus derechos y también deberes de conciencia?

Martirio

A finales del mes de julio de 1936, don Jesús fue encarcelado junto a su hijo Antonio; su condición de diputado, que le debía proporcionar inmunidad parlamentaria, no le sirvió de nada. Sus enfrentamientos por defender a la Iglesia con *Dolores Ibárruri*, la famosa *Pasionaria*, le señalaban como víctima escogida. Según relata doña María de la Osa, fueron llevados al antiguo convento de los franciscanos, conocido en el pueblo como San Francisco. La testigo, su madre y la esposa de don Jesús Requejo acudían a la cárcel para atender a los presos, llevándoles el desayuno y la comida.

Finalmente, el día del fatal desenlace el carcelero le dijo a la esposa de don Jesús que preparase para esa noche unos “papeles” muy importantes (dinero) porque esa noche les iban a soltar. La realidad fue que el 17 de agosto padre e hijo, junto a otros vecinos de Madridejos (Toledo), fueron fusilados en *El Congosto*, junto al río Algodor, en el término de Los Yébenes (Toledo). Todos los testigos aseguran que el siervo de Dios Jesús Requejo San Román murió gritando “¡Viva Cristo Rey!”

Terminamos tomando las palabras de un artículo de don Antonio de la Osa: *«lo dicho aquí es muy suficiente para honrar la vida de don Jesús. No obstante, no se puede silenciar, porque constituyen los detalles más interesantes de su vida privada, la serenidad de su espíritu, su don de consejo, su caridad siempre abierta y siempre oculta, la amabilidad de su carácter, el dulce amor que profesaba a su esposa e hijo, que hacían de su hogar un remanso de felicidad, su constante presencia de Dios que informaba todos sus actos, su austeridad, su orden de vida y su gran capacidad de trabajo».*



De la “Christifideles laici” del beato Juan Pablo II

La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese **particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas**. De nuevo el apóstol nos amonesta diciendo: *“Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre”* (Col 3, 17). Refiriendo estas palabras del apóstol a los fieles laicos, el Concilio afirma categóricamente: *“Ni la atención de la familia, ni los otros deberes seculares deben ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida”*. A su vez los Padres sinodales han dicho: *“La unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, **deben santificarse en la vida profesional y social ordinaria**. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo”*.

Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye una componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad (nº 17).

“MIRA AL CIELO”

*Andrés Salgado,
de Orgaz*

Andrés nació en Orgaz (Toledo) el 27 de febrero de 1903. Hijo de Augusto Salgado, médico titular de esa villa, y de María Juana Ruiz-Tapiador. Al recibir las aguas bautismales, el 10 de marzo, recibió el nombre de Andrés Baldomero.

Estudió el bachillerato en el colegio de los PP. Escolapios de Getafe (Madrid). Hijo de padre médico, desde el principio, demostró su deseo de ser médico. Estudió en la Universidad Central de Ma-

drid. Terminados los estudios universitarios, ejerció durante un periodo de práctica, con un amigo de su padre en Sonseca (Toledo). Después pasó a ocupar su plaza definitiva en Orgaz. Durante el ejercicio de su profesión, se preparó para las oposiciones de médico forense. Oposiciones que sacó y cuyo nombramiento oficial llegaría a su domicilio después de su asesinato.





Se casó con Adelaida Ruiz-Tapiador Guadalupe el 17 de noviembre de 1928. Tuvo cinco hijos. La viuda escribió para una revista nacional el impresionante relato de las últimas horas de su esposo, que fue asesinado a los 33 años el 29 de agosto de 1936. Adela falleció el 23 de septiembre de 2003. Dejemos que sea ella misma quien nos narre todo lo sucedido.

«Andrés cayó gravemente enfermo y fue visitado por un compañero que le previno que su enfermedad era grave y que precisaba de una intervención quirúrgica... Mientras gestionaba por todos los medios posibles un salvoconducto para trasladarle a Madrid, por confidencias supimos el día señalado del asesinato; y no hay que decir la terrible impresión que nos causó y la dura prueba a que todos nos vimos sometidos... El hecho es que, cuando yo me disponía a decírselo, él me exigió que le dijera toda la verdad sobre su situación. Esto era a las seis de la tarde, y desde este momento ya no me separé de su lecho».

Dramático y sereno diálogo frente a la próxima muerte.

“-Adela, tú, serenidad, que yo me siento con valor para ir a la muerte. Tengo la conciencia tranquila que me da el deber cumplido... No, no me espanta la muerte, la miro frente a frente... y no me espanta...”

«Enseguida, con toda serenidad, me empezó a dar normas respecto a la educación de nuestros hijos. Me dio atinadísimos consejos, descendiendo a minuciosos detalles; y como resumiendo todo y poniendo en ello toda su alma, me dijo:

“-Adela, sobre todo, la educación de nuestros hijos; que los formes sólidamente cristianos”.

Haciéndome cargo de sus razones, y ante la perspectiva de tal responsabilidad, poseída de honda emoción, le repliqué:

“-¡Qué pena, Andrés, con lo inútil que soy yo... y ahora sola!”

Mas él, envolviéndome en una mirada dulce y confortadora, me dijo con autoridad:

“-No, hija, no estás sola: tienes a Dios y su Divina gracia, que no te faltarán nunca... Y yo desde el Cielo también velaré por ti”.

Hubo una pequeña pausa en que, abstraído de su situación, parecía que buscaba nuevas razones para alentar mi confianza en Dios, e interrumpiendo sus reflexiones me dijo:

“-Mira, sobre todo, confianza en Dios, que Él nunca te faltará (pausa). Cuando pase esta avalancha, llevas a estos dos mayorcitos al Colegio de Huérfanos de Médicos -se refería a los niños-, y así quedarás un poco más desahogada, quedándote con los tres pequeños”.

Me parecía ver a través de aquellas palabras, pronunciadas con toda entereza y serenidad, un profundo sentimiento de amargura paternal, al darse cuenta de la situación en que quedábamos. Y yo, por darle ánimos y despejar aquellas sombras, le dije:

“-No te preocupes por eso. Ya sabes que yo no tengo grandes exigencias, que nuestras necesidades son pocas; por tanto, con poco podemos vivir”.

A lo que él, repuesto y dibujándose en su rostro una inefable sonrisa en la que se reflejaba toda la paz de su alma, me replicó:

“-Sí, ya lo sé, hija: ¡Si te conozco!”

Y añadió:

*“-Mira, Adela, si alguna vez ves a los niños enfermos no pidas nada, déjalo todo en manos de Dios y descansa en su santísima Voluntad. Aunque Nuestro Señor permitiese que te faltasen todos y quedases completamente sola, no pidas nada. **Confía siempre en la Divina Providencia.** Graba en tu alma aquellas palabras del santo Evangelio: “No andéis afanados pensando en lo que habéis de comer y beber. Bien sabe nuestro Padre qué necesitamos. Por tanto, buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, y lo demás se os dará por añadidura”.*

Después de un breve silencio, me dijo de nuevo:

“-Mira, quiero que des a Dionisio las delanteras y mis botas de caza y que no le tomes cuentas de la cobranza, que le dejes todo... Adela, ¡qué dura es la vida!”

Después de un breve silencio, que sin duda aprovechó para confortarse interiormente, me dijo:

*“-Tú repite con mucha frecuencia: **“Sagrado Corazón de Jesús, cuanto sufra sea por tu amor”.***

Se hizo un momento de silencio que yo respeté, pues me parecía que hondas reflexiones embargaban su alma y, como queriendo confirmar mis sospechas, exclamó:

“-Adela, ¡con lo felices que éramos y sólo porque sí deshacer un hogar feliz!”

Pero al momento, como cambiado por un resorte y como quien desecha una pesadilla, me dijo con toda serenidad:

*“-Adela, tú sigue viviendo **con la mirada puesta siempre en Dios y en el Cielo, que allí volveremos a unirnos**”.*

Y con el semblante inundado de gozo y rebosado de alegría, decía como recreándose:

“-Y allí ya no habrá quien nos separe”. (Nueva pausa)

“-Ahora continuó, voy a pedirte una cosa antes de morir”.

“-Tú dirás”, le repliqué.

*“-Pues mira: **que les perdones de todo corazón, como yo les perdono**”.*

LLAMADOS A LA SANTIDAD

Yo, emocionada y conmovida por la grandeza de su alma, le dije:

“-Sí, Andrés, yo les perdono”.

Pero él, aunque tenía fe en mis palabras, volvió a insistir y ponía en sus palabras toda su alma:

“-Que lo hagas de todo corazón, como yo lo hago”.

“-Vete tranquilo, que yo les perdono de todo corazón”, fue mi respuesta.

Sin duda que esto era su obsesión. Y convencido de mi perdón, me trazó la norma que debía seguir:

“-Mira, Adela, aún quiero más: quiero que, aunque algún día tengas ocasión de hacer algo contra ellos, no lo hagas; antes al contrario, hazles todo el bien que puedas. Mira, hija, para que haya víctimas tiene que haber verdugos”.

Y como un hondo sentimiento de compasión que se le veía le salía del alma, añadió:

“-Después de todo, ¡desgraciado el que desempeñe ese papel!”

Tras un momento de silencio, que para él debió de ser de gran satisfacción, por la seguridad de mis palabras de perdón, fui yo quien rompió el silencio para decirle:

“-¡Andrés, qué remordimiento tan grande me va a quedar! ¿Por qué no te marcharías con papá y Manolo?” Y enseguida, con toda tranquilidad, me respondió:

“-No te atormentes con esto... No veas en esto más que los designios de la Providencia. Después de todo, ¿qué importa mi vida



con tal que España se salve y Cristo reine?” (pausa). “¡Quién sabe si será la mejor ocasión para morir...! ¿Qué sería que yo pudiera vivir veinte, treinta, cuarenta o más años? ¿Qué es esto comparado con la eternidad...? ¡Aquello no tendrá fin! ¡Que pasarán cien años, doscientos, millones y millones de años! ¡Que será todo como el primer día!”

Y recitaba pausadamente con toda unción esos versos tan conocidos:

*La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
porque al fin de la jornada
aquel que se salva sabe,
y el que no, no sabe nada.*

Y repetía desgranando cada una de las palabras que se veía le causaban íntima alegría: “*Aquel que se salva sabe, y el que no, no sabe nada*”.

Transcurrieron unos momentos y, puesto de rodillas y con los brazos en cruz, de la manera más natural exclamó:

“-¡Señor, te ofrezco mi vida por la salvación de España y por la salvación de estos desgraciados! ¡Señor, que se conviertan! ¡Señor, que vean! ¡Que te conozcan! ¡Que te amén!”

Después de breve pausa, le dije:

“-Andrés, ¿te remuerde la conciencia de alguna cosa, sobre todo, sientes remordimiento de haber hecho alguna confesión...?”

Pero antes que sus palabras, me contestó su mirada y todo su semblante, que reflejaba la paz de su alma. Y animándose, con santa alegría, me dijo:

“-No, hija, está tranquila. Por la misericordia de Dios no tengo nada de eso. Tú está tranquila. ¿No ves cómo estoy yo? Ahora ve al almanaque y mira los santos del día para encomendarme a ellos”.

Salí inmediatamente, y al volver dije:

“-Ayer era viernes; y hoy (eran más de las doce de la noche) Nuestra Señora Salud de los enfermos, Nuestra Señora de la Consolación y la Degollación de San Juan Bautista”. Y él, recalando las palabras, añadió:

“-Y sábado, Adela”.

Entonces le dije:

“-Hermoso día para ir al Cielo”.

“-Sí, es verdad, pero no merezco tanta dicha. Antes hemos de pasar el Purgatorio para purificarnos”.

“-Andrés”, le dije, “¿y qué mejor medio de purificación que la muerte que vas a tener...?” Y como no queriendo dar importancia a mis palabras, me replicó:

“-Yo confío en la misericordia de Dios y en nuestra Madre, la Santísima Virgen del Carmen”. Y besó el escapulario, que siempre había llevado con todo fervor y confianza.

Después de una breve pausa y repuesto de la emoción que el recuerdo de la Virgen del Carmen, que en él y en toda la familia era verdadera pasión, me dijo:

“-Mira, tenía ofrecido hacer una función al Santísimo Sacramento con la solemnidad que acostumbra a hacerse en Orgaz durante el Corpus y su Octava, si no ocurría nada; pero quiero que la celebréis, aun cuando a mí me maten”.

Despedida de sus cinco hijos

“Me dijo que comparecieran todos nuestros hijos; quería despedirse de ellos. Ya todos reunidos, empezó por la mayor, niña de siete años próxima a cumplir los ocho, y siguió por los otros cuatro, teniendo para todos y cada uno de ellos palabras de amor y consejos prudentísimos, que no he de transcribir por no alargar demasiado este escrito, concretándome a referir el resumen de lo que él mismo dijo a todos”.

“-Hijos míos: sed siempre, y ante todo, cristianos prácticos, sólidamente católicos y así seréis útiles a Dios y a la Patria. Ahora no os dais cuenta, sois muy pequeños, pero recordadlo siempre. ¡Cómo quisiera yo grabarlo en vuestro corazón, muy dentro, muy dentro, para que no se os borrara nunca!”

Y después, dirigiéndose a mí, añadió:

“-¡Adela, después recuérdales todo esto con frecuencia y hálales de su padre y díles que les amaba con toda su alma!”

Después fue bendiciendo a todos, uno por uno, y yo les hice

ponerse de rodillas. Y cuando los hubo bendecido a todos, y, todavía de rodillas, yo les indiqué que debían pedir perdón a papá, los que podían hacerlo lo hacían llorando, y llorando repetían:

“-Perdónanos, papá, si alguna vez hemos sido malos y te hemos dado disgustos.”

No se podía prolongar mucho esta escena que, si atormentaba el corazón de su padre, tenía para él inefable dulzura. Además quería yo proporcionarle también algún consuelo, que al mismo tiempo me consolara a mí; por eso fui yo quien le pidió perdón:

“-Quiero que ahora me perdones a mí si en alguna ocasión te disgusté o te hice sufrir. Desde luego que si así fue lo hice inconscientemente”. Y sin dejarme terminar dijo:

“-Levántate, hija. ¿De qué te voy a perdonar, si no has hecho más que hacerme feliz en todo momento?”

Las ansias del Cielo le consumían; por eso le parecía que tardaban demasiado en entrar por él y exclamaba:

“-¡Cuánto tardan!”

Y dirigiéndose a mi madre preguntó:

“-Mamá, ¿qué hora es?”

“-Las doce y media”, respondió ella.

“-Las doce y media y sin venir. ¡En qué pensarán estos hombres!”

Intervino mi madre para decirle:

“-Déjalo, hijo mío. ¿Quién sabe si algún buen corazón se com-padece y no vienen por ti?”

Más él replicó:

“-No, no será así...; sobre todo, si ha de ser mañana, que sea hoy. Sin duda pensando que era sábado”.

Inspirada extremaunción.

Siguieron unos minutos de silencio, para luego decirme:

“-Ya estoy, gracias a Dios, preparado para morir. Pero ya que no puedo recibir ningún Sacramento, ni tener ningún sacerdote a mi lado, vas a hacer ahora mismo lo siguiente: toma la pililla del agua bendita, moja tus dedos y úngeme con ella los ojos, la nariz, los oídos, las manos y los pies, para que el Señor me purifique y conforte. Ya sé que esto no es la Extremaunción, pero así como una Comunión Espiritual esto será una especie de Extremaunción Espiritual. Y Dios, que ve las intenciones, vendrá en mi socorro”.

Cumplí sus deseos con especial emoción y, al ir haciendo la aplicación del agua bendita a sus sentidos -sin duda, como yo fuera demasiado deprisa-, me decía:

“-Ve despacio, más despacio; quiero darme perfecta cuenta”.

Y repetía entre tanto y con toda pausa el ceremonial de la Extremaunción. Cuando hubimos terminado aquella emocionante escena, dijo:

“-Ahora voy a encomendarme a nuestro Glorioso Patriarca San José (de quien era devotísima su madre e inculcó esta devoción muy honda en el corazón de sus hijos) para que él interceda y me acompañe en los últimos momentos de mi vida”.

Era de un carácter verdaderamente entrañable, pero en donde concentraba siempre su cariño -se desbordaba de entusiasmo-, era con el niño pequeñín, que contaba a la sazón poco más de seis meses. Sabiendo esta pasión por Paquito, quise, antes de retirarle a descansar, que le besara por última vez. Y teniéndole en los brazos se lo acerqué...

“-Adela”, me dijo, “quiero que me digas lo que ha sido de toda la familia, quiero saberlo todo antes de morir”.

Llevaba enfermo algo más de un mes, y con este motivo nos había sido fácil ir ocultándole los tristes acontecimientos sucedidos en la familia. Viendo la serenidad y fortaleza de su alma, no dudé un momento y le di cuenta de todos los que habían muerto y, en cuanto pude, con los pocos detalles que yo sabía.

Hube de explicarle que el día 18 de agosto habían matado a su hermano Paco, quien por su bondad atraía el cariño de toda la familia.

Adivinaba yo que quería saber cómo había muerto y le dije cuanto sabía de él: que estuvo encerrado en la prisión con Santiago Fernández, sacerdote virtuosísimo y pariente muy querido de todos, con quien confesó; y que, como los demás, murió confesando a Cristo. Entonces él, elevando los ojos al Cielo, exclamó conmovido:

“-¡Pobre madre, qué lástima de madre! ¡Qué martirio y soledad te espera!”

Yo entonces me consideré en el deber de decirle:

“-Mira, mientras yo viva y ella quiera estar con nosotros, yo nunca la dejaré”.

“-Sí, ya lo sé. ¡Si te conozco!”, me respondió.

Los últimos momentos.

«Me preguntó entonces:

“-¿Qué hora es, Adela?”

“-La una”, le respondí.

Y él entonces me ordenó resuelto:

“-Anda, ve por mi ropa y calzado, que me voy a vestir”.

“-No, espera; tal vez viéndote en cama te dejen”.

“-No, hija, de ningún modo quiero vestirme delante de ellos. Ahora llévame a donde están mamá y Balbina. Quiero despedirme de ellas”.

Y al abrazarlas les dijo:

“-Adiós, hasta el Cielo.”

Ellas empezaron a llorar y, sin perder un punto su serenidad, les consoló:



“-No lloréis, muy pronto nos veremos en el Cielo...”

¿Inspiración de Dios? No lo sé. Lo que sí sé es que esto ocurría el 29 de agosto y el 16 de septiembre siguiente las asesinaban a las dos.

Después volvimos a donde estaban los niños. Y arrodillándose delante de un cuadro del Santísimo Cristo del Olvido, estuvo unos momentos en oración mientras en la calle se oía el ruido de un motor. Ya no cabía duda. Como ellos tenían la llave que nos había sido arrebatada, entraron sin llamar y subieron a la habitación donde nos encontrábamos unos hombres armados de pistolas y escopetas que le ordenaron que se fuera con ellos. Él obedeció sin replicar nada. Y sólo cuando bajaba la escalera, dirigiéndose al que hacía de jefe le dijo:

“-¿Me permite que vuelva a dar un beso a mis hijos?”

A lo que respondió:

“-No se despidan ustedes de sus hijos. Si usted no va a morir, si le llevamos para que le curen”.

Entonces él, volviéndose con mucha entereza, le dijo:

“-Si sé dónde me llevan, pero no me importa”.

Bajó por su pie serenamente hasta la calle, donde esperaba la camioneta, y ya en el dintel de la puerta me dijo abrazándose:

“-Adela, mira al Cielo, la Providencia mirará siempre por vosotros. Confía en Dios, que para ti y los niños no os faltará nunca. ¡Hasta el Cielo, Adela, hasta el Cielo!”

Yo llevaba en los brazos al niño pequeño, que tenía seis meses. Y besándolo le dijo:

“-Tú, hijito, no vas a conocer a tu padre”.

Y, tras un segundo de silencio, dijo:

“-En el Cielo le conocerás”.

Efectivamente, ya se han conocido... El niño moría tres años y medio más tarde, cuando contaba cuatro de edad.

Yo entonces le dije:

“-Andrés, vete tranquilo, que Dios nos dará la fortaleza necesaria. Y tú, ten valor hasta el fin, únete a Cristo, que Él te dará la fortaleza necesaria para morir confesándole”.

“¡Toma Cristo Rey!”

«Al subir a la camioneta vio a nueve amigos que como él iban al martirio. Lleno de fe dio un “¡Viva Cristo Rey!”, que fue unánimemente contestado por todos ellos; y dando vivas sin cesar a Cristo Rey -que en medio del silencio de la noche de verano se oían perfectamente por las calles por donde la camioneta pasaba-, se afirmaba de una manera más solemne su arraigada fe católica.

Por referencia de los mismos asesinos supimos que el que los capitaneaba, en el trayecto, les dijo así:

“-¡Pero este tío, que va medio muerto (como se encontraba enfermo) y todavía con Cristo en la boca...!”

Entonces Andrés, con gran energía, contestó:

“-Y con Él estaré mientras viva”.

Supimos también que cuando llegaron al sitio donde fueron asesinados, le ataron a un palo del telégrafo y uno de los asesinos le entró el cañón de la escopeta en la boca brutalmente. Y, al disparar el arma, dijo rabiosamente estas palabras:

“-¡Toma Cristo Rey!”

Blasfemas fueron estas palabras en la boca del miliciano, pero fueron el magnífico sello, el glorioso certificado del martirio de aquel tan ferviente católico, para mí tan querido y cada día más inolvidable.

Pude comprobar que el disparo fue hecho en la forma en que los asesinos lo refirieron, porque unos días antes de hacer la exhumación de los restos -en el cementerio de Mora de Toledo para hacer su traslado a Orgaz- me enteré que un periódico hacía el relato de la misma forma. Y, efectivamente, fue así porque, al recoger sus restos, vi que las mandíbulas estaban completamente deshechas. Todo esto sucedió en Mora de Toledo el 29 de agosto de 1936».

Del Catecismo de la Iglesia católica

Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, **sino al Reino de los cielos:**

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos **es el Reino de los cielos.**

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es **el Reino de los cielos.**

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos.

(Mt 5,3-12)

Porque Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle, y así ir al cielo. La bienaventuranza nos hace participar de la naturaleza divina (2P 1, 4) y de la Vida eterna (Jn 17, 3). Con ella, el hombre entra en la gloria de Cristo (Rm 8, 18) y en el gozo de la vida trinitaria (nº 1716 y 1721).

PIEDAD Y PUREZA

*Piedaíta Suárez de Figueroa,
de Villanueva de Alcardete*

Somos muchos los que, desde siempre, hemos unido el nombre de Piedaíta al de don Jaime Colomina. Somos muchos los que hemos podido saborear esa obrita suya, titulada ***Piedaíta, mártir de la Mancha***, que escribió hace ya más de treinta años. Son muchísimas las cartas de favores recogidas hablando de la intercesión de la joven mártir de la Mancha llegadas al Arzobispado o a su parroquia natal desde pueblos de alrededor o desde puntos tan distantes ¡del mundo! como Miami (E.E.U.U.). Son cuatro las diferentes ediciones de estampas impresas para la devoción privada con una oración que ya permitió imprimir el cardenal Pla y Deniel en 1962. Una breve



La sierva de Dios **María de la Piedad Suárez de Figueroa y Moya**, llamada popularmente **Piedaíta**, había nacido en Villanueva de Alcardete (Toledo) el 16 de febrero de 1909. Hija de don Juan Tomás, de raíces hidalgas, y de doña Aureliana, de familia humilde. Tenía un hermano, Amalio, tres años mayor que ella, el cual murió asesinado cruelmente días antes a su hermana. El padre de ambos murió cuando tan sólo ella contaba con tres años. Mientras que su hermano llegó a obtener dos carreras universitarias, Piedaíta solamente recibió formación primaria en la escuela pública de Villanueva, completando su formación religiosa en el hogar y en la parroquia.

Los testimonios cercanos a ella subrayan que en su adolescencia sobresalía su fe sencilla, fuerte, plenamente católica. Su piedad cristiana estaba centrada en tres grandes amores: Jesús Sacramentado, la Virgen y San José. Como prácticas diarias tenía la comunión, el rezo del rosario y la oración mental. Su caridad, en especial hacia los más necesitados, constituye un especial distintivo. Sobresale su sentido de justicia en las relaciones laborales y en el trato cortés con el personal de su casa, corrigiendo así costumbres abusivas contra ellos.

Destaca también su pureza, virtud emblemática de Piedad, vivida con exquisita elegancia y modestia: en este campo abundan testimonios, algunos dramáticos, que ensalzan su pureza heroica. Finalmente, sobresale en Piedaíta su inquietud apostólica al servicio de la parroquia y como **Hija de María**; fue **presidenta local** de esta asociación. La cumbre de su vida espiritual llegó marcada por el martirio.

Al estallar la contienda civil fue detenida por el Comité, tras ser requerida para entregar la bandera de las Hijas de María. Estuvo encarcelada 2 ó 3 días. Fue sometida a pequeñas torturas, después de las cuales la mandaron a casa.

Después fue detenido su hermano y su madre. Amelio fue descuartizado, echándole sal y vinagre en las heridas. Su madre regresaría a casa a finales de agosto. Durante este tiempo los milicianos intentaron en numerosas ocasiones abusar de Piedaíta. Con razón, la oración que aprobó el cardenal Pla rezaba en sus primeras frases: *“Dulcísimo Jesús, que encuentras especial descanso en las almas puras, y reconoces el cruel tormento que costó defender su pureza virginal a tu sierva María de la Piedad...”*.

LLAMADOS A LA SANTIDAD

En los últimos días del mes de agosto y primeros de septiembre, ofrecieron a la joven Piedadita un salvoconducto para marcharse a Madrid. Ya no habría tiempo de nada, según los testimonios. La noche del 5 de septiembre de 1936 sería detenida nuevamente y, esta vez, junto a su madre. Tras el coche en donde iban ambas, otro conducía a los principales cabecillas del Comité.

Piedadita fue brutalmente asesinada delante de su madre en la madrugada del 6 de septiembre de 1936. Todavía bajo el gobierno de la República, la Audiencia provincial de Cuenca instruyó un proceso contra sus asesinos. Como consecuencia de la lucha por el poder entre los partidos políticos del Frente Popular, previa campaña conjunta de



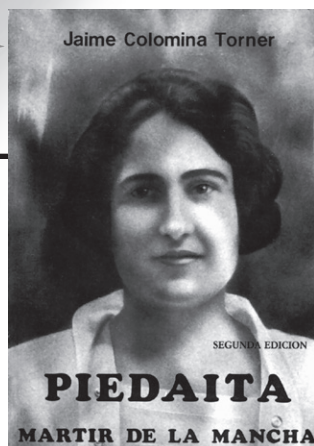
los periódicos *Castilla Libre*, *¡Alerta!* y *Frente Libertario*, los anarquistas de Cuenca lograron en 1937 que fuesen detenidos y juzgados los asesinos. Por ser los acusados miembros de los partidos en el poder, las cosas se hicieron con formalidad poco frecuente: hubo tribunal, jurado popular, juicio y sentencia.

La sentencia estuvo durante mucho tiempo perdida. Pero, dicen que, milagrosamente, en 1980 apareció el legajo auténtico de aquel proceso criminal. En el interrogatorio oficial, que además de sobrecogedor retrotrae en el tiempo a las persecuciones romanas de las mártires Lucía, Inés o Cecilia, consta que los asesinos violaron a la joven Piedaíta antes de rematarla, cuando estaba inconsciente y moribunda. Además, le cortaron uno de sus pechos. La felonía llegó a tal grado que incluso todos abusaron de ella incluso después de muerta.

Con acierto de hagiógrafo escribe el sacerdote que publicó el martirologio de la diócesis de Cuenca: *«En las actas del martirio de Santa Lucía se cuenta que el prefecto pagano dijo a la casta virgen y mártir: -“Mandaré que te lleven a un lupanar, para que te abandone el Espíritu Santo”. A lo cual respondió la virgen: “-Si mandas violarme contra mi voluntad, entonces se me doblará el mérito de la castidad para la corona”»*.

La sierva de Dios María de la Piedad es modelo y símbolo de la joven fuerte y piadosa, que cuida celosamente su vida de pureza. Desde hace casi 80 años, el lugar de su martirio es visitado frecuentemente por gentes de toda la comarca.

Del Catecismo de la Iglesia católica



La sexta bienaventuranza proclama: *“Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”* (Mt 5,8). Los “corazones limpios” designan a los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios:

- ✓ La caridad (cf *1 Tm* 4, 3-9; *2 Tm* 2, 22)
- ✓ La castidad o rectitud sexual (cf *1 Ts* 4, 7; *Col* 3, 5; *Ef* 4, 19)
- ✓ El amor de la verdad y la ortodoxia de la fe (cf *Tt* 1, 15; *1 Tm* 3-4; *2 Tm* 2, 23-26).

Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe:

Los fieles deben creer los artículos del Símbolo *“para que, creyendo, obedezcan a Dios; obedeciéndole, vivan bien; viviendo bien, purifiquen su corazón; y purificando su corazón, comprendan lo que creen”* (San Agustín, *De fide et Symbolo*, 10, 25).

A los *“limpios de corazón”* se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a Él (cf *1 Co* 13, 12, *1 Jn* 3, 2). La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver *según* Dios, recibir al otro como un “prójimo”; nos permite considerar el cuerpo humano, el nuestro y el del prójimo, como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina (nº 2518 y 2519).

PASIÓN POR SERVIR

*Alfredo van den-Brule,
de Toledo*



En 1986, cuando se cumplían los 50 años del asesinato del abogado Alfredo van den-Brule, sus familiares publicaron una esquela que resume mucho de lo que fue el Siervo de Dios: abogado de carrera, alcalde de Toledo durante trece meses, entre 1930-1931; letrado de la mitra primada, secretario relator del Tribunal Metropolitano, consejero y asesor del Banco de España, cofundador de la Confederación Católica Agraria...

Alfredo nació en Toledo el 30 de octubre de 1890. La partida de bautismo de la parroquia de Santo Tomé nos informa que recibió las aguas bautismales el 2 de noviembre. Sus padres se llamaban Adolfo van den-Brule y Saleta Cabrero Martínez. Adolfo era francés y Saleta era hija del embajador de España en la Santa Sede. Recibieron el sacramento del matrimonio de manos de S.S. León XIII. De la capital de Italia se trasladaron a vivir a Toledo. Dos años antes del nacimiento de nuestro protagonista, nació el primogénito, José.

Durante la larga investigación y las consultas realizadas por la Postulación sobre la vida de Alfredo van den-Brule, el periodista y escritor don Enrique Sánchez Lubián publicaba en el número 4 de la revista cultural “*Archivo Secreto*” el extenso e interesante artículo “*Van den-Brule, el Alcalde de la concordia (1930-1931): Toledo de la Monarquía a la República*”. También nuestros archivos diocesanos deberán dar luz sobre la vida social y política del personaje. En estas líneas

nos limitamos a tratar sobre su vida cristiana y martirio.

Siendo abogado, recién cumplidos los 25 años, fue elegido concejal del Ayuntamiento de Toledo por el distrito tercero. Fue el candidato más votado y se presentaba como independiente. Nombrado tercer regidor, será miembro de las comisiones de Policía de Seguridad, Orden y Sanidad, y de las de Beneficencia, Corrección e Instrucción Primaria.

El 8 de diciembre de 1819 contrae matrimonio en la parroquia toledana de Santa Leocadia con María de la Asunción Gómez de Llanera. Del matrimonio nacieron siete hijos: Inmaculada, Esperanza, Dolores, José, Pilar, Joaquín y María Salud.

Tras la renuncia al gobierno de la nación del general Primo de Rivera y el encargo de Alfonso XIII al general Berenguer, entre las muchas medidas dictadas, se procedió al nombramiento de nuevos alcaldes. Don Alfredo fue designado para ejercer como regidor de la ciudad de Toledo durante trece meses, desde el 8 de marzo de 1930. Eficaz en la gestión municipal, siguió viviendo su compromiso cristiano. En muchas ocasiones se ocupó de los indigentes y necesitados, solicitó a los comerciantes de la ciudad juguetes para repartir a los niños que se alimentaban en el comedor de caridad. Conservamos, por ejemplo, el bando del 19 de diciembre de 1930 que dice así:

Don Alfredo van den-Bru-le y Cabrero, Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de esta Ciudad, a los habitantes de la misma hago saber: Que la Excm. Corporación de mi Presidencia, atenta siempre a las necesidades en nuestra Ciudad, como bien lo tiene demostrado, ha acordado



*dar trabajo a los obreros de esta Capital a contar del lunes 22 del presente, en la cantidad y por el tiempo que sus disponibilidades lo permitan, **con el fin de que la noche en que conmemoramos la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo no falte en ningún hogar la cena precisa, por modesta que ésta sea, para evitar el dolor a honrados padres de no tener que satisfacer peticiones de pan hechas por sus hijitos... será proporcionado el referido trabajo... y el que lo acepte recibirá cinco pesetas como jornal...***

Sin embargo, el momento álgido en su vida social y política llega el 14 de abril de 1931 con el advenimiento de la II República. Previendo que los tiempos que se avecinaban serían turbulentos, con gesto sereno, desde un balcón del Ayuntamiento se dirigió a una multitud que le pedía que no renunciase a su cargo:



“-Soy católico y soy monárquico. Por lo tanto, no puedo seguir en este puesto bajo el nuevo régimen, pues yo creo que el actual orden de cosas no puede traer a España el bienestar que anhela; antes se me antoja que ha de ser de nefastas consecuencias”.

Palabras demasiado claras como para ser olvidadas a pesar del lustro que transcurrirá hasta su asesinato.

Los reconocimientos y elogios fueron unánimes el día de su despedida, pudiendo leerse en los periódicos: *“Activo, trabajador incansable, enamorado hasta el delirio del progreso moral y material de su amada ciudad, católico... como su santa madre y dispuesto al sacrificio de su salud y aún de su vida en bien de los ciudadanos...”*.

La significación católica de van den-Brule fue patente a los ojos de la sociedad toledana. El *Anuario Diocesano* de 1930 recuerda que trabajó estrechamente, desde el pontificado del cardenal Segura, con el Arzobispado, ejerciendo varios cargos: abogado consultor en la Curia Diocesana y secretario relator en el Tribunal Metropolitano; ejerce también como vocal en el Consejo Diocesano de administración.

Cuando estalla la Guerra Civil no cree necesario ni huir ni llevarse a los suyos, a pesar de que sus años de gobernante le han permitido conocer sobradamente las actitudes y corazones de los hombres. Desde la Alcaldía había favorecido especialmente a los más necesitados, siempre ayudando a todo el que se acerca a pedirle; no hizo nunca acepción de personas.

Otro autor que ha escrito sobre el que fue alcalde de Toledo, Juan M. Delafuente, afirma que *“no basta con decir que don Alfredo fue advertido por su cuñado -miembro del Consejo de Azaña- que se marchase a Francia, con sus parientes, como exculpando a la institución y dejando las atrocidades a los incontrolados y anarquistas. No, no me parece razonable, ni toda la verdad. ¿Qué iba hacer van den-Brule, con siete hijos pequeños, sin medios, hombre de honor, íntegro? Don Alfredo le respondió a su cuñado que no huiría porque él no había hecho mal a nadie”*.

Cuando estalla la guerra, se encuentra en su casa. Siguiendo el modo de proceder de las milicias marxistas, es detenido junto a su

hermano y llevado a la Cárcel Provincial, donde permanece hasta la tarde-noche del 22 de agosto.

Como recuerda Sánchez Lubián, «el 18 de julio de 1936, la familia van den-Brule se encontraba en su Cigarral de la Inmaculada, a los pies de la carretera de Piedrabuena. Unos días antes de comenzar el conflicto bélico, Joaquín Gómez de Llarena, cuñado de nuestro protagonista y miembro del Consejo de Azaña, les aconsejaba marcharse a Francia, aprovechando sus ascendentes familiares galos, pero Alfredo le respondía que él se quedaría en Toledo, donde todo el mundo le conocía y podría estar seguro, ya que jamás había hecho mal a nadie. ¡Qué ingenua temeridad! Poco después fue detenido y trasladado a la Prisión Provincial, ubicada en el antiguo Convento de Gilitos. A mediados de agosto, Joaquín confesó a su hermana que Azaña había

dicho que detuvieran a Alfredo y lo trasladasen a la cárcel de Toledo, donde estaría más seguro ante posibles ataques de grupos incontrolados».

Después de casi un mes pasado en la cárcel, tiene lugar la matanza del 22 al 23 de agosto. Un buen número de presos son conducidos al patio con el achaque de que los van a trasladar al penal de Ocaña. Maniatados de dos en dos, mientras don Alfredo está junto a su hermano José, los liberan inesperadamente.

Cuando los dos hermanos llegan al cigarral, toda la familia considera verdaderamente mila-



grosa su liberación. Mientras comentan lo sucedido, de repente escuchan enmudecidos las repetidas descargas sobre los que, por engaño, creían ser trasladados a Ocaña y están siendo asesinados; se hallan lo suficientemente cerca como para que se adivine la masacre que los marxistas acaban de perpetrar. En silencio, calibran la grave situación por la que han estado a punto de pasar y cómo la Divina Providencia les ha librado de muerte segura.

El sábado 29 de agosto es la fiesta de la degollación de San Juan Bautista, el mártir de la verdad. Son las 10:30 de la mañana y acaba de cesar el fuego sobre el Alcázar. Casi con el último estallido, a la par, comienzan a aporrear la puerta. Una docena de hombres de la F. A. I. se presentan enmascarados en el domicilio de don Alfredo van den-Brule y, sin más preámbulos, le ordenan que tiene que irse con ellos.

Adivinando lo crucial del momento y el resultado de aquella invitación, antes de salir cae ante un crucifijo y comienza a rezar el acto de contrición, para ofrecer al Señor el sacrificio de su vida. Después, acercándose a su esposa, le encarga que cuide de sus hijos y, de manera especial que siempre sean católicos y fervorosos. Como los enmascarados disimulan muy mal, hasta los más pequeños reconocen entre aquellos hombres a algunos de sus criados que a diario comen de su mesa. Viendo aquello, don Alfredo dice a todos: *“Tengo por el don máspreciado de cuantos Dios me ha concedido el de la fe. Yo os emplazo a reuniros conmigo en el Cielo donde por la Misericordia divina espero estar en breve. Y juradme que perdonaréis a mis asesinos como yo los perdono, y si un pedazo de pan os dejo lo compartiréis con ellos y con sus hijos”*.

Despidiéndose de sus hijos, se agacha para abrazarlos uno a uno: Inmaculada, Salud, Joaquín, Esperanza, Pilar, Dolores y José. Los pequeñines se arrojan a los pies de los verdugos para solicitar clemencia, pero estos los retiran a culatazos y, en medio de aquella dolorosa escena, salen para el lugar del suplicio.

A las seis de la tarde de un caluroso 29 de agosto de 1936 caía fusilado el Siervo de Dios en las inmediaciones del Monasterio de San Juan de los Reyes. Cinco años más tarde se pudo encontrar su cadáver en una fosa común de más de 30 personas porque se sabía que atada a la cintura del pantalón llevaba cosida una medalla de la Virgen del Recuerdo.

En la novela *Toledo 1936, ciudad mártir* evocábamos, con los



datos históricos que se conservan, la muerte de don Alfredo (cap.29, pág.224).

«Al llegar a la altura del Monasterio de San Juan de los Reyes, el Siervo de Dios oye cuchichear a los anarquistas. Y volviéndose a sus verdugos, les dice: - “¡Matadme de frente, cobardes, y dejadme morir mirando a mis hijos!” Era imposible alcanzar con la mirada a ninguno de los suyos, pero se imagina que siguen en el portón y, en silencio, vuelve a despedirse de ellos. Joaquín, con solo diez años, se apostó en uno de los balcones para poder contemplar en la lejanía a su padre. Cuando cargan los fusiles, don Alfredo se palpa el pantalón a la altura del bolsillo para agarrar una medalla que lleva cosida por dentro. Se trata de su medalla de congregante del Colegio de la Virgen del Recuerdo, en Madrid, de los PP. Jesuitas. El padre Julio Alarcón había compuesto, años antes de su llegada al Colegio, un poema de despedida que comenzaba:

*Dulcísimo recuerdo de mi vida,
bendice a los que vamos a partir...
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,
recibe Tú mi adiós de despedida,
y acuérdate de mí!*

Al contemplar a los anarquistas, a punto de disparar sobre él, cierra los ojos para contemplar y acariciar con su imaginación aquella preciosa imagen de la Virgen del Recuerdo con el Niño en su regazo, que, armado con una lanza, busca la cabeza de la serpiente para clavársela y librarnos de la muerte eterna. Entonces comienza a cantar, sin apenas salirle la voz de su garganta:

LLAMADOS
A LA SANTIDAD

Madre del Santo Recuerdo, que nunca podré olvidar...

*Hoy soy tu hijo, hoy yo te adoro,
hoy te prometo perenne fe...
Estrella salvadora es, Madre, tu semblante.
Miserio navegante, naufragaré sin Ti.
Aunque la mar del mundo con zozobran te quilla
surcare mi barquilla, acuérdate de mí...*

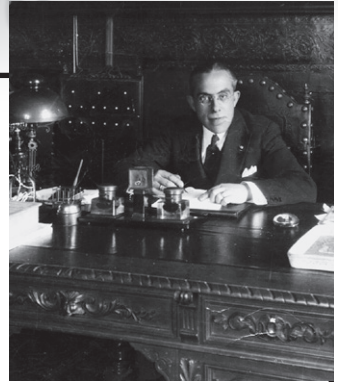
Con dificultad, los ejecutores, paralizados por la escena, intentan entender la letra de aquella canción, hasta que el “mandamás”, imponiéndose con un grito, repite:- “¡Apunten! ¡Fuego!” Sin más dilación, Don Alfredo cae muerto tras la intensa ráfaga de los sobrecojidos anarquistas... Desde el cielo, los ángeles continúan con el precioso himno comenzado por uno de los más preclaros alumnos y devotos hijos de la Virgen del Recuerdo.

*Madre del Santo Recuerdo,
que nunca podré olvidar...
Hoy soy tu hijo, hoy yo te adoro,
hoy te prometo perenne fe ...*

*Aunque avance rugiente la tormenta
y en mi mástil ya gima el huracán,
feliz con tu recuerdo soberano
desafío las olas de la mar.*

*Me arrollarán, quizás, entre su espuma.
Mas negar que me amaste y que te amé,
negar que fui tu hijo y que en tus brazos
se pasó como un sueño mi niñez,
eso nunca lo haré, Madre querida.
Eso nunca, nunca lo haré.
Eso nunca lo haré, Madre querida.
Eso nunca, nunca lo haré.*

*Sobre algunas cuestiones
relativas al compromiso y
la conducta de los
católicos en la vida política*



La fe en Jesucristo, que se ha definido a sí mismo “*camino, verdad y vida*” (Jn 14,6), exige a los cristianos el esfuerzo de entregarse con mayor diligencia en la construcción de una cultura que, inspirada en el Evangelio, reponga el patrimonio de valores y contenidos de la Tradición católica. La necesidad de presentar en términos culturales modernos el fruto de la herencia espiritual, intelectual y moral del catolicismo se presenta hoy con urgencia impostergable, para evitar además, entre otras cosas, una diáspora cultural de los católicos.

Por otra parte, el espesor cultural alcanzado y la madura experiencia de compromiso político que los católicos han sabido desarrollar en distintos países, especialmente en los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, no deben provocar complejo alguno de inferioridad frente a otras propuestas que la historia reciente ha demostrado débiles o radicalmente fallidas. Es insuficiente y reductivo pensar que el compromiso social de los católicos se deba limitar a una simple transformación de las estructuras, pues si en la base no hay una cultura capaz de acoger, justificar y proyectar las instancias que derivan de la fe y la moral, las transformaciones se apoyarán siempre sobre fundamentos frágiles (nº7).

Nota doctrinal de la **Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe**,
24 de noviembre de 2002

APÓSTOL DE LA DOCTRINA SOCIAL

*Emilio de Villa,
de Mora de Toledo*



Emilio de Villa Inguanzo nació en Santander el 17 de julio de 1892. Sus padres le enviaron junto con sus hermanos, Ramón y Julio, al internado de los P.P. Jesuitas en el colegio de San José, de Valladolid. Con los años llegará a formar parte de la Junta Directiva de la **Congregación Mariana** del colegio, donde también fue distinguido con la dignidad y cargo de cuestor de pobres, encargado de ayudar a los marginados y distribuir los fondos que se asignaban a tal fin.

En este colegio estudió y terminó el bachillerato y luego, al trasladarse su familia a Madrid, se matriculó en la Universidad Central, donde se licenció en Derecho. Empezó a preparar las oposiciones a notarías y, después de cumplir el servicio militar en el Regimiento nº 13 de Madrid, fue nombrado mediante oposición notario de Leiro (Colegio Notarial de la Coruña), siendo destinado posteriormente, mediante concurso, a Cogolludo (Colegio Notarial de Madrid) y, por último, en el año 1927, fue nombrado notario de Mora de Toledo.

En Mora instaló su vivienda y notaría en la calle Ancha, en una amplia casa alquilada de dos plantas, jardín, corrales y lagar, típica del pueblo.

La educación familiar recibida juntamente con la impartida en el colegio de San José fue la base de su actuación familiar y profesional en los años de vida.

Había contraído matrimonio en 1925 con doña María Luisa Elízaga Ojeda, de cuyo matrimonio nacieron seis hijos: el mayor de ellos nacido en 1927 y el último, en 1934.

Se hizo muy amigo del **beato Agrícola Rodríguez y García de los Huertos**, ecónomo y cura párroco de Mora, y de don Joaquín González de la Llana, coadjutor de la parroquia. Iban a dar conferencias en los pueblos de la provincia sobre la Doctrina Social de la Iglesia, especialmente la contenida en la *Rerum Novarum*, de León XIII.

Preocupado por los problemas existentes entre jornaleros y terratenientes, luchó por conseguir la resolución de los mismos y para ello constituyó una especie de comisión de arbitraje que, en los locales de la parroquia, trataba de resolver dichas diferencias. Trabajó sin descanso con los jóvenes de Acción Católica y hasta creó un equipo de fútbol, del cual fue su entrenador.

Aun cuando no pertenecía a ningún partido político, se le notaba cada vez más preocupado por las noticias que le llegaban. Hablaba a sus hijos de las injustas diferencias entre las clases sociales, de la propiedad privada, de que deberían ser más justos, de que todos los hombres son iguales y de cómo se debían preocupar por los demás.

Su esposa comentaba que una tarde, en su despacho de la notaría, estuvieron reunidos el cura párroco y ocho de los amigos del Siervo de Dios. Luego se fueron todos menos uno, que allí se quedó llorando. Don Agrícola les había confesado a todos y se fueron yendo, de dos en dos, a intentar impedir la quema de las iglesias del pueblo. Su esposa estaba muy orgullosa.

Don Emilio tuvo que ir él solo a defender el convento y colegio de las Teresianas de Ossó (bajo estas líneas). Estando en la calle, oyó unos pasos por detrás y, al volverse, vio a Isabe-



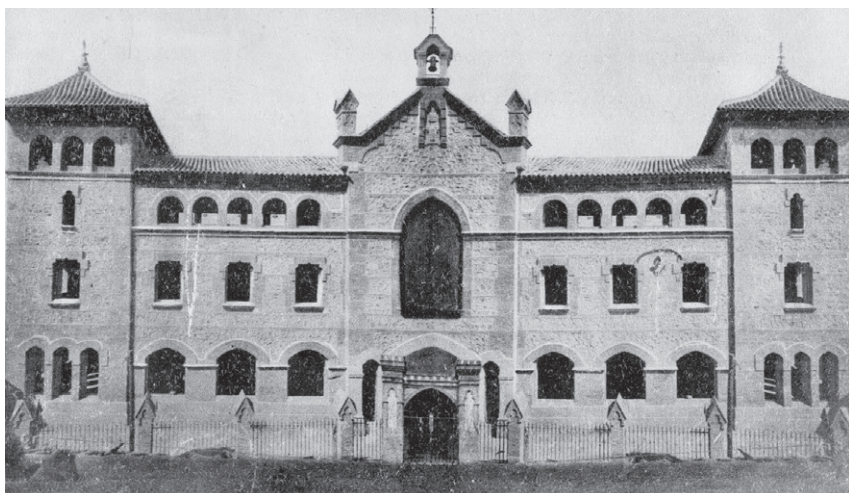
Don Agrícola y don Emilio fueron martirizados el 21 de julio de 1936. El párroco de Mora es el protomártir del clero toledano. Fue beatificado el 28 de octubre de 2007.

lo Villarrubia, botones de la notaría, un chaval de 15 años. Le mandó para su casa, pero el muchacho contestó:

“-Don Emilio, su cadáver ahí y el mío, aquí”.

Tanto D. Emilio como su esposa ponían siempre como ejemplo a Isabelo ante sus hijos. Los diferentes edificios religiosos no se quemaron.

A los pocos días, un numeroso grupo de gente cantando la *Internacional*, iba detrás de un ataúd blanco y con una niña dentro, muer-



ta, vestida de blanco y con el puño derecho levantado. Al pasar delante de casa, colocaron el ataúd de forma que se viese la cara de la niña. Sus hijos siempre quedaron impresionados por el recuerdo de esta escena. Don Emilio hizo a sus hijos rezar por la niña. Era la hija del jefe del partido comunista.

Su hermano Julio llamó a don Emilio desde Madrid para indicarle que cogiese a su familia y se fueran a Portugal, pero él dijo que no podía abandonar el Protocolo de la Notaría, y se quedaron.

El 21 de julio se levantó muy temprano y despertó a toda su fa-

milia, mandando llevar a los niños al lagar con la niñera y con la orden de no salir de allí. Su hijo mayor no hizo caso y, en cuanto pudo, se fue a escondidas a una galería acristalada que daba al jardín y allí, escondido detrás de un sillón, veía a su padre paseando, con la cara muy seria y rezando el rosario. Su madre estaba en el piso de arriba. Cuando terminó de rezar el rosario, sacó del bolsillo el librito de oraciones dedicado a la Virgen y se puso a leerlo, caminando muy serio y despacio.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta de la casa. Era una grande y fuerte puerta de madera. La golpeaban con objetos duros. Se escuchaban gritos y amenazas. Don Emilio se persignó y fue a abrir la puerta. Entraron en tropel muchas personas, apuntándole con sus armas. Con voz muy fuerte ordenó:

“-¡Aquí, no!”.

Su esposa bajaba por la escalera. Él se acercó y le dio un beso. Le dijo:

“-Tengo que ir al Ayuntamiento”.

Salió a la calle y, detrás, varias de aquellas personas muy excitadas. Finalmente se oyeron varios tiros. Don Emilio había obtenido la gracia del martirio por defender hasta el final su fe y manifestarse públicamente como verdadero cristiano.

Los milicianos que se quedaron subieron con doña María Luisa al piso de arriba y se les oía gritar y abrir armarios y cajones, desvalijando todo cuanto se encontraban.

Por la puerta de la calle, que continuaba abierta, apareció Dionisio Martín Tesorero, juez de Mora, que cogió a los seis niños y a su madre y los llevó a su casa, cuidando mirasen hacia aquélla y no a la derecha, donde yacía don Emilio en el suelo.

Al poco tiempo llamaron a la puerta de la casa del Juez preguntando por *“María Luisa”*. Era el sepulturero del pueblo. Al salir ella, le entregó una alianza y un escapulario diciendo:

“-Esto era de su marido”.

La mujer se desvaneció, cayendo al suelo. La recogieron y llamó a Madrid, a sus hermanos, Julio y María Josefa. Vinieron en tren a buscarlos y los llevaron a su casa de Madrid. En dicha casa también se refugió don Joaquín (el coadjutor de la parroquia de Mora de Toledo) y dos monjas del convento de las Salesas, una de ellas hermana de don Emilio. El convento fue convertido en una famosa y terrible checa. Don Joaquín estaba disfrazado de carpintero y las dos monjas, de sirvientas. Don Joaquín daba clase a los niños y celebraba misa en casa siempre que podía.

Cuando terminó la guerra, tuvo que ir doña María Luisa a Mora, acompañada por su cuñado Julio, a reconocer el cadáver de don Emilio y a declarar en el Juzgado sobre su asesinato. No quiso declarar en contra de nadie y dijo que perdonaba a todos los culpables. Sabía quiénes habían intervenido y quiénes les habían mandado, pero nunca acusó a nadie. Siempre pedía a sus hijos que perdonasen a los que habían asesinado a su padre. El cadáver de don Emilio fue trasladado posteriormente a una capilla de la iglesia de Mora de Toledo.



Del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia

La **doctrina social** es un punto de referencia indispensable para una formación cristiana completa. La insistencia del Magisterio en proponer tal doctrina como fuente inspiradora del apostolado y de la acción social nace de la persuasión de que ella constituye un extraordinario recurso formativo: ***“es absolutamente indispensable -sobre todo para los fieles laicos comprometidos de diversos modos en el campo social y político- un conocimiento más exacto de la doctrina social de la Iglesia”*** (Beato Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, nº 60). Tal patrimonio doctrinal no está adecuadamente enseñado y conocido: también por esta razón no se traduce oportunamente en los comportamientos concretos.

...Es necesario **procurar una presentación integral del Magisterio social**, en su historia, en sus contenidos y en sus metodologías. Una lectura directa de las encíclicas sociales, realizada en el contexto eclesial, enriquece su recepción y su aplicación, gracias a la aportación de las diversas competencias y conocimientos profesionales presentes en la comunidad (nº 528-529).

Pontificio Consejo **“Justicia y Paz”**,
en 2004.

ÚLTIMO CAPÍTULO

En Orgaz

Hermano del siervo de Dios Andrés Salgado Ruiz-Tapiador, Francisco había nacido en Orgaz, en 1909. Cuando sucedieron los hechos luctuosos del año 36, era estudiante de medicina. Tras los primeros asesinatos optó por no salir; sin embargo, el 17 de agosto se presentaron seis milicianos preguntando por él para llevárselo a las consabidas declaraciones. El joven estudiante se escapó por el tejado a la casa contigua... le hicieron saber que los milicianos matarían a su hermano Andrés (lo que harían después) si no se entregaba. Francisco, con ánimo entero y decidido, salió a buscarles no sin antes despedirse de los suyos.



Al abrazarse a su madre, ésta le dijo:

“-Hijo mío, ofrece tu vida a la Santísima Virgen del Carmen”.

A lo que contestó con indecible fervor:

“-Mamá, hace ya muchos días que se la tengo ofrecida”.

Salió en dirección a la cárcel presentándose voluntario y diciéndoles:

“-Aquí me tenéis”.

La respuesta fue meterle en un calabozo donde ya tenían detenidos a dos señores ancianos y varios jóvenes amigos suyos, entre ellos

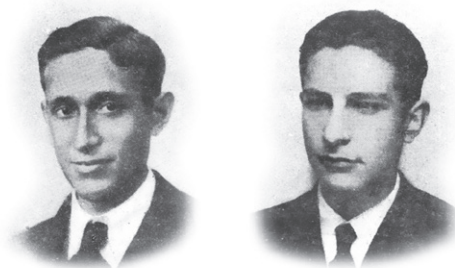
a un sacerdote que les absolvió a todos antes de salir para el martirio, que tuvo lugar en Mazarambroz (Toledo) aquella misma noche. Era el 18 de agosto de 1938. Obligados a dar vivas al comunismo, Francisco murió gritando “¡Viva Cristo Rey!”

En Toledo

Como ya hemos señalado en uno de los capítulos, la única publicación que existe sobre el tema de los ***seglares mártires*** durante la persecución religiosa de los años treinta, fue el trabajo del insigne periodista don **Luis Moreno Nieto** que apareció con el título: ***Los mártires seglares de 1936 en Toledo***. Pero su obra se ciñe únicamente a lo acontecido en la Ciudad Imperial. Estos son algunos de los personajes y de los episodios.

Enrique y Francisco López González

Enrique tenía diecinueve años y ya era abogado; pertenecía a la directiva de la Juventud de Acción Católica y, además, era propagandista del Consejo Diocesano de la Asociación de los Jóvenes de Acción Católica. Por su parte, Francisco, tenía veintitrés años y era perito agrícola; también pertenecía a la Acción Católica.



Francisco y Enrique

El 22 de julio de 1936, una partida de milicianos se presentó en el número 14 de la calle de la Sillería, donde estaba instalada la emisora local “*Radio Toledo*”. Mandaron bajar al patio a todos los hombres que hubiera en la casa, entre ellos, los dos hermanos.

“-¿*Quiénes son los dueños de la casa?*”, preguntaron

“-*Nosotros*”, contestó Enrique decididamente, “*¿qué ocurre?*”

La respuesta fue una descarga cerrada sobre ambos. En seguida, bajó su madre, doña Isidra González, con sus otros hijos menores y quiso abrazarse a sus cuerpos agonizantes que yacían en el patio; sin embargo, los milicianos se lo impidieron y mientras a ella y a los pequeños los encañonaban con los fusiles, arrastraron brutalmente los cadáveres hasta la calle.

Mariano Gálvez y sus hijos, Mariano y Luis

A las dos de la madrugada del 25 de julio de 1936, en la casa de la familia Martín-Cleto, en los números 7 y 8 de la plaza de Zocodover, situada muy cerca del Alcázar, por efecto quizá de la onda explosiva de una granada, murió la hija más pequeña.

Al día siguiente, don Mariano Gálvez Pérez (que había nacido el 12 de diciembre de 1881 y que siendo agente de negocios, trabajaba como empleado de la Diputación Provincial) salió a buscar un féretro y a solicitar permiso del Ayuntamiento para enterrar a la niña. Al salir le esperaban en la plaza un grupo de milicianos que se le echaron encima diciéndole:

“-*Quedas detenido por orden del partido comunista*”.

Les contó la situación en que se encontraba:

“-*Déjádme enterrar a mi hija y después hacedme lo que queráis*”.

“-*¡Estas cosas se hacen en caliente! ¿Qué más te da? ¿No crees tú en eso de la Gloria? Pues allí la verás...*” No volvió a ver a su familia que le esperaba con todo dispuesto para el traslado del cadáver. A las doce de la mañana le fusilaron en las cercanías del cerro de la Virgen de Gracia de Toledo.

Mientras tanto, unos milicianos entraron en su casa con el objeto de registrar y levantar unos parapetos en los balcones del piso su-

Mariano y Luis



perior para tirar a los del Alcázar. En la casa estaban los dos hijos mayores: **Mariano** (que había nacido el 18 de julio de 1913, era presidente de la Juventud Tradicionalista de Toledo y **secretario de la Juventud**

de la Acción Católica) y **Luis** (que había nacido el 3 de febrero de 1915, trabajaba como dependiente de comercio y era **propagandista de la Juventud de Acción Católica**). Al verlos, quisieron llevárselos, pero la madre que estaba enferma, con lágrimas en los ojos, condujo a los milicianos hasta el rincón de una habitación interior donde yacía el cuerpo de su hija. Pudo más en aquella ocasión la impresión que les causó aquel cuadro de dolor intenso y se ofrecieron ellos mismos a llevar el cadáver de la joven hasta la clínica del doctor Arroba, cosa que efectivamente cumplieron. Antes de marcharse, conminaron a los dos hermanos de la siguiente manera:

“-Lo mejor que podéis hacer si queréis librar “la pelleja” es presentaros a las tropas leales y luchar con nosotros”.

Un apunte: en el libro-registro del cementerio de Nuestra Señora del Sagrario, que se conserva en el Ayuntamiento de Toledo, podemos leer en el último cadáver que entró el 26 de julio de 1936: **“Hija de Mariano Gálvez (M^a Luisa Gálvez). 17 años. Asistolia”**. La asistolia se define en medicina como la ausencia completa de actividad eléctrica en el miocardio.

Su madre, ahogada por la pena por un lado, impresionada por otro ante la posibilidad de que sus hijos fueran arrastrados a luchar contra el Alcázar tras de cuyos muros se encontraba su otro hijo Emilio, sufrió un fuerte colapso. Mariano salió entonces en busca de socorro y Luis, en busca de su padre que no volvía. Mariano regresó en seguida con un coche en el que marcharon camino del Puente de San Martín. Allí le hicieron bajar sin hacer caso de las súplicas de su madre, ya vuel-

ta en sí, y lo llevaron hacia la Puerta del Cambrón. Cerca del Salobre se encontró con Luis, que seguía la pista de su padre, fusilado en aquella mañana.

“-No te preocupes, hermano, mamá está bien”, le dijo al tiempo que se abrazaban fuertemente.

En aquel instante, los dos hermanos, unidos y con los brazos entrelazados, en íntima comunicación de espíritus y anhelos, ofrecían un solo blanco que rápidamente aprovecharon los milicianos para descargar sus fusiles. A unos metros de la cuneta de la carretera, cerca de la fuente, cayeron juntos para siempre en un eterno abrazo de amor.

Mariano Abel de la Cruz

En el tintero de nuestro libro quedan bastantes historias, como la de **Mariano Abel de la Cruz y Díaz-Delgado**, que fue uno de los promotores de la **Mutualidad “Soliss”** de accidentes de trabajo, que tanto socorro mutuo y tanta ayuda había facilitado a los operarios y empleados de Toledo. Fue arrestado junto al siervo de Dios Benito Abel de la Cruz, sacerdote de la Catedral con el cargo de Vara de plata, que hacía de supervisor de todos los empleados seculares de la Catedral. También era profesor del Seminario. El 27 de julio de 1936 se produjo la detención y se llevaron a los dos hermanos, a quienes golpes separaron de su madre. Con Mariano se llevaban a un protector social. Al salir, don Benito se despidió de su anciana madre con estas palabras:



“-Madre, no se apure usted; nos van a matar, pero vamos al cielo. ¡Qué a gusto vamos a estar allí!”.

Los condujeron por el paseo de San Cristóbal, donde comenzó un macabro escarnio contra los dos hermanos, quienes, al final, y tras una deliberada crueldad por parte de sus ejecutores, fueron asesinados simultáneamente en el paseo del Tránsito.

Osmundo Sanchís Sanchís

31 de julio, cuatro de la tarde. A esta hora los milicianos llaman a la puerta del siervo de Dios Juan Carrillo de los Silos, capellán de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo. Su hermana abre y ve dos hombres demasiado conocidos en su casa. Sí, recordaba bien que su hermano le había pagado el entierro al padre de uno de ellos y la dote a su hermana para que se casara; y que el otro llevaba siete años trabajando en su casa. Le dijeron:

“-Eloísa, podremos pasar a tu casa a buscar a tu hermano, porque siempre nos hemos tratado con mucha franqueza”.

“-¿Para qué le queréis si no está?”

En ese momento don Juan sale de su habitación y dice a los milicianos:

“-¿A quién buscáis? ¿A mí? ¡Aquí me tenéis!”

“-Vente con nosotros”, le dicen, para prestar declaración; pero vístete, que de cura no te queremos; de paisano, ¿eh?”.

Don Juan no tiene traje de paisano y se pone uno de su cuñado. **Osmundo Sanchís Sanchís**, esposo de Eloísa, era natural de Monoba (Albacete). Trabajó como factor telegrafista, y era oficial del Catastro de Riquezas Rústicas de Toledo y luego como maestro aparejador de Monumentos Nacionales de la capital. Osmundo presenció la detención de su cuñado y cómo su esposa tuvo que adaptarle uno de sus trajes para ir así a la muerte.

Así pues, su hermana se lo arregla un poco y le pone unos imperdibles que no acierta a prender; él lo advierte y le dice:

“-Pero hermana, cómo rehílas; tranquilízate. ¡Quién te iba a decir que me amortajarías en vida!”

Va sacando de los bolsillos lo que lleva encima, a la vez que le dice a su hermana:





LLAMADOS A LA SANTIDAD

“-Sé buena; te pido por favor que los perdones, no los mires mal; si algo te queda, repártelo con sus hijos”.

¡Cuánta ternura había en sus palabras! Mientras termina, coge una virgencita de Lourdes y la besa. Eloísa, llorando, se arrodilla ante los milicianos y les dice:

“-¡Déjenme a mi hermano!, ¡Déjenme a mi hermano!; yo les daré cuanto quieran, cuanto tengo”.

Don Juan, mientras la incorpora, le dice:

“-Hija, deja, si lo que quieren son los cuerpos, son los cuerpos”.

Abrazándolos se despide de ellos y baja la escalera, con las manos juntas, mientras ora. Con grosería inconcebible un miliciano le da un golpe para separárselas, a la vez que le dice:

“-¡Anda, tira pa'lante!”

En la calle le esperan otros siete con innegables muestras de placer. Uno de ellos le espeta:

“-¡Anda, guapo, que ya llegó la hora que cayeras en nuestras manos!”

En la esquina de Chapinería, mirando hacia la capilla del Sagrario, se despide de su patrona la Morenita, Nuestra Señora del Sagrario, santiguándose. También esto incomoda a sus captores, que le propinan un fuerte golpe con el fusil y le llenan de injurias. A las cinco de la tarde, en el paseo del Tránsito, su cuerpo cae acribillado a balazos. Lo fusilan junto al cadáver de don Ricardo Plá, que desde ayer está tendido en el suelo. Qué pensamientos inspira antes de morir la presencia de aquel cuerpo sacerdotal: junto a un joven sacerdote mártir, ahora él también se entrega. Acribillado por las balas de los milicianos, cae muerto en el acto. Luego profanan el cuerpo de don Juan poniéndole un cigarro en la boca, ¡él, que no había fumado nunca!

Tras el asesinato, regresaron los asesinos para desvalijar la casa. Al día siguiente, 1 de agosto, se cumpliría la profecía que don Juan había hecho meses:

“-Los demás moriremos y te quedarás sola.”

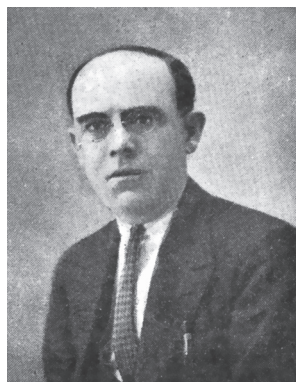
Los milicianos regresaron para detener a Osmundo. Sólo tuvo tiempo de decirle a su esposa, deshecha de dolor:

“-Has de ser fuerte. Cuando Dios escribe, aunque nos parezca que los renglones son torcidos, siempre están derechos. ¡Hasta la eternidad!”

Como su cuñado, fue acribillado a balazos en el paseo del Tránsito de Toledo.

Julio Quijada Ares y Mariano Quijada Mendo

Padre e hijo, sacrificados el 13 de agosto de 1936. La vida de don Julio fue un continuo batallar en defensa de la clase obrera a la que amaba entrañablemente: concejal del Ayuntamiento, **presidente del Sindicato Católico de Obreros**, consejero de la Caja Regional de Previsión Social y **gerente de la Editorial Católica Toledana**, a la que dio un impulso extraordinario. Apresado en compañía de su hijo Mariano, de 17 años, **vocal de piedad de la Juventud de Acción Católica**, en la Bajada del Pozo Amargo, les llevaron en seguida al Tránsito. Compadecida una mujer de la fatiga que mostraba el padre, se acercó con un vaso de agua; un brutal culatazo lo impidió. Murieron abrazados, al pie de la escalerilla, gritando: “-¡Arriba España! ¡Viva Cristo Rey!”



Julio Quijada

Modesto Vera Fernández

También se refiere la historia de don **Modesto Vera Fernández**. Era el maestro carpintero de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo. Fue detenido el 16 de agosto en su domicilio de la plaza de los Carmelitas Descalzos. Conducido a los cercanos Cobertizos de Santa Clara, fue asesinado momentos después. Fue organizador de una sociedad patronal de seguros, por los que se ganó la animadversión de los sindicatos marxistas.



José Aguilera Gil

Es el joven e inteligente administrador del diario local *“El Castellano”*.

Tras estallar la persecución religiosa en los primeros días del mes de julio, estamos en el día 24. Como si se tratase de un plan trazado, cronometrado, las muertes martiriales van sucediéndose. En la plaza del Porche de Santo Domingo, se apostea un grupo de marxistas esperando la llegada de **don Bonifacio Aguilera Gil**, que vive allí con su hermano José. Todo el mundo lo conoce, pues es el organista de la catedral de Toledo. Incluso entre los milicianos. Dos de ellos se atreven a ponderar el buen hacer del “cura” con el órgano catedralicio. De repente, se oye un portón cerrarse y alguien que se aproxima. Don Bonifacio, además de la música, tiene a su cargo la capellanía de las monjas Comendadoras, que todavía no hace el año que se trasladaron a la calle del Cobertizo de Santo Domingo. Y de allí viene, de repartirles la Comunión.

Mandan bajar a su hermano y los dos son conducidos a la Diputación Provincial, a unos locales que se han habilitado como cárcel. Pero en cuanto llegan a las puertas del edificio, José fue obligado a presenciar el asesinato de su hermano. A él le obligaron ingresar en la cárcel.

Entre las 72 tristes jornadas de enfrentamiento que se vivieron en la ciudad de Toledo, hay una que culminó con caracteres de pesadilla. El día 22 de agosto, unos aviones del ejército republicano que bom-

bardeaban el Alcázar erraron en su puntería matando a varios soldados de su propio ejército. Los milicianos pensaron en rehacerse sacrificando a los detenidos. Es cierto que los perseguidores, al fusilar en la madrugada del 23 de agosto a 80 personas, gran parte de ellas sacerdotes, religiosos y miembros de asociaciones católicas, actuaron por venganza. El crimen se cometió en la Puerta del Cambrón, en la conocida Fuente del Salobre. Entre ellos figura el beato José Polo Benito, beatificado en 2007 y la comunidad de los Hermanos Maristas, beatificados en Tarragona, en 2013.

Mariano Sánchez Fernández

Era maestro jubilado de la Fábrica de Armas. Su vida había sido exclusivamente dedicada al trabajo y, dadas sus magníficas dotes personales, nadie hubiera podido sospechar que tuviera enemigos capaces de atentar contra su vida. Su ferviente catolicismo fue la causa de una persecución que finalizó en el martirio. También fue asesinado en la madrugada del 23 de agosto.

Juan José Fajardo Salazar

Propulsor infatigable del **Sindicato de Obreros Católicos de San José**, su dedicada actuación en la Fábrica de Armas, como propagandista de la Acción Social Católica, le valió el odio de los marxistas que lo asesinaron el 25 de agosto de 1936. Varios milicianos armados le detuvieron en su domicilio, llevándose también a su señora. Acusado de estar comprometido en el Movimiento, fue condenado a muerte, tras una parodia de juicio en el cuartel de Sediles. Su esposa salvó milagrosamente la vida, pero fue despojada de cuanto poseía.



Benito Florentino Garrido García

Benito era un obrero electricista de la Fábrica Nacional de Armas. Fue **presidente del Sindicato católico de San José**. Esta Asociación se había opuesto siempre, abiertamente, a las concepciones marxistas, por lo que, al triunfar el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, fue despedido de su trabajo en la Fábrica Nacional de Armas, por ser amigo de la Iglesia. Se recluyó en su casa. Al tomar Toledo las fuerzas del gobierno legítimo, lo encarcelaron en la Diputación Provincial hasta el 4 de agosto en que fue liberado. Pero un mes más tarde, el 4 de septiembre, fue nuevamente detenido y lo encerraron en el convento de San Clemente. Aquella noche lo torturaron, y al fin, tras conducirlo al Paseo del Tránsito de Toledo, lo fusilaron.

En Herreruela de Oropesa-Torrico

Serafín García Librán, nace en Hereruela de Oropesa, provincia de Toledo y, en aquellos años diócesis de Ávila, en 1911. Es hijo de Florentino García y Gregoria Librán. El hogar donde nace es profundamente cristiano. En ese ambiente se desarrollan los primeros años. Allí también germina la vocación sacerdotal de su hermano, don José, que muere mártir junto al propio Serafín, beatificado en Tarragona el 13 de octubre de 2013.

Serafín comienza sus estudios de medicina en Madrid. En vacaciones, va a una casa de la sierra para descansar. Allí se junta con su hermano José, que viene huyendo de Gavilanes, por las amenazas de muerte que recibe en el pueblo. Ambos, en vista del peligro, y aconsejados por algunos feligreses, se marchan a una casa de doña Marcelina Vega, en el campo. Pero tan pronto como los milicianos de la vecina villa de Pedro Bernardo conocen el lugar donde se hallaban escondidos, deciden ir a buscarlos y llevarlos con ellos. A Serafín le dan la oportunidad de escapar. Buscan al cura, pero él quiere correr la misma suerte que su hermano. Sabe que el desenlace puede ser la muerte, pero está dispuesto. No llegan al pueblo. Tienen prisa por matarlos.

En el lugar conocido como La Cuesta de Lancho son asesinados los dos, el párroco y su joven hermano, estudiante de medicina.

Los perseguidores van hiriendo a los dos con hachas y armas cortantes. Quieren hacerles sufrir antes de que mueran, arrancar de ellos la apostasía. Son las cinco de la tarde de aquel día, 14 de agosto de 1936. El prolongado sufrimiento causado en los dos jóvenes debió de ser grande, a juzgar por el informe forense de los doctores Marcial Muñoz Martín y Ángel de Castro Muñoz, que levantan sus cadáveres por indicación del Juzgado Municipal de Pedro Bernardo.

La memoria de su martirio sigue viva hasta nuestros días, en Gavilanes (Ávila), en el Torrico (Toledo), de donde procedía toda la familia y, en Herrerueta (Toledo), que lo vio nacer.

En Turleque

Herminia Sánchez Moraleda nació un 25 de abril de 1901 en Turleque (Toledo). Su padre era el veterinario del pueblo; su madre, Felipa, muere al dar a luz a Francisco, el cuarto de sus hijos. Después de estar confiada durante unos años a su abuela, Herminia tiene que hacerse cargo a temprana edad de la casa, de sus tres hermanos varones y de su padre.

El 29 de septiembre de 1922 se casó con Nicolás Mora Palmero, de oficio carpintero. Al mes de nacer su tercer hijo, fallece su esposo. Su vida estuvo marcada por la austeridad, el sacrificio y el dolor: huérfana de madre a los tres años, viuda a los siete años de su matrimonio... y asesinada con tan solo 36 años de edad dejando a tres niños pequeños.





LLAMADOS A LA SANTIDAD

Herminia había sido educada en la fe católica, en la caridad y el sacrificio, tenía una devoción muy especial a la advocación de la Virgen del Rosario (la imagen original, como tantas otras en tantos lugares, desapareció víctima de las llamas); ejercía caridad con los necesitados... También pertenecía a las Hijas de María.

Al final del primer año de la guerra, el 4 de diciembre, después de haber sido detenido el párroco, el siervo de Dios Sebastián Gálvez, fueron en busca de Herminia. Era sobre mediodía cuando en su casa se presentaron un escopetero del pueblo y un miliciano. El miliciano, según se ha podido saber, era un capitán de milicias, empleado temporero de la Sección de Estadística del Ayuntamiento de Madrid, cuya madre era la maestra de Turleque y que, por este motivo, acudía con alguna frecuencia al pueblo. Los testigos recuerdan que, cuando salió detenida Herminia de su casa, iba tomada de la mano de su hijo Lucio de 10 años. Madre e hijo caminaron juntos hasta la Plaza del Ayuntamiento; allí el miliciano apartó al niño de un fuerte culatazo en la cabeza... Desde el suelo Lucio, impotente, sólo vio cómo se la llevaban. En el coche estaba ya el párroco.

Se dirigieron rumbo a Mora de Toledo. Pero en el kilómetro 38 de la carretera comarcal Toledo-Madridejos, en dirección a Manzaneque (Toledo) fue asesinado de forma cruel don Sebastián Gálvez. Al llegar a Mora, Herminia fue recluida en una vieja prisión. Según los testigos, en la cárcel la maltratan, ultrajan y las gentes sólo oirían gritos y lamentos sin atreverse a asomar la cabeza por miedo; no pudieron verla; sí, oírla... En prisión estuvo por lo menos hasta la víspera de la Inmaculada ya que conservamos una nota escrita desde prisión en la que exhorta a sus hijos a ser buenos y pide ropa limpia.

Ese día realizaron un recorrido que les llevaría a concluir su macabro viaje en Espinoso del Rey (Toledo). Era el 9 de diciembre de 1936. El desgaste físico había sido tal que en este pueblo le dieron muerte.

En Villanueva de Bogas

Descendientes del pueblecito de Copernal (Guadalajara), cerca de Brihuega, vienen a esta página dos mujeres mártires: madre e hija. Se trata de **Patrocinio Domingo Simón y Saturnina Gil Domingo** que atendían al **siervo de Dios Anacleto López-Agudo y Vaquero**, cura regente de Villanueva de Bogas (Toledo).

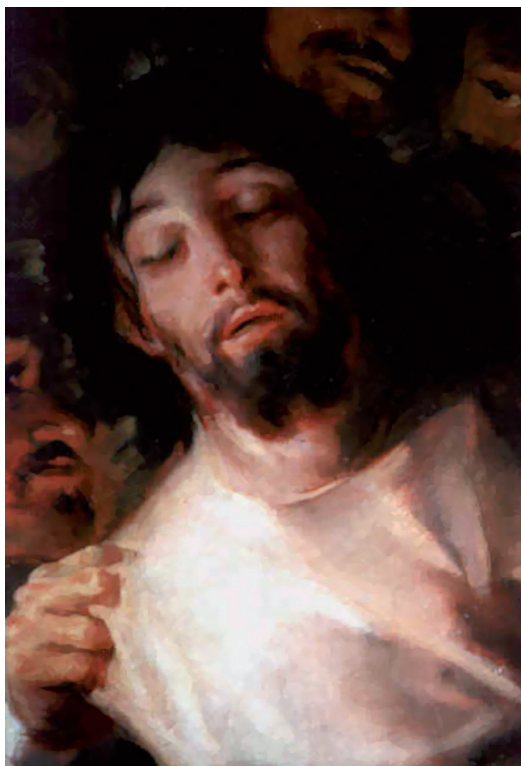
Según manifiestan los vecinos, Patrocinio y su hija Saturnina llevaban con el sacerdote muchos años, pues Patrocinio, al quedar viuda, se puso al servicio del sacerdote junto con su hija.

Tras asesinar a don Anacleto, las echaron de la casa parroquial siendo acogidas por unos vecinos. Los testimonios recogidos afirman que eran muy modestas, sencillas, prudentes, con las virtudes propias de personas que, como ellas, cuidaban a los sacerdotes ejemplarmente en aquellos años. Eran muy religiosas, ayudaban en la limpieza de la iglesia, sobre todo Saturnina.

Cuando fueron asesinadas el 19 de diciembre de 1936, Patrocinio tenía 66 años y Saturnina 35. Entrada la noche, tras ser detenidas y encarceladas, las subieron a un camión con otras nueve personas más del pueblo. Al llegar al cementerio de Tembleque (Toledo) fusilaron a todos el grupo.

La causa de su martirio no podemos buscarla en razones políticas; no eran de Villanueva, llevaban viviendo allí tan sólo seis años, por tanto no tenían ni parentesco, ni relación con ninguna familia que estuviese amenazada por pertenecer a uno de los dos bandos. Su único delito fue atender y servir al sacerdote.

LLAMADOS
A LA SANTIDAD



EN ESTAS PÁGINAS ENCONTRARÁS
EL TESTIMONIO DE LAICOS EJEMPLARES
DE NUESTRA ARCHIDIÓCESIS.
FUERON TESTIGOS DEL EVANGELIO Y
EN LA PERSECUCIÓN PROCLAMARON SU FE.



ARZOBISPADO
DE TOLEDO